



REPORTAJES DEL MÁS ALLÁ DEL TÚMULO

FRANCISCO CÂNDIDO XAVIER

Por el Espíritu

HUMBERTO DE CAMPOS

Querido amigo:

En el caso le haya gustado el libro y tenga condiciones de adquirirlo hágalo, pues así estarás ayudando a diversas instituciones de caridad.

Que Jesús lo Bendiga

Mucha Paz...

Traducido al Español por Mercedes Cruz Reyes

DEL PERIODISTA DESENCARNADO 3

1 - AMARGURAS DE UN SANTO 5

2 – EL HERMANO SEVERIANO 8

3 – LA VIDÊNCIA OLVIDADA 11

4 - ESPÍRITUS PROTECTORES 14

5 – NAVIDAD DIFERENTE 17

6 - EL DRAMA DE ANDRÉ 20

7 - EL TRANSPORTE REVELADOR 24

8 - EL LIBRE PENSADOR 28

9 – LA DECEPCIÓN DE UN SUICIDA 33

10 - EL INVESTIGADOR INCONSCIENTE	38
11 - EL APELO INESPERADO	42
12 - LA CURA COMPLEJA	46
13 - EL TRABAJADOR FRACASADO	50
14 - INVOCACIONES DIRECTAS	54
15 - LA GRAN SORPRESA	57
16 - CARIDADE Y DESENVOLVIMENTO	61
17 - LA EXPERIÊNCIA DE CATARINO	65
18 - NARRADOR APENAS	70
19 - QUANDO FELISBERTO VOLVIO	74
20 - EL VALOR DEL TRABAJO	78
21 - LA MOLÉSTIA SALVADORA	82
22 - EL REMÉDIO PARA LA PEREZA	86
23 – LA SOLUCIÓN CARITATIVA	90
24 – LA EXTRAÑA INDICACIÓN	94
25 - TRAGÉDIA OCULTA	99
26 - ASSISTÊNCIA ESPIRITUAL	103
27 - DOS COMPAÑEROS	108
28 – LA QUEJOSA	111
29 - EL DIAGNÓSTICO	115

30 - MANIA DE ENFERMEDAD	119
31 - EL ADOCTRINADOR RIGORISTA	123
32 - LA CREYENTE INTERESADA	127
33 - OBSESIÓN DESCONOCIDA	132
34 - LA CONSEJERA INVIGILANTE	135
35 - DIBUJANDO EL PROSELITISMO	139

DEL PERIODISTA DESENCARNADO

La sepultura no es la puerta del cielo, ni el pasaje para el infierno. Es el bungalow subterráneo de las células cansadas - silencioso depósito del vestuario empodrecido.

El hombre no encontrará en la muerte más de lo que en la vida y, en el misterioso umbral, la gran sorpresa es el encuentro consigo mismo.

Hablar, por tanto, de hombres y espíritus, como si fueran exponentes de dos razas antagónicas, es válido para una falsa concepción de las realidades eternas. Las criaturas terrestres también son espíritus cubiertos de expresiones propias del planeta. Esta es la verdad que el cristianismo restaurado se difundirá en los círculos culturales religiosos.

¿Cuánta gente aguarda la gran transición para regenerar costumbres y renovar pensamiento?

Sin embargo, posponer la realización del bien es siempre subestimar los bienes divinos, agravando las dificultades futuras.

El deslumbramiento que invadió las zonas de intercambio, entre las esferas visible e invisible, operó singulares actitudes en los nuevos aprendices.

En círculos diversos, compañeros nuestros, por el simple hecho de haber transpuesto los umbrales del sepulcro, son convertidos, por los que quedaron en la Tierra, en oráculos supuestamente infalibles; algunos amigos, porque encontraron benefactores en la zona espiritual, olvidan los servicios que les competen en el esfuerzo común; médiums necesitados de esclarecimientos son transformados en semi-dioses.

La alegría de la inmortalidad embriago a muchos estudiosos imprevistos. Se duermen a lo largo de trabajos valiosos y urgentes, esperando mundos celestiales, como si el orbe terrestre no integrase el paisaje del Infinito.

Es necesario, por tanto, recordar que la existencia humana es oportunidad preciosa en el aprendizaje para la vida eterna. Se nos enseña, aquí, que Espíritus protectores y perturbados, nobles y mezquinos, pueden ser encontrados en los planos visibles e invisibles. Cada criatura humana tiene su cuota de deberes y derechos, de compromisos y posibilidades. Zonas felices y de posiciones mentales de los Espíritus eternos. Tanto en la Tierra como en el Cielo, la responsabilidad es ley.

En este cuadro de observaciones, el Consolador es la escuela divina destinada al levantamiento das almas. Urge, pues, que los discípulos se despreocupen del Espiritismo de los muertos, para colocar por encima de toda las demostraciones verbalistas el Espiritismo de los vivos en la eternidad.

Dentro de cada aprendiz hay un mundo a desbravar.

A Tierra es también la gran universidad. Nadie desprecie la lucha, el sufrimiento, la dificultad, el testimonio propio. La luz, el bien, la sabiduría y el amor, la comprensión y la fraternidad, el cerebro esclarecido y las manos generosas dependen del esfuerzo personal, antes de todo.

El Sol ilumina el mundo, la lluvia fecunda tierra, el árbol fructifica, las aguas suavizan la aridez del desierto; mas el hombre debe caminar por si mismo. Las maravillas y dádivas de la Naturaleza superior no eximen a la criatura de la obligación de seguir con Cristo, para Dios.

Cuando tantos compañeros duermen olvidando el servicio, o riñen por niñerías copiando impulsos infantiles, te traigo, lector amigo, estos reportajes sin pretensiones - recuerdo humilde de humilde periodista desencarnado.

Las experiencias relacionadas, en estas páginas sencillas, hablan elocuentemente de nuestras necesidades individuales. No debemos continuar en la condición de meros beneficiarios de la Casa de Dios, reincidentes en las deudas y fracasos criminales. La Providencia nos ofrece tesoros que no perecen. El Padre repartió la herencia con magnanimidad y justicia. No hay hijos olvidados y todos somos sus hijos.

Trayéndote, pues, mi esfuerzo sin valor, hecho de corazón para corazones, termino firmando que todos estos reportajes son reales y que, si los nombres de los personajes obedecen a la convicción de la caridad fraternal, aquí no hay ficciones ni coincidencias. Cada historia representa un caso individual, en el inmenso archivo de las experiencias humanas, para la comprensión de la vida eterna.

Pedro Leopoldo, 8 de diciembre de 1942

1 AMARGURAS DE UN SANTO

Se hablaba en una rueda espiritual de la mejor manera de cultivar la oración, cuando un amigo sentencio:

- Una herencia peligrosa de los espiritistas es la de transformar la memoria de un compañero desencarnado en una especie de culto de falsa santidad. El buen trabajador de Cristo no hace nada más

que cumplir con su deber, y no es justo se le perturbe la serenidad espiritual con la repetición de escenas mundanas, perfectamente idénticas, a las ceremonias canónicas. No raro, la muerte arrebatada de la convivencia terrestre un concienzudo, dedicado e inmediatamente los amigos de la Doctrina lo convierten en un tabú de ficticia inexpugnabilidad.

Es verdad; - exclamó uno de los presentes -, en todas las cuestiones es justo preguntarnos cuál fue el procedimiento de Jesús; y, en el caso de la oración, no se ve, en los Evangelios, un culto particular, a no ser la continua comunión entre Cristo y el Padre que está en los Cielos.

Un ex sacerdote católico, con la sonrisa de la calma que siempre viene después de las grandes desilusiones, agregó en tono amistoso:

- Es razonable que los hombres del mundo no interrumpen las tradiciones afectuosas con aquellos que los preceden en la jornada silenciosa del túmulo, conservando en las almas la misma disposición de ternura y de agradecimiento, en la recordación de los que partieron. Entretanto, en el capítulo de las rogativas, de las solicitudes, de los empeños, conviene que toda criatura se dirija a

Dios, consciente de que su voluntad soberana es siempre justa y de que su inagotable bondad se manifestará, de uno u de otro modo, a través de los mensajeros que juzgue conveniente a los fines colimados. En mis experiencias en las esferas más próximas del Planeta, siempre reconocí que los Espíritus más homenajeados en la Tierra son los que más sufren, en virtud de la poca prudencia de sus amigos. Además, en este particular, tenemos el ejemplo doloroso de los «santos». Sabemos que raros hombres canonizados por la iglesia humana llegarán, de hecho, a la montaña acantilada y luminosa de la Virtud. Y esas pobres criaturas pagan caro, en la Espiritualidad, el incienso perfumado de las glorías de un altar terrestre.

La palestra tomaba un carácter de los más interesantes, cuando el mismo amigo preguntó de repente, después de una pausa:

- ¿Ustedes conocen la historia de San Domingos González?

Y mientras los presentes se miraban mudos, en íntima interrogación, continuó:

- Domingos González era un padre insinuante, dotado de poderosa y aguzada inteligencia.

Su carrera sacerdotal, dado su carácter flexible, fue un grande vuelo para las posiciones más importantes y elevadas. Dominaba a todos los compañeros por el poder de su palabra ardiente y persuasiva, cautivaba la atención de todos sus superiores por la: humildad exterior de la que daba testimonio, aunque su vida íntima estuviese llena de penosos deslices.

La verdad es que, hacia fines del siglo XV, era el inquisidor general de Aragón; pero fue su condenable método de acción en la alta posición que recibió, que, alrededor 1485, los israelitas lo asesinaron en la catedral de Zaragoza, en un momento de sagradas celebraciones.

Nuestro biografiado despertó, más allá de la tumba, con sus dolorosas heridas, dentro de las terribles realidades que le esperaban al Espíritu imprevisor; pero los eclesiásticos concordaron concederle un lugar destacado en los altares humanos y ganó la causa

En breve tiempo, la memoria de Domingos se transformaba en la de culto de un santo. Más, ahí, se agravaron, en el plano invisible, los tormentos de aquella alma desventurada. Avergonzado y oprimido, o ex padre influente do mundo se sentía cual mendigo hambriento y cubierto de pústulas.. Nosotros, sin embargo, sabemos que los recuerdos pesados del Planeta son como fuerzas invencibles que nos prenden a la superficie de la Tierra, y el infeliz compañero fue obligado a comparecer, aunque invisible a los ojos mortales, a todas las ceremonias religiosas que se verificaron en la institución de su culto. Domingos González, asombrado con las acusaciones de la propia conciencia, asistió a todas las solemnidades de su canonización, sintiéndose el más desgraciado de los seres. Las pompas del acontecimiento eran como espadas intangibles que le atravesaban, de lado a lado, el corazón vencido y sufridor. Los cánticos de glorificación terrena le resonaban en lo íntimo como sollozos de las sombra y de amargura. Y, desde esa hora, se le intensificaron los padecimientos.

Su angustia se agravó, primeramente en virtud de la nueva posición del círculo familiar. Los que le eran afines por la sangre entenderían que no más debían el tributo común de trabajo y realización al mundo. Como parientes de un santo, no quisieron trabajar más.

Y esa actitud se extendió a sus más antiguos compañeros de comunidad. Los pocos valores de la agremiación religiosa, a que perteneciera, desaparecieron. Sus colegas de esfuerzo se estacionaron voluntariamente en la pereza criminal y en el hábito de los sucesivos homenajes. El grupo había producido un santo: debía ser lo bastante para garantizar una posición definitiva en el Cielo.

El Espíritu infeliz contemplaba semejante situación, bañado en lágrimas expiatorias. Y su martirio continuó.

Sabemos que un apelo de la Tierra es recibido en nuestro medio, enseguida que sea expedido por un corazón que se debata en las luchas redentoras del mundo. Si el servicio postal del orbe puede estar sujeto a los errores de administración, o a la mala voluntad de una estafeta, desviando de su destino un mensaje, en el plano espiritual no se verifican semejantes perturbaciones. La solicitud justa o injusta de los hombres llega a nosotros por los hilos del pensamiento, con la divina claridad del magnetismo universal. Y Domingos comenzó a recibir los pedidos más imprudentes de sus numerosos devotos.

El alma desventurada quedó absolutamente presa a la Tierra y, de instante a instante, era obligado a atender a los pedidos más extravagantes y más absurdos.

Si un criminal deseaba huir de la acción de la justicia en el mundo, se valía de Domingos, invocándole a memoria, entre recelos y rogativas. Las madres desaseadas, que no consideraron la educación de sus hijos, cuando eran pequeños, le rogaban de rodillas para una corrección tardía de esos hijos desviados en malos caminos. Los bribones le hicieron promesas para hacer un buen negocio. Las chicas casadas le rogaron por la alianza del novio rebelde y retraído. Los sacerdotes le pidieron la atención de sus superiores. Y finalmente, todos los sufridores sin consciencia le

suplicaban el apartamiento de la cruz de pruebas que les era indispensable.

Sumido en el mundo, Domingos, durante más de un siglo, vagó por las casas de los devotos, a través de caminos desiertos, a través de círculos de negocios, a través de las guaridas de los bandidos.

Su aspecto daba pena.

Fue cuando, entonces, dirigió a Jesús la súplica más fervorosa de su vida espiritual, implorando que le permitiese volver a la Tierra, a fin de esconder en el olvido de la carne sus enormes desdichas. Quería huir del plano invisible, detestaba el título de santo, aborrecía todos los homenajes, lo atormentaba el altar del mundo. Sus lágrimas eran amargas y conmovedoras, y el Señor, como siempre, no le faltó con la bondad infinita.

Así como un grupo de amigos influyentes procura colocación para el hombre desempleado y afligido en el mundo, algunos compañeros dedicados vinieron a ofrecer al pobre Espíritu sufridor una reencarnación como esclavo, en Brasil.

Domingos González quedó radiante. Lloro de júbilo, de agradecimiento a Jesús y, en breve tiempo, tomaba la vestimenta oscura de los cautivos, sintiéndose dichoso y confortado, lleno de alegría y reconocimiento.

Nuestro amigo se detuvo en su narrativa. Estábamos, sin embargo, altamente interesado y yo le pregunté:

- ¿Y está el santo hoy en los niveles más altos de espiritualidad?

Seria extremadamente curiosa la palabra directa de su decepción y su valiosa experiencia...

"No, todavía no", respondió el narrador discretamente. - Domingos ha vivido sucesivamente en Brasil e incluso hoy, allí continúa. Esforzándose por su redención espiritual, guardando instintivamente el más terrible recelo de alcanzar las esferas invisibles con el título de santidad.

Más, las obligaciones comunes dispersaron al grupo en una conferencia y, en poco tiempo, estaba solo otra vez, con mi trabajo y con mi meditación. Y ese día impresionado por la historia de esa amarga experiencia, no pude eliminar de mi imaginación ese santo

que había cambiado el incienso del altar por la atmósfera nauseabunda de un barrio de esclavos en cautiverio

2 EL HERMANO SEVERIANO

Severiano Fagundes era de los mejores adoctrinadores del Espiritismo en una de las grandes capitales brasileñas. Su palabra vibrante era muy admirada en las tribunas doctrinarias; su presencia, era un estímulo para los compañeros. Con un temperamento expansivo, era portador de expresiones alegres y vivas. Óptimo organizador de los servicios de intercambio con lo Invisible, tenía especial aptitud para convencer a las entidades recalcitrantes, aunque no las convenciese del todo, relativamente a los deberes espirituales. Sabía elucidar con los médiums, formar las sesiones prácticas, transmitir verbalmente las enseñanzas recibidas. ¿Surgían obsesados? Allí estaba Severiano combatiendo con los agentes de la discordia, esclareciendo a los infelices obsesores.

Entretanto, el poderoso adoctrinador, además de profundamente arbitrario en sus modos de actuar, parecía complacerse en ciertas irregularidades de la vida. Si algún compañero se aproximaba, prudentemente, y le hablaba de los peligros que semejante situación podría acarrearle, Severiano se encogía de hombros e interrogaba: - "Ora, que más da eso? Son futilidades de la existencia humana. La verdad es que nunca me van a faltar los deberes para con la Doctrina. Comparezco puntualmente a las reuniones, no me hurto al trabajo de esclarecimiento a los hermanos perturbados, ni me niego al concurso fraternal en las actividades más pesadas de nuestro grupo".

Y la vida pasaba.

Nuestro amigo tenía sus casos tristes, sus situaciones escabrosas, mas continuaba imperturbable en el trabajo de predicación.

No faltaba a las sesiones, más se olvidaba de la familia; adoctrinaba a los Espíritus más crueles, entretanto, alegaba no

tolerar a la esposa que Dios le había confiado, porque no podía comprender el Espiritismo a su manera; preparaba bien a los médiums; con todo, no se interesaba por los hijos, como debía.

Severiano era un compañero valiente. Sabía animar, corregir, resolver problemas difíciles, lanzar incentivos eficaces.

Los años pasaron sobre el cuadro, de sus servicios, el ardiente adoctrinador fue llamado a la esfera espiritual.

En virtud de sus conocimientos, relativamente de la Doctrina, Severiano percibió que no pertenecía ya al número de los adormecidos en la carne. Estaba plenamente convencido de la transición fenoménica de la muerte del cuerpo. No en tanto, como en el plano invisible cada criatura solamente podrá ver a través de la luz que encendió en la propia alma, el gran propagandista de los principios doctrinarios, con inmensa sorpresa, no encontró a los amigos espirituales con que contaba, no obstante el esfuerzo de todos en su favor. Se vio sin rumbo, entre sombras y paisajes confusos. Al contrario de sus ilusiones en el período de actividades que le anteciedera al desprendimiento del mundo, comenzó a reflexionar más seriamente en la vida particular que la esponja del tiempo había absorbido. Reveía, ahora, los mínimos detalles de las pequeñas ocurrencias. ¿Se habría portado bien en esa o en aquella circunstancia? La conciencia le decía que no, que quedaron muchas tareas por hacer, en virtud de la deficiencia de su esfuerzo, siempre tan dispuesto para enseñar a los otros.

A medida que pasaban los días, observaba la multiplicación del remordimiento y el dolor íntimo. El pobre amigo no sabía cómo explicar su malestar, cuál era la razón del paisaje oscuro que lo rodeaba.

Cierto día, Severiano llorando como un niño, suplicaba a Dios.

Recordó las reuniones en que enseñaba austeras disciplinas, se veía frente a las entidades perturbadas que se comunicaban, y recordaba las exhortaciones que les dirigía corajosamente.

Severiano lloró. Es verdad que, como hombre, había errado mucho, huyendo a los trabajos propios de su vida; no en tanto, dedico a la doctrina de los Espíritus, esparciera consuelo y consejos. En ese instante, una sincera compunción parecía arrebatarlo a un lugar

diferente. Se vio en un paisaje más suave, frente a una entidad de semblante divino, que lo contemplaba cariñosamente.

-¿Hermano querido - pregunto el ex-doctrinador, sensibilizado -, porque sufro tanto, en caminos sin luz?

- Es que encendiste mucha claridad en los otros, más te olvidaste de ti mismo – esclareció la noble entidad con amorosa sonrisa.

Severiano comenzó a explicarse: lamentó su situación, habló largamente, más el mensajero de Jesús interrogó con solicitud fraternal:

- ¿Hermano Severiano, serviste de hecho al Evangelio? - Sí - respondo el miserable, vacilante, Discipliné a muchos Espíritus perturbadores, haciéndoles sentir los deberes que les competían.

La generosa entidad tomó entonces de un gran libro y afirmó con bondad:

- Tenemos aquí el Evangelio, tal como lo estudiaste en el mundo. Observemos lo que nos dice la lección de Jesús, con respecto à tú primera alegación.

Y el libro se abrió, automáticamente, impulsado por energías luminosas, presentando el versículo 4 del capítulo 23, de Mateos: "Porque atan cargas pesadas que son difíciles de soportar y los ponen sobre los hombros de los hombres; ellos, sin embargo, ni con el dedo quieren moverlos,"

Severiano Fagundes quedó muy pálido. Recordó, instintivamente, todo lo que dejó de hacer en el círculo de sus obligaciones justas. Como el generoso amigo espiritual lo contemplaba en silencio, sonriendo con amor, el pobre hermano, que recordaba las luchas de la Tierra, murmuró:

- Sé que no cuide de mí, como debería; entretanto, tuve mucha fe.

Esas palabras fueron proferidas con enorme decepción. Más el emisario de Cristo volvió a decir:

- Veamos, entonces, lo que nos dice el Evangelio, relativamente à tú segunda alegación.

Y surgió el versículo 17 del capítulo 2 de la Epístola universal de Tiago, en caracteres – radiantes:

“Así también la fe, sin obras, es muerta en si misma.”

Severiano bajo los ojos y comenzó a llorar amargamente, pues solo ahora reconocía que había enseñado mucho Evangelio a los otros, leyéndolo a la ligera; sin embargo, no aplicará el código divina a su vida misma.

Nada más le dijo al mentor cariñoso y justo qué, abrazándolo fraternalmente, murmuró con bondad infinita:

- Hermano Severiano, levanta los ojos para el Maestro y anímate! Volverá a la Tierra para el servicio redentor; mas, no te olvides de que, como encarnado, serás también Espíritu en adoctrinación. Es preciso escuchar el deber, la lucha y el sufrimiento. .. Son mensajeros de Jesús los que enseñan el Evangelio en la Tierra. Precisamos ser canal de verdad para los otros; mas no es solo eso, porque es indispensable seamos canales y reservorios al mismo tiempo, a fin de que, como discípulos de un Maestro tan rico de sabiduría y amor, no vengamos a sucumbir por la miseria propia.

La generosa entidad, continuo exaltando la belleza de las obligaciones cumplidas y, lleno de lágrimas y esperanzas nuevas, Severiano Fagundes comenzó a prepararse para recomenzar la lección en la vida humana.

3 LA VIDENCIA OLVIDADA

Benício Fernandez era asiduo frequentador de un grupo espirita, mas, nunca se privara de sentir enorme contrariedad por no participar de la visión directa, de los cuadros ofrecidos de la esfera invisible. Deseaba, ardientemente, los dones mediúmnicos más avanzados. Hacia innumerables ejercicios para obtenerlos. Si se iniciaban los trabajos habituales allá estaba nuestro amigo en profunda concentración, ansioso por sorprender las visiones reveladoras. Todo, sin embargo, en torno de su mundo sensorial, era expectación y silencio. Terminada la reunión, se oía, escondiendo su propio dolor, ciertas descripciones de algunos

compañeros. Este había observado la presencia de espíritus amigables, aquel había contemplado una maravillosa imagen simbólica. Se habló de mensajes, paneles, luces entre vistas. De entre los visitantes ordinarios, pasado por el grupo, hubo casos preciosos de hechos vividos. Siempre había alguien para comentar un evento inolvidable, de sabor doctrinal, ocurrido dentro de la familia.

Benício no podía ocultar su envidia y disgusto y se despidió casi abruptamente, nervioso, con fisonomía extraña y taciturna, para entregarse en casa a pensamientos angustiosos. ¿Por qué razón no podía percibir las manifestaciones del plano espiritual? Sería justo acompañar los esfuerzos de sus compañeros, cuando, en su opinión, se sintió desatendido en sus necesidades?

La cosa estaba adquiriendo un carácter de terrible obsesión. Nuestro amigo ya no ocultó su malestar íntimo. Si alguien, después de una oración, le preguntaba sobre sus propias observaciones, esclarecía en un tono desabrido: "No vi nada, no siento nada. ¡Creo que soy una roca!

Esas actitudes revelaron una profunda desesperación a los compañeros preocupados. La situación empeoró cada vez más cuando, una noche, Benício soñó que era requerido por el mundo espiritual, convocado por un amigo dispuesto a recibir sus noticias directas. En un paisaje de belleza intraducible, el mentor revelado lo abrazó y consideró sus amarguras. El pobre hombre quedó deslumbrado por lo que vio, sin encontrar medios de expresar el sentimiento de alegría que había en su alma; En todos los sentidos, respondió, sin dudar:

- Mi gran benefactor, no me puedo quejar de mis luchas terrenales, pero no debo esconder mi gran amargura.

La respetable entidad hizo un gesto interrogativo, mientras que Benício continuó:

-¡Lamentablemente, para mí, aunque participa en los esfuerzos de una asociación noble de estudios evangélicos, nunca vi a los espíritus!

-¡Más no estas con la lucha temporal de la ceguera! Objeto el amigo venerable, afablemente - ¿Olvidas que tu plan de trabajo también

está poblado por Espíritus en diferentes grados de ascensión evolutiva? ¿Crees que los habitantes de la tierra son personalidades ajenas a la comunidad universal?

Benício Fernández experimentó un inmenso shock. Esa interpretación inesperada desconcertó los pensamientos. Como deseaba rectificar el error de sus pensamientos, acentuado con cierta decepción:

- ¡Siento una urgencia ardiente de contemplar a los espíritus protectores, besar sus manos cada días, expresándoles mi reconocimiento!

.- ¿Olvidaste a tu vieja mamá? preguntó el servicial mentor.

- ¿Cuánto tiempo hace que no te acuerdas de orar con ella, acariciando sus manos amorosas? Usted cree, tal vez, que ¿Las canas dispensan caricias? Y tu tío; agotado en los trabajos más duros del mundo, por ayudar a tu madre en la viudez? ¿Olvidaste, Benício, estos Espíritus protectores de tu vida?

El discípulo de la Tierra experimentó un frío penetrante en su alma; sin embargo, él continuó:- Entiendo... Pero no puedo evitar el deseo de ponerme en contacto con las nobles entidades que dirigen tareas allí y conocer sus designios superiores.- ¿No te acuerdas de tu jefe en el trabajo diario? preguntó el venerable benefactor

.- Él es un buen espíritu guía. Supones que tu oficina y su administración fueran en el mundo, al azar? No desdeñe la posibilidad de integrar programas de acción de tu director de trabajos terrestres. Auxílialo con buena y sincera voluntad. Antes de examinar las decisiones con prurito crítico, busca alguna forma de contribuir con tu esfuerzo, honrando sus propósitos. Y como el interlocutor estaba, ahora, profundamente conmovido, el mensajero amoroso continuó:

- ¿Has mirado a los directores de la institución doctrinal donde buscas beneficios? Esos hermanos a menudo son difamados e incomprensidos. Considera sus sacrificios. Casi siempre sufren los ataques de la malicia humana y necesitan de compañeros desinteresados para el generoso trabajo de sus fundaciones fraternales. Es justo que no eres solo un socio contribuyente de

gastos, materiales, más si un participante activo en el trabajo evangélico, es decir, sincero compañero de Jesucristo.

El aprendiz de la Tierra estaba extremadamente avergonzado. Sus ideas cambiaron en un ritmo vertiginoso Sin embargo, en su cara como hombre de mundo, poco inclinado a ceder en sus propias opiniones, respondió en tono de dolor:

- Sí, mi buen amigo, reconozco la justicia y la grandeza de tus observaciones; Sin embargo, en mis actividades terrenales, querría ver al menos algún Espíritu sufriente, alguna entidad necesitada o ignorante... Usando la pausa que había sido espontánea con los argumentos finales, el cariñoso emisario dijo nuevamente:

- ¿Almas desanimadas, entre heridas y angustias? Personas que necesitan asistencia y luz? ¿Ya no recuerdas a los niños pequeños que el cielo te dio? Penetras ciegamente los portales de tu institución, hasta el punto de no ver a los enfermos y vencidos de la suerte que allí procuran la ayuda del Evangelio de Jesucristo? Nunca viste a los que se aproximan a la fuente de bendiciones, tomadas de intenciones mezquinas y criminales, terribles obsesores de los trabajadores fieles? Benício ahora estaba extasiado, mostrando que finalmente había entendió.

- ¿Te olvidas de la preciosa clarividencia que Dios te confió? - continuó el mentor espiritual, solícito. - Si aún no has podido contemplar los espíritus benefactores, o malhechores, que te rodean en la Tierra, cómo quieres saber y clasificar los poderes del Cielo? ¡Ve a casa e intenta ver! ...

En ese momento, Benício fue perturbado por la explosión de un gran ruido.

Fue el reloj lo que lo despertó. Despertó, se frotó los ojos y se preparó para tomar el tren suburbano en pocos minutos.

Esa mañana, Benício Fernandez se levantó, tomó café y abrazó más afectuosamente a su esposa e hijos Cada cosa en su modesta vivienda ahora presentaba a sus ojos, una expresión diferente y más preciosa. Antes de irse besó las manos de su madre paralizada, lo que no había hecho en mucho tiempo; preguntó por el viejo tío que se fue antes, y, envuelto en pensamientos grandiosos, se fue a

trabajar, meditando en la Providencia Divina que le había permitido recibir una lección para el resto de la vida.

4 ESPÍRITUS PROTECTORES

Jehul, una entidad elevada en una de las regiones más hermosas de la vida espiritual, fue llamado por el amoroso apelo de un noble mensajero de la Verdad y del Bien, quien le habló en estos términos:

- Una de las almas a las que te has dedicado especialmente, durante muchos siglos, resurgirá hora en las tareas de la reencarnación en la Tierra. Su suerte se vio agravada en gran medida por las numerosas caídas en las que fue condenado por la ausencia de cualquier vigilancia, pero el Señor de la Vida le concedió otra oportunidad de rescate y elevación.

Jehul sonrió y exclamó, denunciando sublimes esperanzas:

- ¿Es Laio?

"Sí", respondió el generoso mentor, "él mismo, que en otras épocas te fue tan querido en Etruria". En respuesta a sus súplicas, Jesús permite que seas su desvelado guardián, a través de sus futuros caminos. ¡Escucha, Jehul! - serás su compañero constante e invisible, podrás inspirar pensamientos rectificadores, cooperar en sus logros provechosas, asistiéndole en el nombre de Dios; pero no olvides que tu tarea es cuidar y proteger, nunca arrebatar el corazón de tu pupilo de sus propias experiencias, dentro del libre albedrío espiritual, para que construya sus caminos hacia el Altísimo con tus propias manos.

Jehul agradeció la dádiva, derramando lágrimas de reconocimiento.

¡Con qué arrebató pensó en las posibilidades de traer a su seno a ese ser amado que lo había perdido hacía tanto tiempo! ... Laio había sido su hijo idolatrado en el paisaje lejano. Es cierto que no había comprendido su afecto en su experiencia atrasada. Se había desviado de los senderos rectos, cuando más esperaba su juventud

e inteligencia; su corazón amoroso, sin embargo, prefirió ver en realidad un incidente que el tiempo se encargaría de eliminar. Ahora, lo tomaría de nuevo en brazos fuertes y lo llevaría de regreso a la Casa de Dios. Soportaría con valentía la pesada atmósfera de los fluidos materiales. Con mucho gusto toleraría los contrastes de la Tierra. Todos los eventuales sufrimientos serían pocos, porque acababa de alcanzar la oportunidad de levantar, entre los dolores humanos, a un hermano amado, ¡que se había ido! hijo inolvidable.

El generoso amigo espiritual atravesó los paisajes maravillosos que lo separaban del ambiente terrestre. Quedaron para tras de sus pasos los jardines suspensos, repletos de flores y de luz. Las melodías de las regiones venturosas se distanciaban de sus oídos.

Esperanzado, consternado, el solícito emisario penetró la atmósfera terrestre y se encontró frente a una cómoda cama, donde un recién nacido era identificado por su suave lloriqueo. Los espíritus amigos, encargados de velar por la transición de ese nacimiento, le entregaron el pequeño, a quien Jehul besó, abrumado de profunda emoción, apretándolo contra su afectuoso pecho.

Y a partir de entonces, se pudo observar la devoción con la que el guardián se comprometió en la tarea de apoyar al niño débil. Sustentando, de momento a momento, al espíritu maternal, resolviendo indirectamente difíciles problemas orgánicos, para que no faltaran los recursos de la paz en los primeros días de la inocencia humana. Y Jehul le enseñó a deletrear las primeras palabras, reajustando las posibilidades de volver a utilizar el lenguaje terrestre. Veló su sueño, lo puso a salvo de las vibraciones dañinas de lo invisible, guio los primeros movimientos de sus pies. El protector generoso no olvidó nada, y fue con lágrimas de emoción que inspiró las necesidades de oración por el niño idolatrado al corazón materno. Después de las manos puestas para pronunciar el nombre de Beus, la amiga sin velo la acompañó a la escuela, para restaurar, bajo las bendiciones de Cristo, la luz del razonamiento.

Jehul no cabía en sí de contentamiento y esperanza, cuando Laio se acercó a la juventud.

Entonces, la perspectiva de los sentimientos se transformó.

Con el alma afligida, observo que el tutelado regresaba a los mismos errores de otros tiempos, en la recapitulación de las experiencias necesarias. Ahora se apartaba de la afectuosa vigilancia de sus padres, se inventaba pretextos desconcertantes y, por mucho que escuchara las preciosas y dulces advertencias del mentor espiritual, en el santuario de la conciencia se entregaba, sin éxito, a los consejeros de la calle, cayendo miserablemente en la adicción a los vicio.

Se Jehul le animaba al trabajo como recurso de elevación, Laio quería facilidades criminosas; si arbitraba providencias de la virtud, el débil rapaz deseaba dinero con el que se desvinculase de los esfuerzos indispensables y justos. Entre sacrificios y fuertes dolores, el servicial guardián lo vio gastar en placeres condenables, todas las economías del sudor paternal, asistiendo a los duraderos instantes de su madre, que partía, de la Tierra, herida por la ingratitud filial. Laio relegara todos los deberes santos al abandono, entregándose a la ociosidad destruidora. No obstante los cuidados del mentor cariñoso, procuró el alcohol, el juego y la sífilis, que le acosaron, la existencia consagrada por el al desperdicio. El dedicado amigo, entretanto, no se desanimaba.

Tras el agotamiento de los recursos paternos, Jehul cooperó con prestigiosos compañeros, para que el tutelado pudiera encontrar trabajo.

Aunque contradecido y evitando, en la medida de lo posible, el cumplimiento de sus obligaciones, Laio se convirtió en auxiliar de una empresa honesta, que, en secreto, era objeto de sus desdeñosas críticas.

Quien se habitúa a la ociosidad criminal acostumbra a calumniar los bienes del espíritu de servicio.

De nada valían los consejos del guardián, que le hablaba, solícito, en los profundos recesos del ser.

En poco tiempo, menos por amor que por necesidad, Laio buscó una compañera. Se casó. Mas, en el desreglamento que se entregaba desde hacía mucho tiempo, no encontró matrimonio sino sensaciones efímeras que terminaban en pocas semanas, como la potencialidad de un fósforo que se apaga en algunos segundos. Jehul, no en tanto, alimentó la esperanza de que talvez la unión conyugal le proporcionase oportunidad para ser convenientemente o no. Eso, todavía, no aconteció. El tutelado no sabía tratar a la esposa sino entre desconfianzas y actitudes violentas. Su casa era una sensación del mundo inferior a que había confiado sus ideales.

Recibiendo tres hijos en el jardín del hogar, muy temprano les inoculaba en el corazón las simientes del vicio, segregándolos en un egoísmo cruel.

Cuando vio al infortunado envenenar otras almas que llegaban por la bondad infinita de Dios para la santa oportunidad de nuevos servicios, Jehul se sintió desolado y, reconociendo que no podía seguir solo en esa tarea, pidió ayuda a los Ángeles de las Necesidades. . Estos mensajeros de la educación espiritual respondieron atentamente a sus ruegos, comenzando por quitar la tutela del trabajo en el que obtenía el pan de cada día. Sin embargo, en lugar de mejorar con la experiencia tratando de meditar como debería, Laio se internó por una red de mentiras, haciéndose la víctima para recurrir a las leyes humanas y lastimar las manos de los ex benefactores. Acusó a personas inocentes, exigió indemnizaciones irrazonables, se volvió odioso con los amigos de otros tiempos.

Jehul fue entonces más lejos, pidiendo providencias a los Ángeles que se incumben del Servicio de las Molestias útiles, los cuales lo auxiliarán de pronto, conduciendo Laio al aposento de la enfermedad reparadora, a fin de que el mísero pudiese reflexionar en la indigencia de la condición humana y en la generosa paternidad del Altísimo; aquel hombre rebelde, con todo, pareció empeorar cien por ciento. Se tornó irascible e insolente, abominaba el nombre de Dios, ensuciaba la boca con innumerables blasfemias. Fueron necesarios verdaderos prodigios de paciencia para que Jehul le lavase del cerebro es fogueado y caprichoso los propósitos

del suicidio. Fue ahí que, desalentado en cuanto a los recursos puestos en práctica, el bondadoso guardián imploró los buenos oficios de los Ángeles que se encargan dos Trabajos de la Vejez Prematura. Los nuevos emisarios rodearon a Laio con atención, le ablandaron las células orgánicas, quitaron la expresión de firmeza y resistencia de su rostro, decoloraron su cabello y arrugaron su rostro. Sin embargo, el infortunado no cedió. Preferiría ser un niño ridículo con la apariencia de un anciano, que aceptar el programa de la Sabiduría Divina, a favor de sí mismo.

Mientras blasfemaba, su amigo oraba y desplegaba incansables esfuerzos; mientras practicaba locuras, el guardián duplicaba sacrificios y esperanzas.

El tiempo pasaba acelerado, mas, un día, el Ángel de la Muerte vino espontáneamente al gran duelo y habló con dulzura:

- ¡Jehul, llegó el momento de tú retirada!

El generoso mentor reprimió las lágrimas de angustiada sorpresa. Miró al mensajero con ojos doloridos y súplicas; el otro, sin embargo, continuó:

- ¡No intercedas por más tiempo! Laio ahora me pertenece. Lo conduciré a mis dominios, mas puedes rogar a Dios que tu tutelado recomience, más tarde, otra vez...

El gran juego había terminado. La muerte había decidido el hecho, por sus poderes transformadores, mientras el guardián recogía, entre lágrimas, el tesoro de sus esperanzas inmortales. .

Y, escribiendo esta historia, recuerdo que casi todos los Espíritus encarnados tienen algún rastro de Laio, mientras que todos los Espíritus protectores tienen los cuidados y sacrificios de Jehul con él.

5 NAVIDAD DIFERENTE

Humberto de Campos/ Chico Xavier

Libro: Reportajes del Más Allá del Túmulo

Es muy raro observar temperamento tan apasionado, como Emiliano Jardín. En el fondo, criatura generosa y sincera, más las nociones materialistas le estragaban los pensamientos. En balde cooperaban los amigos en renovarle las ideas. El rapaz se reportaba a unas tantas teorías de negación, y la molestia espiritual proseguía de la misma forma. El matrimonio, realizado en medio de la pompa familiar, no había mejorado la situación; sin embargo, cuando Emiliano experimentó el primer dolor de la paternidad, al ver a su hijo vencido por la muerte, este golpe profundo conmovió su espíritu personalista.

Justamente por esa época, generoso padre colocó un libro de consuelo religioso en sus manos como alivio.

En una fase similar del camino, el contacto con las enseñanzas de Jesús llenó su alma de serena dulzura. Me quedé deslumbrado. ¿Cómo podría no haber comprendido antes la belleza de la fe? Se hizo católico, bajo el aplauso generalizado. Los cariñosos se miraron satisfechos.

Emiliano, con todo, aunque seducido por las verdades luminosas del Maestro, traía su lección a lo largo de la vida, como lo había hecho en la época de los antiguos postulados negativistas. Creyendo servir al ideal divino del Evangelio, tenía armas crueles contra todos los que entendían a Jesús por prismas diferentes. Acusaba a los protestantes, difamaba a los espíritas.

Los años, sin embargo, corrieran en la sabiduría silenciosa del tiempo.

Tocado por las desilusiones de todo hombre que busca la felicidad lejos de la redención de sí mismo, nuestro amigo, un día, pasó de las armas y el equipaje al protestantismo. Sin embargo, por mucho que lo intentaron sus compañeros, Emiliano fue incapaz de realizar la visión interna de Cristo, como Divino Amigo de cada momento, a través de sus enseñanzas imperecederas.

Se volvió violento y grosero anticlerical. Había olvidado todos los bienes que le había proporcionado la Iglesia Católica, para recordar solo sus deficiencias, visibles en la imperfección de la

criatura. Algunos amigos menos vigilantes lo felicitaron por su consternación; sin embargo, los más experimentados reconocieron que el nuevo creyente había cambiado la expresión religiosa exterior, pero no había entregado su corazón a Cristo.

Después de larga lucha, Emiliano se siente insatisfecho e ingresa en los campamentos espiritistas.

Emiliano, cual sucede a la mayoría de los creyentes, admite la verdad, mas no dispensa los beneficios inmediatos; siente devoción por Jesús, ansia por verlo en los otros hombres, antes de sentirlo en sí mismo. Su actividad general se transforma. Se enfrenta a todos sus antiguos compañeros: supone que debe llevar al extremo la defensa de la nueva doctrina. La amabilidad de los guías espirituales, que se comunican en las reuniones, la toma como un cumplido a sus actitudes.

Como, sin embargo, la justicia esclarecida es siempre un acreedor generoso, que solamente reclama pagamiento después de observar al deudor en condiciones de rescatar los antiguos débitos, Emiliano, en la posesión de numerosos conocimientos e inflado de tantas exhortaciones divinas, penetró en el camino del rescate de las viejas deudas. Tiempos difíciles le surgieron en el horizonte individual. Mientras se esforzaba para remover algunos obstáculos, otras montañas de dificultades aparecían, inesperadamente. Ala enfermedad, la escasez de recursos y la ironía de los ingratos visitaban la casa honesta. Al principio resignado y fuerte, acabó desesperándose. Se decía abandonado por los amigos espirituales y acusaba a los médiums, llenos de obligaciones sagradas, tan solo porque no podían permanecer en largas concentraciones, para solución de sus casos personales. Se sentía perseguido por los malos Espíritus, y, en su inconformidad, hería a compañeros respetables.

El dolor, sin embargo, no interrumpió su función purificadora. Después de una dolorosa enfermedad, su anciana madre se fue a la vida espiritual en condiciones amargas. No pasó mucho tiempo antes de que la esposa, que había sufrido trastornos mentales durante tres años, hiciera lo mismo. Entonces, los dos hijos que había criado, con excesivo cariño, se volvieron contra el corazón de su padre, con acusaciones injustas. Con motivo de la calumnia, los

últimos compañeros huyeron. Nuestro amigo, que una vez fue tan discutidor y tan violento, experimentó un desánimo invencible. Nunca más se le volvió a ver en círculos doctrinales, en reuniones de inteligencia; era común encontrarlo, como un vagabundo común, escondiendo lágrimas furtivas.

En una radiante Nochebuena, cuando el ambiente festivo le hablaba de la felicidad destruida en su corazón, Emiliano lloró más de lo habitual y decidió poner fin a su existencia.

Por la noche, se dirigió a la playa, alimentando el siniestro diseño. Sin embargo, antes de consumir el error extremo, pensó en ese Jesús que había devuelto la vista a los ciegos, que había sanado a los leprosos, que había amado a los pobres y desfavorecidos. Tales recuerdos nublaron sus ojos de llanto doloroso, modificando sus disposiciones más íntimas.

Fue entonces, en esa hora amarga en que el mísero estaba dispuesto a agravar su propia angustia, cuando se escuchó una voz suave en lo más recóndito de su espíritu:

- Emiliano, cuánto tiempo intenté encontrarte; pero siempre me llamaste a través de otros, ¡nunca me procuraste por ti mismo! ¡Dame tu dolor, apoya tu cabeza cansada sobre mi corazón! ... Muchas veces, mi poder obra sobre la debilidad humana. Rara vez mis discípulos disfrutaban del encuentro divino, fuera de las cámaras del sufrimiento. Casi siempre es necesario que lo pierdan todo para encontrarme en si mismos. Tengo un santuario en cada corazón de la Tierra; pero el hombre llena de escombros este templo divino, o levanta muros de incomprensión entre su obra y mi influencia... En estas circunstancias, me buscan en vano...

Emiliano estaba inebriado. No oía propiamente una voz idéntica a la del mundo, más experimentaba el corazón tomado por poderosa vibración, sintiendo que las palabras le llegaban al interior como una brisa celestial.

Vuelve al esfuerzo diario y no olvides que estaré con mis discípulos sinceros hasta el fin de los siglos! Acaso podrías admitir que permanezca en beatitud inerte, cuando mis amigos se dilaceran por la victoria de mi causa? No puedo estacionar en vanas disputas, ni en las estériles lamentaciones, porque necesitamos cuidar del amoroso esclarecimiento de las almas. Es por eso que estoy, más frecuentemente, donde estén los corazones quebrantados y los que ya hayan comprendido la grandeza del espíritu de servicio. No te rebelas contra el sufrimiento que purifica, aprende dejando las muñecas a quienes aún no han podido cruzar las fronteras de la infancia. No analices nunca, sin amar. Acuérdate de que, cuando criticares a tu hermano, también yo soy criticado. ¡Aun no termine mi obra terrestre, Emiliano! Ayúdame, comprendiendo la grandeza de su objetivo y entendiendo la fragilidad de tus hermanos. ¡Da el bien por el mal, perdona siempre! ¡Vuelve a tú esfuerzo! En cualquier puesto de trabajo honesto podrás oír mi voz, desde que me procures en el corazón!...

Emiliano Jardín sintió que las lágrimas ahora eran de júbilo y reconocimiento.

En breves instantes, experimentaba radical transformación.

À su frente veía la inmensidad del cielo y la inmensidad del océano, sintiéndose como en un mundo en el que Cristo había nacido. Recordó que no tenía sino escorias de miseria para ofrecer a Jesús, y que sus sentimientos rudos simbolizaban aquellos animales que fueron las primeras visitas del sencillo pesebre.

Deslumbrado, dirigió un pensamiento de paz a todos los compañeros del pretérito y comenzó a comprender que cada uno permanecía en su posición de trabajo, en la tarea que el Señor le designara. Poderosa vibración de amor lo ligaba a la Creación entera. No se torturaba en raciocinios. Comprendía y lloraba de júbilo. Se levantó, enjugo las lágrimas y retomó el camino lejos de la ruidosa ciudad.

Nuestro amigo conocía de longos años al Salvador, mas solo ahora encontrara al Maestro. Emiliano Jardín regresó, renovado, a la obra del Evangelio, después de una Navidad diferente.

6 EL DRAMA DE ANDRÉ

Entre nosotros, se habló de los problemas de la educación con libertad irrestricta, cuando un dedicado servidor del Evangelio observo con justicia:- Los niños sin disciplina y los jóvenes sin orientación saludable constituyen el germen de los inmensos desastres humanos La civilización y el Estado pueden presentar sus perjuicios, ya que son organizaciones perfectibles en manos de hombres imperfectos; sin embargo, sin su influencia, volvería a la anterior animalidad. Así es, en cuanto al hogar y la educación doméstica. La familia tiene su marco de luchas duras; sin embargo, si eliminamos el aparejo, todo volverá a las tribus sanguinarias de los tiempos primitivos.

- Sin embargo, algunas personas ponen este problema en un nivel secundario - respondió un amigo -, La educación con instintos emancipados tiene sus fervientes seguidores, incluso en el Círculo del Espiritismo... - Menos en la esfera del espiritismo cristiano - dijo el respetable mentor -; en las actividades meramente fenoménicas, sin ningún propósito religioso, se encuentran compañeros obsesionada con esa ilusión. Emocionado por la luz y la liberalidad de la doctrina consoladora, sin adherirse a los sentimientos de Jesús, generalmente están embriagado en los errores brillantes. No se dan cuenta de los amargos peligros que acosan sus vidas. No les interesa la educación de los niños más pequeños, con graves daños para el futuro del grupo familiar. Sin embargo, leves consideraciones serían suficientes para reconocer el clamoroso error. ¿Por qué iba a confiar Dios ciertos hijos a esas o aquellas organizaciones de padres, si no fuera necesaria dicha cooperación en el mecanismo de iluminación o rescate? El Eterno proporciona el licor dulce del olvido a las almas culpables u oprimidas, y mando que se creasen los períodos de infancia y juventud en la Tierra para que los señores del Hogar aprovechen la oportunidad para la siembra divina de bondad y amor, visando el trabajo de conciencia rectilínea del futuro. ¿Para qué servirían, de otro modo, los padres humanos, si abdicasen de la posición de centinelas, entregando a

sus hijos a las tendencias inferiores de ayer? ¿No sería condenar el instituto doméstico a una fortaleza de placer vicioso?

Tales preguntas permanecieron en el aire. Nadie se atrevió a intervenir en el asunto, cuando nuestro amigo tejió comentarios tan fascinantes. Observando nuestras disposiciones más íntimas, el instructor generoso continuó:

- Aludiendo a la ceguera de algunos de nuestros hermanos en el mundo, tengo un caso doloroso en mis relaciones personales

La pequeña asamblea escuchó, mostrando un interés justificado.

- A finales del siglo pasado - continuó el devoto siervo de Cristo -, cuando los ideales espiritistas se extendían por todo el país, en una modesta aldea del norte, un hombre de negocios honesto era de los primeros en mostrar simpatía por los nuevos principios. André era un seguidor rojo de positivismo y, aún bajo su influencia, penetró el umbral de la Doctrina, intoxicado por fuertes ilusiones en el campo de la filosofía trascendente. Buen discutiador, siempre comentaba la vasta situación en el mundo, haciendo extrañas referencias a la virtud, la hermandad y libertad. Su inteligencia no era un diamante lapidado en los bancos académicos; sin embargo, presentó, en sus características, la espontaneidad y sutileza que marca el caboclo brasileño. No era rico, pero su hogar era abundante y feliz. Las remuneraciones eventuales del comercio le ofrecían suficientes ventajas. Dos pequeños enriquecieron su hogar; sin embargo, aunque la esposa insistió, para que tuvieran las necesidades espirituales satisfechas, con respecto al problema religioso, André se burlaba, murmurando:

- ¡Nada de eso! mis hijos crecerán sin tales perjuicios. Quiero verlos lejos de los prejuicios dogmáticos de todos los tiempos. Los problemas religiosos huelen a catecismo. ¿No sabes que estos errores ya han sido relegados a clérigos caducados?

- Sí - explicó el compañero sin irritación -, entiendo tus escrúpulos, en el sentido de preservar a los niños de la explotación y abuso del nombre de Dios; sin embargo, no podemos eliminar las justas necesidades del alma. Ya que no permitiremos la influencia de los sacerdotes con nuestros pequeños, necesitamos crear un ambiente

de enseñanza en el hogar, donde aprenda con nosotros a cultivar el respeto y la obediencia al Altísimo.

André estaba exhibiendo una sonrisa vanidosa y dijo:

- ¡Olvida las cosas viejas, mujer! La razón resolverá eso. La mentalidad de ahora reclama independencia Nuestros hijos no serán esclavos de las despiadadas disciplinas que nos torturan la infancia.

- Pero - la esposa insistió con sensatez - si Dios nos hizo padres en este mundo, es para nosotros ser mentores dedicados a nuestros hijos. Cuando no vigilamos, André, la libertad puede convertirse en libertinaje.

El esposo pareció estar momentáneamente impresionado con las respuestas; sin embargo, se encogió de hombros, sin más consideración. Y el tiempo pasó. En obediencia al régimen paterno, los muchachos crecieron dispuestos y groseros. Solo abandonó la escuela primaria después de los quince años, por ociosidad e indisciplina. Se esforzaron, comúnmente, en una fricción áspera, de la que solo se alejaron, en sangre, después de largas súplicas maternal Odiaban los libros serios, pero siempre buscaban anécdotas deprimentes.

Por esa época el padre comenzó a entender las dificultades de la situación, lamentando la liviandad de otros tiempos, cuando la educación religiosa y moral de los hijos que Dios lo había confiado. Era, sin embargo, muy tarde. Leo y Oscar, los dos niños, comentaban una desagradable observación para cada consejo de padres. Nuestro amigo intentó la internación de los jóvenes rebeldes en un establecimiento disciplinario, pero fue en vano. Procuró localizarlos en servicio honesto; sin embargo, aunque ambos fueron admitidos para ser despedidos casi inmediatamente Nadie toleraba sus costumbres y sus palabras torpes.

Una vez, cuando el comerciante llegó a casa, en una noche oscura, percibió acalorada discusión en el interior doméstico. Unos pasos más y se enfrentó a la escena humillante. En actitud ingrata, los niños golpearon a su propia madre. En su indignación, André buscó expulsarlos, pero la esposa intervino con la ternura habitual. Después de unos meses, ambos niños fueron atrapados en el acto de

robo. Después de prisión vejatoria, el padre no pudo evitar la rebeldía que llenó su corazón y, a pesar de las repetidas súplicas de su compañera, desterró a sus hijos del nido familiar.

Alma destrozada por esas amargas decepciones, preveía el cambio de un Estado a otro. Vendió la pequeña propiedad comercial, la tierra, los rebaños y se fue. Sin embargo, los cónyuges, a pesar de la unión afectiva, en afinidades profundas, pese a la modificación del paisaje, nunca se volvieron a sentirse con tranquilidad primitiva. Estaban procurando el regreso a la ventura de otros tiempos, pero fue en vano. El recuerdo de niños ingratos se presentaba con las imposiciones de la vejez, multiplicando, sin embargo, las preocupaciones y los pesares.

En una noche de tormenta, André se despertó a altas horas de la madrugada, escuchando un fuerte ruido en el pasillo. Tomando el arma de fuego, se levantó con cautela. Se encaminó a la caja fuerte de madera ubicada en una habitación contigua, notando que fue forzada. Era un ladrón el visitante imprevisto. Como una sombra dentro de las sombras, André sigue los pasos del malhechor y, antes de que pudiera escapar, lo postró con un disparo, casi en blanco.

La esposa se levantó asustada. Enciende la luz. Y cuando el comerciante, muy tembloroso, trae la linterna a la cara de la víctima que estaba sangrando, ambos se miran.

- ¡Mi padre! ... ¡mi padre! ... - la moribunda grita con voz ronca.

- ¡Hijo mío! ... - exclaman, al mismo tiempo, marido y mujer, entre lágrimas de desesperación.

La pobre madre, irritada por la desgracia extrema, entregó su alma a Dios, asistida por la dedicación de las vecinas. Nuestro amigo ahora estaba sin nadie. Cuantos mayores eran las esperanzas de libertad en el futuro cercano, más lastimaba el propio dolor. Finalmente salió de la cárcel pública, animado por la simpatía popular como héroe. André, sin embargo, permaneció inerte, derrotado. Vendió cuánto poseía para pagar las cuentas del juez que lo absolvió y volvió a partir, sin destino.

Viejo, cansado, y solo, no se sentía lo suficientemente fuerte como para reiniciar la lucha. Las noches a la intemperie, los días de hambre, la ropa hecha jirones y allí fuimos, de pueblo en pueblo,

viviendo caridad común Parecía estúpido, incapaz de cualquier reacción. El tiempo se encargó de completarle la cara de un mendigo. Larga bolsa de cuero en la cintura, rostro quemado, grosero cayado para los caminos difíciles, continuó, sin una pausa, recurriendo a la generosidad popular.

Los años pasaron por su corazón, en amargo silencio, cuando, en un crepúsculo de fuerte tormenta, el viejo miserable se acercó a un río desbordado. El desafortunado necesitaba ganar el otro margen, tratando de encontrar refugio en el lugar más cercano. Un hombre corpulento de rasgos ásperos lo invita con un gesto silencioso a tomar la frágil canoa. El mendigo acepta. El barquero desconocido no deja de fijarse en la bolsa, donde André recoge la limosna de piedad pública. Mientras tanto, el desafortunado anciano descansa sus ojos nublados por la vejez en su benefactor, que remaba en silencio. La ternura paterna se repinta en la cara surcada de arrugas. Si Leo todavía existiese, debía parecerse a ese hombre. A pesar de todas las preocupaciones de recordar a su hijo, el desafortunado no percibe los movimientos sutiles del barquero anónimo. Lejos del margen, el remero echa un último vistazo a los arbustos vecinos, envueltos a la sombra del crepúsculo y, sintiéndose sin testigos, avanza hacia el mendigo miserable, agarra su bolso y arroja su cuerpo a la corriente tranquila, murmurando con ironía:

- ¡Las aguas no hablan! ... Vamos, viejo sucio, ¡una bolsa no puede salvarte la vida! André finalmente entendió: esa voz pertenecía al hijo desaparecido. No dudó. El sentimiento de paternidad no lo había engañado.- Leo! ... Leo! ¡Hijo mío! ... - gritó angustiado. Sin embargo, ya era demasiado tarde. Ambos intercambiaron la mirada suprema, con una extraña sensación de sufrimiento y temor, sumergiendo al viejo para siempre.

Como pueden ver, concluyó el narrador emocional, André era indiferente a la educación moral de los hijos, olvidando sembrar la infancia, para construir su carácter en la juventud La experiencia resultó en frutos muy amargos. Después de eliminar, involuntariamente, uno de ellos terminó asesinado por el otro. ¿Has entendido ahora lo que significa educación con libertad ilimitada? La pequeña asamblea permaneció en una conmoción dolorosa y nadie se atrevió a responder.

7 EL LIBRE PENSADOR

Raimundo de la Anunciación vino del materialismo al conocimiento de la doctrina de los Espíritus; sin embargo, por muy buenas que sean las advertencias de amigos sinceros, no privaba su adicción a las discusiones sin un propósito definido. Desde temprana edad, se había convertido polémico persistente, rebelde a cualquier idea de humildad o comprensión de las necesidades de otras personas. ¿Hubo un punto oscuro en alguna intrincada cuestión de la vida? No encontraba dificultad para completar los casos y aclarar el asunto, a su manera. Esa manía de juzgar apresuradamente y sacar armas para imponer sus ideas, fuera transportada a sus actividades espirituales, con enorme prejuicio para su edificación interior Parecía una pila humana en permanente irritación contra las demás confesiones religiosas.

Empleado con responsabilidad definida, llevaba a la repartición sus polémicas interminables. Mientras el director despachaba casos en la oficina, él permanecía en trabajo activo, atendiendo a papeles que requerían atención cuidadosa. Sin embargo, después de que se alejase el jefe inmediato, encendía un cigarro distinto y se ponía a explicar la situación del prójimo o de los compañeros

.- ¿Y tú, Renato - le dijo a un colega, en tono burlón -, aún no te has decidido por el Espiritismo?

Como el niño estaba confundido, masticando un monosílabo, como respuesta, el valiente polemista continuó:

- Ah! esos sacerdotes! Usted anda seducido por las historias, perdiendo el tiempo. Es un absurdo entregando una inteligencia como la suya a la explotación clerical; pero espero que antes o más tarde, esa organización odiosa se derrumbe.

Fue el comienzo de una larga racha. El compañero anciano, del frente, fervoroso católico romano, vino en ayuda del joven tímido:

- Pero, Raimundo, que tiene usted con los sacerdotes? Creo que nuestra Iglesia es tan respetable como las otras Además de eso, no podemos ignorar que la mayoría está con nosotros.

El interpelado se sonrojó y, aturdido, de pronto, exclamó colérico:

- ¡Allá arriba! ¡Dios nos libre de la influencia del clero! Declaremos la guerra a los traficantes del altar. El progreso humano los ahuyentará mientras la luz de la mañana expulsa a los murciélagos tontos! Nada de transigencia con los falsos sacerdotes. Odio a esa gente de ropa negra, que camina al servicio de los intereses mezquinos, abusando de la ignorancia popular. Esos traviesos serán derribados antes de lo que se juzga!

Y un rosario de injurias era desfilado allí, ante los compañeros asombrados.

Cuando se ofreció la pausa natural, el antagonista tomó represalias:

*- No sé con qué autoridad puede usted plantear tales acusaciones.-
¿No sabe? - dijo Raimundo, neurasténico.*

Y después de masticar la punta del cigarro:

- Soy un librepensador!

La discusión continuó, hasta que un colega vino a pedir calma a los contendientes, para que el trabajo no fuese excesivamente perturbado.

Semejantes características serian fácilmente comprensibles, como índice de fanatismo individual, si fuesen limitadas al análisis de otras escuelas religiosas; pero la situación era más grave.

Raimundo de la Anunciação vivió en constante controversia con los hermanos del ideal. Después de algún tiempo de asistencia a esta o aquella institución espiritista, se volvía contra los amigos de la víspera, en una fila de acusaciones injustas. Aludiendo a los directores de la casa, cuyos logros había participado, comentaba livianamente:

- Son intolerantes y arbitrarios, no les tolero el fingimiento.

Refiriéndose a la audiencia, concluyó con ironía:

- Nunca había visto en el mundo un grupo de ignorantes y burbaques.

Un compañero más sensato llamó su atención con afecto:

- Pero, Raimundo, después de todo, todavía somos criaturas aprendiendo en un mundo imperfecto. Si tuviéramos las cualidades superiores, requeridas por la existencia en las esferas superiores, ciertamente no permaneceríamos en la Tierra. Es razonable que los ángeles no moren en los abismos de la sombra. Entonces, ¿por qué olvidar el deber de tolerancia mutua?

Nuestros compañeros no son malvados, sino espíritus incompletos en las virtudes divinas, igual que nosotros. ¿No crees que estamos en un proceso de aproximación afectivo, en el cual los defectos de todos desaparecen con el cuidado amoroso de cada uno?

El interlocutor no se daba al esfuerzo de hacer un mayor examen más detallado y respondió, intempestivamente:

- ¡Odio la hipocresía! ...

- No es, sin embargo, una cuestión de hipocresía - reflexionó el hermano en la fe - sino de entender una situación generalizada, de la cual no podremos escapar, sin el testimonio individual, construyendo nuestra parte.

"No tolero la confusión o el subterfugio", exclamó Raimundo enojado.

- Sin embargo, ¿por qué alimentar tal estado del alma?

- ¡Soy un librepensador! - explicó, repitiendo el viejo estribillo.

Así fue como la rebelión se apoderó por completo de su espíritu.

Antes de entregar a la tierra el cuerpo abatido , su generosa madre lo llamó, un día, preocupada:

- Raimundo, hijo mío, sé que me estoy despidiendo del mundo; sin embargo, desearía que la muerte me sorprendiese solo cuando me fue posible mantener la certeza de su renovación.

Y con una mirada amorosa y triste, continuó:

- No discutas estérilmente. Aprende a reconocer en las otras necesidades diferentes de las nuestras. No todos los hombres podrán compartir sus creencias.

No vemos que la edad señala a las criaturas? Entre la niñez, la juventud y la decrepitud, hay numerosos grados de posición física

¿No considera que lo mismo ocurre con la situación espiritual de las personas?

Absténgase de la imposición. ¡La peregrinación terrestre es tan corta!

¿Por qué pelear, sin profesionalidad, cuando puedes sembrar simpatías para la cosecha del amor?

¿Si Dios no tiraniza a sus hijos, qué argumento justificaría nuestra intransigencia con los hermanos? ¡Modifique su temperamento, hijo mío! El tiempo es una herencia sagrada que nadie malbarata sin graves reparaciones...

El discutidor renitente estaba conmovido, más por la humildad maternal, que por las juiciosas reflexiones.

"Te lo agradezco, madre", dijo, después de un beso en la mano marchita de la anciana.,

Reconozco la delicadeza de tus preocupaciones; pero sabes que soy un hombre sincero y que debo pensar libremente.

La anciana enferma lanzó una mirada de desánimo y murmuró con ternura, deseosa de evitar las discusiones habituales:

- Dios te bendiga siempre.

Todos los consejos fueron inútiles. Raimundo de la Anunciação llegó al final de la experiencia terrestre, discutiendo irremediabilmente. Cultivó feroces antagonismos y trató de imponer sus convicciones personales, en su lecho de muerte, espantando a quienes lo visitaron por simple cortesía.

De nuevo en la esfera espiritual, nuestro amigo, después de grandes luchas en el círculo de las sorpresas que lo esperaban, fue admitido en la ubicación más cercana, donde los recién llegados de todo el mundo recibían soluciones a ciertos problemas de naturaleza inmediata.

Conducido a la presencia del iluminado director de la institución de esclarecimiento a los desencarnados. Raimundo rogó humildemente los informes necesarios, con referencia a su caso. Se quejó amargamente. Se sintió abandonado, sin nadie.

- En general - aclaró el mentor con generosidad fraternal - los que permanecen aquí, en ese estado, son los hombres los que no han considerado un esfuerzo serio.

- ¿Cómo es esto? - Preguntó, disgustado - Fui en la Tierra un luchador de las nuevas ideas.

El instructor fue a un mueble de grandes proporciones, de contornos indescritibles usando un lápiz humano y sacando una sábana luminosa, exclamó amablemente:

- Tengo una copia de tus notas, veamos.

- ¿Qué? - preguntó Raimundo, decepcionado - ¿existen los archivos individuales aquí?

- ¿Porque no? - respondió el cuestionado serenamente. - ¿Has olvidado que su repartición registró procesos comunes, preservando su integridad? Supone que los espíritus inmortales son inferiores a los papeles terrenales?

El recién llegado, observando cómo cambiaba la situación, guardó un profundo silencio.

- Leamos los datos informativos de su última experiencia en el planeta terrestre - prosiguió el director de la casa espiritual, con generosidad. - Has estado cincuenta y tres años y cinco días en la Tierra, excepto el período de la infancia y la juventud, que aparecen en otras notas, por un total de cuatrocientas sesenta mil horas. Un tercio gastaste en descanso, sueño y distracciones, en los cuales enfocaremos nuestra atención en exámenes más complejos, siguiendo el análisis de esta ficha del tiempo. Quedan trescientas nueve mil seiscientas horas, de los cuales cincuenta y ocho mil cincuenta fueron utilizados en servicio mecánico de oficina, cincuenta y un mil quinientos cincuenta en actividades alimentarias del cuerpo, dejando doscientas mil horas que pasaste en discusiones improductivas, mental o verbal, directas e indirectas.

Raimundo estaba casi sofocado en una actitud de asombro doloroso.

"No fui un hombre perezoso", protestó.

El mentor dijo nuevamente, con calma:

- No se condena a un hombre que discute edificando. El esclarecimiento justo, a su tiempo, constituye columna poderosa en el edificio del Reino de Dios. Sin embargo, en tu caso, las circunstancias son altamente desfavorables debido al coeficiente de fricción abrumador solo sirvió para agravar sus vanidades, sin ninguna construcción espiritual definitiva, en sí mismo, o en el Planeta, dignificando su paso.

El interlocutor dudaba, sorprendido. Decepcionado, casi llorando, trató de aclarar:

- Pero yo... yo...

"Lo sé", murmuró el instructor, "ya sé que te referirás a tu condición de librepensador".

Mientras el recién llegado se retiraba con dolorosa amargura, el benefactor continuó:

- Cuando pensabas que eras libre en el mundo, solo eras un servidor de las mismas pasiones que hicieron miserables a otros hombres. En general, en la Tierra, los librepensadores son libres dominadores ¿Por qué no se supuso, en la experiencia humana, un siervo libre de Cristo?

Con Jesús, toda independencia es un enriquecimiento de la responsabilidad salvadora. ¿Porque no te sentiste liberado del egoísmo inferior para ayudar, en lugar de atacar bruscamente? Solo podemos analizar un trabajo, Raimundo, después de conocerlo íntimamente. Todos aquellos a quienes ha condenado en críticas gratuitas pueden afirmar que usted no conocía el esfuerzo individual. ¿No sabe que solo el que trabajó tiene derecho a comentarla tarea? Además, cuando consultamos las otras notas, debemos observar el número extenso de personas que se han alejado de la verdad, posponiendo momentos de alegría divina, por influencia de su fricción inoportuna; Conocerá las faltas de omisión cometidas por su espíritu, en el desprecio de los patrimonios del tiempo y de las ajenas realizaciones. Si usted lo prefiere, ahora podemos examinar los otros registros de su paso por la Tierra.

- Si es posible, me gustaría saberlo más tarde... - respondió Raimundo, llorando. Y nuestro amigo, durante años consecutivos,

ha entrado en grandes meditaciones sobre la verdad y la vida, ayudado por generosos benefactores espirituales.

Cuando pasaron dos lustras, volvió a la presencia del instructor que lo había analizado y suplico una nueva experiencia en la Tierra.

-¿Usted ya eligió el género de trabajo? Preguntó amablemente.- Sí - explicó el antiguo discutidor, vacilante -, deseo ser mudo entre mis adversarios de otros tiempos

- Muy bien - exclamó el mentor, abrazándolo -, es la tarea compatible con sus necesidades actuales. Volverás a nacer mudo y con grandes oídos, porque, según tu ficha de tiempo, no podrás entregarte a ningún logro superior, sin estar en silencio durante veinte años dolorosos y unos pocos meses, escuchando para aprender e imposibilitado sin poder decir o hablar nada.

EL TRANSPORTE REVELADOR

Humberto de Campos/Chico Xavier

Jovelino Soares, en su vida calma de interior, desde algún tiempo andaba todo entregado a las primeras experiencias mediúmnicas. No despreciaba la pequeña oficina del mecánico, donde, con la ayuda de algunos auxiliares, era más o menos el jefe de sí mismo. Mientras tanto, no se hurtaba a las largas prosas con los amigos. Raro era el cliente que, en trayendo máquinas para ser reparadas, no escuche extensas narrativas de casos personales. Andaba impresionado, sobretodo, con los fenómenos de desdoblamiento. Coleccionaba apreciable bagaje literario, en esa rama de conocimientos espiritualistas, y lamentaba que sus facultades incipientes no le proporcionasen grandes vuelos. No en tanto, día y noche, procuraba efectuar el intento. Algunas veces, mientras los empleados iban y venían, en busca de llaves o tornillos, estaba Jovelino en repetidas concentraciones, en la habitación íntima. Quería, a cualquier precio, realizar transportes a gran escala. Por la noche rehuía el humilde servicio del bien, porque no se contentaba con consolar a un enfermo, aplicando fluidos curativos o reconfortantes, ni se satisfacía con examinar las enseñanzas

morales que ofrecían las reuniones evangélicas. Daba preferencia a tentativas más vastas. ¿No se habían verificado importantes desdoblamientos con sensitivos diversos? Los libros científicos estaban repletos de relatos, en ese particular. Sus estudios e investigaciones se prolongaban dentro de la noche.

Por veces, la esposa dedicada lo llamaba a mejores raciocinios.

- Jovelino, no será más razonable que te consagres al trabajo profesional con asiduidad y devoción? !Me aflige tú salud!. Creo que es muy justa tú aspiración de mayores edificaciones espirituales; con todo, supongo que debes metodizar tus esfuerzos en ese plano, sin descuidar los deberes que condicen con la paz de nuestro hogar.

El marido, con expresión casi ruda en los ojos fríos, murmuraba con tedio:

-¡Ahora esa! ¿Qué falta en nuestra casa?

Y concluía, replicando:

- Como siempre acontece, no me puedes comprender.

La compañera respondía, humilde, a nuevos argumentos, evidenciando enorme ternura:

- No me refiero a tus experiencias, en el sentido de condenarlas. Conozco el valor de la Espiritualidad y no me internaría en consideraciones irrazonables. No puedo, sin embargo, aprobar los excesos a que te vienes entregando, desde hace algún tiempo. No nos falta pan en la mesa; todavía, escasea nuestra tranquilidad doméstica. Tus hábitos están profundamente alterados por las demasiadas concentraciones, sin cualquier observación de tiempo o conveniencia...

Jovelino, todavía, no la dejaba terminar:

- ¿Ignoras, acaso, mis propósitos? - preguntó irritado. - ¿Desconoces los poderes del hombre que se torna señor de los dones superiores de la Naturaleza psíquica? Espero obtener los grandes transportes, en breves días.

Y, en un entrever de las gloriosas experiencias, exclamó con la mirada quieta, fija en la inmensidad azul que se podía ver más allá de la ventana abierta:

- ¡Desdoblarme! ver los cielos ilimitados... conocer la intimidad de otros seres! ... ¡Oh! ¡Qué felicidad se puede igualar a eso! ¡Qué mezquino será todo, en este mundo, a mis ojos! ...

La esposa se distanció del visionario, tratando de disimular las tortuosas preocupaciones con las que tenía que lidiar el alma sensible. Y, durante mucho tiempo, Jovelino Soares continuó con sus prácticas exhaustivas, indiferente a las perjuicios domésticos. Mantuvo su actitud de recogimiento, en un esfuerzo incansable. Se entregó a fórmulas verbales, ayunos multiplicados, donde había muchos compromisos verbales, pero no espontaneidad.

La situación permanecía en esa altura, cuando, en una noche de enorme agotamiento de energías físicas, nuestro amigo fue arrebatado a un sueño deslumbrante. Se sentía al final en prodigioso desdoblamiento. La región a la que había aterrizado, rápidamente, se coronó con una belleza infinita. Palacios de niebla dorada brillaban en sus ojos; extasiado, en lo alto de una colina adornada de luz, contemplaba la escena, admirando la maravilla, en humilde genuflexión.

Leve ruido denunció la presencia de alguien que parecía procurarlo con interés. El generoso benefactor espiritual, que se adelantaba, le mostro una sonrisa bondosa e interrogó con dulzura fraternal:

- Jovelino, la caridad augusta de Cristo permitió que vinieses hasta aquí y estoy pronto a atender-te. Que desees del Señor, con impulso tan fuerte?

Sintiéndose victorioso, el interpelado respondió:

- **Valeroso emisario, deseo recibir los dones del desdoblamiento espiritual allá en el mundo.**

El mensajero tomo una actitud benevolente y esclareció:

- **¿Pero ya has hecho los experimentos que te ofrece la Tierra en ese sentido? ¿Eres un Espíritu desplegado en varias obligaciones? ¿Puede ser padre, hijo, hermano, amigo, servidor o mayordomo al mismo tiempo, sin inclinaciones dañinas, sabiendo amar, corregir, orientar, administrar, obedecer o servir simultáneamente?**

Jovelino experimentó un choque intraducible. Entendió, de relance, la complejidad de los deberes que le eran exigidos y obtemperó:

- **Conozco, sin embargo, personas que se desdoblán sin tan grandes preocupaciones.**

- **En general -le respondió el emisario, con solicitud -, no todos los frutos son cogidos en la época adecuada y, casi siempre, los frutos verdes son presa de criaturas que los inutilizan desastrosamente.**

Ante la observación justa, que consubstanciaba un paquete de enseñanzas felices, dijo de nuevo el visitante de la esfera espiritual, tratando de explicarse:

- **Talvez no haya sido bastante claro. Lo que deseo es el permiso para los transportes sublimes del alma!...**

- **¿Ya efectuaste, sin embargo, el aprendizaje de esa naturaleza que el mundo te proporciona? ¿Encontraste señor de semejante adquisición? ¿Como te transportas de la alegría para el dolor, de la salud para la enfermedad, de la unión para la separación, del confort para las dificultades? ¿Guardas, en todo, el mismo padrón de confianza en Dios, portándote, en todas las circunstancias, como en servicio de su voluntad y de su amor? El Espíritu terrestre no conocerá los transportes sublimes, sin esa preparación justa.**

Jovelino Soares quedo atónito. Francamente, no había pensado en eso. Aunque se esforzase, no encontraba recursos, a fin de responder. El generoso mensajero, percibiendo la confusión natural, le acaricio la frente con bondad inefable y habló en voz baja:

- Tus servicios, entretanto, no están perdidos. Queda atento, porque te conduciré, en este momento, a la mejor región en la que te puedes mantener con beneficios. Más tarde, podrás atravesar los vastos dominios de otros mundos, el sistema solar expondrá a tus ojos maravillas indescriptibles; mas, la solución del problema es igual al de la escalera o de la montaña - es preciso equilibrarse al subir. El lugar al que serás ahora conducido no es tan luminoso y todavía posee su belleza peculiar. Es la zona compatible con tú posición actual, mismo porque, bien sabes que no se puede traer la clasificación gradual de la Naturaleza. No en tanto, si consiguieras ver, como se torna necesario, encontrarás ahí numerosas maneras de enriquecer tus facultades. Reconocerás las diversas potencias que permanecen a servicio de tú iluminación.

Jovelino exultaba. A su vez, iba, en fin, descubrir los secretos del cielo. No sería naturalmente arrebatado a las constelaciones más altas, con todo sería llevado a regiones de sublime sorpresa.

El bondadoso mensajero le extendió la mano y dijo con voz firme:

- ¡Vamos!

El mecánico experimentó indefinible sensación de dislocamiento. Guardaba la impresión de que caía sobre un abismo de luz.

En ese momento despertó violentamente, en el lecho.

¿Cómo interpretar la visión inolvidable? Como si fuese auxiliado por benefactores intangibles, comenzó a fijar la atención en si mismo. Contempló los pies y meditó en los beneficios que de ellos podría obtener, caminando exclusivamente para la bondad; se detuvo en el examen de las manos y reflexionó en la inmensidad de tareas generosas que le era posible cumplir. ¿Y los ojos? No conseguiría con ellos realizar el trabajo de selección perfecta de la verdad y del modo de apartarse de todo o mal? ¡Y los oídos? No

sería justo convertirlos en archivos de prudencia y sabiduría? Jovelino pasó revista a las facultades comunes, identificándoles el valor que, hasta entonces, desconociera. ¿No serían ellas las potencias preciosas concedidas por Dios para el bien de su iluminación?

Extremadamente reconocido, parecía tocado de una vibración nueva. No consiguió permanecer en el lecho por más tiempo. Mientras la esposa y los hijitos reposaban, se levantó y abrió una ventana. Los soplos de la madrugada penetraron a la habitación en bocanadas frescas. Las últimas estrellas se tornaban más pálidas. El cántico repetido de los gallos llamaba a los seres a la actividad cotidiana y toda la Naturaleza se le figuró en marcha jubilosa.

Nuestro amigo, experimentando intraducible emotividad, sintió extraña atracción para la vida y para el trabajo. Su corazón había descubierto una revelación poderosa. Comprendió que la región divina, compatible con su posición espiritual, a que fue conducido por un emisario de Cristo, era su propio cuerpo terrestre. Era ahí mismo donde podría descubrir bellezas sin cuenta e infinitas posibilidades de iluminación.

8 EL LIBRE PENSADOR

Libro: Reportajes de Más Allá del Túmulo

Raimundo de la Anunciación vino del materialismo al conocimiento de la doctrina de los Espíritus; sin embargo, por muy buenas que sean las advertencias de amigos sinceros, no privaba su adicción a las discusiones sin un propósito definido. Desde temprana edad, se había convertido polémico persistente, rebelde a cualquier idea de humildad o comprensión de las necesidades de otras personas. ¿Hubo un punto oscuro en alguna intrincada cuestión de la vida? No encontraba dificultad para completar los casos y aclarar el asunto, a su manera. Esa manía de juzgar apresuradamente y sacar armas para imponer sus ideas, fuera transportada a sus actividades espirituales, con enorme prejuicio para su edificación interior Parecía una pila humana en permanente irritación contra las demás confesiones religiosas.

Empleado con responsabilidad definida, llevaba a la repartición sus polémicas interminables. Mientras el director despachaba casos en la oficina, él permanecía en trabajo activo, atendiendo a papeles que requerían atención cuidadosa. Sin embargo, después de que se alejase el jefe inmediato, encendía un cigarro distinto y se ponía a explicar la situación del prójimo o de los compañeros

.- ¿Y tú, Renato - le dijo a un colega, en tono burlón -, aún no te has decidido por el Espiritismo?

Como el niño estaba confundido, masticando un monosílabo, como respuesta, el valiente polemista continuó:

- Ah! esos sacerdotes! Usted anda seducido por las historias, perdiendo el tiempo. Es un absurdo entregando una inteligencia como la suya a la explotación clerical; pero espero que antes o más tarde, esa organización odiosa se derrumbe.

Fue el comienzo de una larga racha. El compañero anciano, del frente, fervoroso católico romano, vino en ayuda del joven tímido:

- Pero, Raimundo, que tiene usted con los sacerdotes? Creo que nuestra Iglesia es tan respetable como las otras Además de eso, no podemos ignorar que la mayoría está con nosotros.

El interpelado se sonrojó y, aturdido, de pronto, exclamó colérico:

- ¡Allá arriba! ¡Dios nos libre de la influencia del clero! Declaremos la guerra a los traficantes del altar. El progreso humano los ahuyentará mientras la luz de la mañana expulsa a los murciélagos tontos! Nada de transigencia con los falsos sacerdotes. Odio a esa gente de ropa negra, que camina al servicio de los intereses mezquinos, abusando de la ignorancia popular. Esos traviesos serán derribados antes de lo que se juzga!

Y un rosario de injurias era desfilado allí, ante los compañeros asombrados.

Cuando se ofreció la pausa natural, el antagonista tomó represalias:

- No sé con qué autoridad puede usted plantear tales acusaciones.- ¿No sabe? - dijo Raimundo, neurasténico.

Y después de masticar la punta del cigarro:

- Soy un librepensador!

La discusión continuó, hasta que un colega vino a pedir calma a los contendientes, para que el trabajo no fuese excesivamente perturbado.

Semejantes características serían fácilmente comprensibles, como índice de fanatismo individual, si fuesen limitadas al análisis de otras escuelas religiosas; pero la situación era más grave.

Raimundo de la Anunciação vivió en constante controversia con los hermanos del ideal. Después de algún tiempo de asistencia a esta o aquella institución espiritista, se volvía contra los amigos de la víspera, en una fila de acusaciones injustas. Aludiendo a los directores de la casa, cuyos logros había participado, comentaba livianamente:

- Son intolerantes y arbitrarios, no les tolero el fingimiento.

Refiriéndose a la audiencia, concluyó con ironía:

- Nunca había visto en el mundo un grupo de ignorantes y burbaques.

Un compañero más sensato llamó su atención con afecto:

- Pero, Raimundo, después de todo, todavía somos criaturas aprendiendo en un mundo imperfecto. Si tuviéramos las cualidades superiores, requeridas por la existencia en las esferas superiores, ciertamente no permaneceríamos en la Tierra. Es razonable que los ángeles no moren en los abismos de la sombra. Entonces, ¿por qué olvidar el deber de tolerancia mutua?

Nuestros compañeros no son malvados, sino espíritus incompletos en las virtudes divinas, igual que nosotros. ¿No crees que estamos en un proceso de aproximación afectiva, en el cual los defectos de todos desaparecen con el cuidado amoroso de cada uno?

El interlocutor no se daba al esfuerzo de hacer un mayor examen más detallado y respondió, intempestivamente:

- ¡Odio la hipocresía! ...

- No es, sin embargo, una cuestión de hipocresía - reflexionó el hermano en la fe - sino de entender una situación generalizada, de

la cual no podremos escapar, sin el testimonio individual, construyendo nuestra parte.

"No tolero la confusión o el subterfugio", exclamó Raimundo enojado.

- Sin embargo, ¿por qué alimentar tal estado del alma?

- ¡Soy un librepensador! - explicó, repitiendo el viejo estribillo.

Así fue como la rebelión se apoderó por completo de su espíritu.

Antes de entregar a la tierra el cuerpo abatido , su generosa madre lo llamó, un día, preocupada:

- Raimundo, hijo mío, sé que me estoy despidiendo del mundo; sin embargo, desearía que la muerte me sorprendiese solo cuando me fue posible mantener la certeza de su renovación.

Y con una mirada amorosa y triste, continuó:

- No discutas estérilmente. Aprende a reconocer en las otras necesidades diferentes de las nuestras. No todos los hombres podrán compartir sus creencias.

No vemos que la edad señala a las criaturas? Entre la niñez, la juventud y la decrepitud, hay numerosos grados de posición física ¿No considera que lo mismo ocurre con la situación espiritual de las personas?

Absténgase de la imposición. ¡La peregrinación terrestre es tan corta!

¿Por qué pelear, sin profesionalidad, cuando puedes sembrar simpatías para la cosecha del amor?

¿Si Dios no tiraniza a sus hijos, qué argumento justificaría nuestra intransigencia con los hermanos? ¡Modifique su temperamento, hijo mío! El tiempo es una herencia sagrada que nadie malbarata sin graves reparaciones...

El discutidor renitente estaba conmovido, más por la humildad maternal, que por las juiciosas reflexiones.

"Te lo agradezco, madre", dijo, después de un beso en la mano marchita de la anciana.,

Reconozco la delicadeza de tus preocupaciones; pero sabes que soy un hombre sincero y que debo pensar libremente.

La anciana enferma lanzó una mirada de desánimo y murmuró con ternura, deseosa de evitar las discusiones habituales:

- Dios te bendiga siempre.

Todos los consejos fueron inútiles. Raimundo de la Anunciação llegó al final de la experiencia terrestre, discutiendo irremediabilmente. Cultivó feroces antagonismos y trató de imponer sus convicciones personales, en su lecho de muerte, espantando a quienes lo visitaron por simple cortesía.

De nuevo en la esfera espiritual, nuestro amigo, después de grandes luchas en el círculo de las sorpresas que lo esperaban, fue admitido en la ubicación más cercana, donde los recién llegados de todo el mundo recibían soluciones a ciertos problemas de naturaleza inmediata.

Conducido a la presencia del iluminado director de la institución de esclarecimiento a los desencarnados. Raimundo rogó humildemente los informes necesarios, con referencia a su caso. Se quejó amargamente. Se sintió abandonado, sin nadie.

- En general - aclaró el mentor con generosidad fraternal - los que permanecen aquí, en ese estado, son los hombres los que no han considerado un esfuerzo serio.

- ¿Cómo es esto? - Preguntó, disgustado - Fui en la Tierra un luchador de las nuevas ideas.

El instructor fue a un mueble de grandes proporciones, de contornos indescriptibles usando un lápiz humano y sacando una sábana luminosa, exclamó amablemente:

- Tengo una copia de tus notas, veamos.

- ¿Qué? - preguntó Raimundo, decepcionado - ¿existen los archivos individuales aquí?

- ¿Porque no? - respondió el cuestionado serenamente. - ¿Has olvidado que su repartición registró procesos comunes, preservando su integridad? Supone que los espíritus inmortales son inferiores a los papeles terrenales?

El recién llegado, observando cómo cambiaba la situación, guardó un profundo silencio.

- Leamos los datos informativos de su última experiencia en el planeta terrestre - prosiguió el director de la casa espiritual, con generosidad. - Has estado cincuenta y tres años y cinco días en la Tierra, excepto el período de la infancia y la juventud, que aparecen en otras notas, por un total de cuatrocientas sesenta mil horas. Un tercio gastaste en descanso, sueño y distracciones, en los cuales enfocaremos nuestra atención en exámenes más complejos, siguiendo el análisis de esta ficha del tiempo. Quedan trescientas nueve mil seiscientas horas, de los cuales cincuenta y ocho mil cincuenta fueron utilizados en servicio mecánico de oficina, cincuenta y un mil quinientos cincuenta en actividades alimentarias del cuerpo, dejando doscientas mil horas que pasaste en discusiones improductivas, mental o verbal, directas e indirectas.

Raimundo estaba casi sofocado en una actitud de asombro doloroso.

"No fui un hombre perezoso", protestó.

El mentor dijo nuevamente, con calma:

- No se condena a un hombre que discute edificando. El esclarecimiento justo, a su tiempo, constituye columna poderosa en el edificio del Reino de Dios. Sin embargo, en tu caso, las circunstancias son altamente desfavorables debido al coeficiente de fricción abrumador solo sirvió para agravar sus vanidades, sin ninguna construcción espiritual definitiva, en sí mismo, o en el Planeta, dignificando su paso.

El interlocutor dudaba, sorprendido. Decepcionado, casi llorando, trató de aclarar:

- Pero yo... yo...

"Lo sé", murmuró el instructor, "ya sé que te referirás a tu condición de librepensador".

Mientras el recién llegado se retiraba con dolorosa amargura, el benefactor continuó:

- Cuando pensabas que eras libre en el mundo, solo eras un servidor de las mismas pasiones que hicieron miserables a otros hombres. En general, en la Tierra, los librepensadores son libres dominadores ¿Por qué no se supuso, en la experiencia humana, un siervo libre de Cristo?

Con Jesús, toda independencia es un enriquecimiento de la responsabilidad salvadora. ¿Porque no te sentiste liberado del egoísmo inferior para ayudar, en lugar de atacar bruscamente? Solo podemos analizar un trabajo, Raimundo, después de conocerlo íntimamente. Todos aquellos a quienes ha condenado en críticas gratuitas pueden afirmar que usted no conocía el esfuerzo individual. ¿No sabe que solo el que trabajó tiene derecho a comentarla tarea? Además, cuando consultamos las otras notas, debemos observar el número extenso de personas que se han alejado de la verdad, posponiendo momentos de alegría divina, por influencia de su fricción inoportuna; Conocerá las faltas de omisión cometidas por su espíritu, en el desprecio de los patrimonios del tiempo y de las ajenas realizaciones. Si usted lo prefiere, ahora podemos examinar los otros registros de su paso por la Tierra.

- Si es posible, me gustaría saberlo más tarde... - respondió Raimundo, llorando. Y nuestro amigo, durante años consecutivos, ha entrado en grandes meditaciones sobre la verdad y la vida, ayudado por generosos benefactores espirituales.

Cuando pasaron dos lustras, volvió a la presencia del instructor que lo había analizado y suplico una nueva experiencia en la Tierra.

-¿Usted ya eligió el género de trabajo? Preguntó amablemente.- Sí - explicó el antiguo discutidor, vacilante -, deseo ser mudo entre mis adversarios de otros tiempos

- Muy bien - exclamó el mentor, abrazándolo -, es la tarea compatible con sus necesidades actuales. Volverás a nacer mudo y con grandes oídos, porque, según tu ficha de tiempo, no podrás entregarte a ningún logro superior, sin estar en silencio durante veinte años dolorosos y unos pocos meses, escuchando para aprender e imposibilitado sin poder decir o hablar nada.

9 DECEPCIÓN DE UN SUICIDA

El generoso Rogerio, excelente amigo del plano espiritual, que, desde hacía muchos años, viene consagrando las mejores energías al servicio de las entidades sufridoras, me procuró para un convite.

- ¿Quieres acompañarme en el trabajo de socorrer a un desventurado suicida que sufre en las regiones inferiores, hace treinta años?

- ¿Treinta años? - interrogue, admirado.

-Existen otros, círculos de padecimientos atroces, con más dilatado tempo que ese - respondió serenamente.

Por mi parte, no conseguía disimular el asombro justo.

- Semejantes angustias - respondí - deben ser consecuencias de romance bien doloroso.

- No tanto. En el presente caso, al lado del infortunio, no podemos olvidar la irreflexión y la rebeldía.

La observación de Rogerio me despertaba curiosidad.

- me Gustaría de acompañarte, mas no me eludir las ganas de conocer algo de la historia de este personaje que visitaremos.

- Es interesante -me respondió-, entretanto, no es común. Numerosos hombres se encuentran, actualmente, en sus antiguas condiciones.

Y, después de tomar posición como narrador divertido y optimista, comenzó con atención:

- Hace cerca de treinta años, Tomasino Pereira era empleado de una tipografía en Rio de Janeiro.

De temperamento único y atrabilioso, nunca había podido escapar del círculo de lamentaciones estériles. Solo se hacía oír sino para conmover a los interlocutores con fuertes quejas. Se lastimaba constantemente. Acusaba al mundo, al país, al trabajo, a los amigos. En vano intentaron sus compañeros inyectarle coraje y optimismo. El mísero siempre estaba demasiado nervioso o

desesperadamente desanimado. La familia numerosa, los deberes diarios, las facturas mensuales en el almacén, el carnicero y el panadero, asustaban su espíritu. Sin embargo, la mayor tragedia de Tomasino, en la apreciación de sí mismo, era el problema conyugal. La esposa ignorante no lo comprendía. Y en lugar de mejorar sus condiciones espirituales con cariño y paciencia, elevando sus concepciones en busca de los horizontes superiores de la vida, el infortunado dedicaba su tiempo a promesas cumplidas, amenazas de separación, gestos violentos y groseros. La situación llenó de asombro y amargura a los hijos de la pareja, pues el jefe de la casa, desesperado, daba la impresión de un loco, sin esperanza de cura. Cuando no golpeaba las mesas, con una furia enfermiza, permanecía en actitud de extrema desolación, apático, en llanto angustiado.

Entre sus admiradores se encontraba Oscar Fraga, amigo de la infancia y de lucha diaria, que aprovechó las fases de desánimo de su amigo para acercarse, tratando de arrancarle el alma a las tormentas de la incompreensión. El caso, sin embargo, se fue complicando día a día. Tomasino estaba poseído por una idea siniestra. Alimentó el propósito del suicidio con creciente preocupación. Interiormente, siempre había considerado a los que escapan de las tormentas de la vida humana como criaturas privilegiadas y valientes. ¿No era la mejor forma de protestar contra el destino, de retirarse del mundo, en silencio? ¿No parecía la existencia terrestre un gran banquete, donde algunos usaban los manjares, reservando hierbas amargas para otros? Dejar la carga a medias, en su opinión, era la actitud más acorde con la dignidad personal. En el fondo creía en la existencia de Dios, pero la ceguera de espíritu no le permitía vislumbrar el más mínimo atisbo de las verdades esenciales, que lo inducirían a la valentía indispensable en el combate común. A medida que crecía su intención de escapar de la lucha, se sentía más como un héroe.

Al percibirlo con disposiciones tan peligrosas, Fraga, que era un espiritista convencido, se acercó a él con más vigor, brindándole la cooperación fraterna que tenía. Eran mensajes de suicidios desafortunados, exhortaciones evangélicas, páginas de consuelo y elevación moral.

- Todo esto es humo de ilusión - exclamó Tomasino, abatido -, nadie puede volver del polvo de la tumba. Creo en Dios y estoy seguro de que Él, más que nadie, comprende mi dolor.

Yo también - murmuró pacientemente el compañero - no dudo del interés amoroso del Altísimo por nosotros. Naturalmente comprenderá nuestras heridas, pero no podrá tolerar nuestras rebeliones.

- ¡Es eso! - gritó más fuerte el infortunado - ¡Estoy abandonado, todo para mí está perdido! la desgracia ha cosechado mi suerte, debemos morir. ¡Todo se pudrió, todo se cayó! ...

Y, mientras el desafortunado se enjugaba los ojos con su pañuelo, el compañero le respondía con una gran dosis de buen humor:

- El nerviosismo también suele escapar a la verdad. No estás siendo correcto.

- ¿Y todavía me acusas? Preguntó Tomasino, fuer de sí.

- No todo está perdido- explicó Fraga tranquilamente - al menos esta casa, que Dios transformó en el nido de tus hijos y donde encontramos refugio para la conversación cariñosa, sigue en pie.

La respuesta pareció suavizar las ironías del interlocutor, por la nota de humor. Después de unos intensos minutos de meditación, Tomasino regresó consternado:

- Pero ...¿y Alinda ?! Si mi esposa entendiera las necesidades justas, tal vez la vida se equilibrase...

- ¿Por qué no ayudas a tu alma ignorante, poniendo en ella lo mejor de tu corazón?

- preguntó el compañero con sensatez. - Alinda no está mal.

Como sabes, la ignorancia tiene aristas que deben erosionarse. Además, nunca debes olvidar que ella es la madre de tus hijos. Dios no te hubiera unido sin razones poderosas, en el camino hacia la vida inmortal. Veo, en todo esto, la representación de tus deudas espirituales en el pasado y que es fundamental rescatar.

Tomasino cortó en tono furioso:

- ¿No tienes otro argumento que esta historia de reencarnaciones?

- Sí, tengo... - murmuró Fraga, sin inmutarse. Mientras el otro lo miraba asombrado:

- Es fundamental que cada uno sepa llevar su cruz redentora.

- ¡Siempre eres fructífero en los consejos! Gritó el miserable, desesperado.

El amigo, sin embargo, sin ninguna irritación, continuó de buen humor:

- Te equivocas. Este consejo no es mío, es de Jesucristo. No me siento suficientemente iluminado para guiar a nadie; sin embargo, creo que estará de acuerdo conmigo en la competencia del Salvador.

Lo cierto, sin embargo, es que Fraga siempre se retiraba sin obtener ningún resultado satisfactorio. Irascible, terco, insensible a los beneficios de la fe religiosa, Tomasino Pereira permaneció inaccesible a todos los procesos de ayuda espiritual. Y en la orgullosa idea de poder enfrentarse al mismo Dios, para preguntarle al Creador, sobre los enigmas del destino, una noche tranquila, sin que nadie lo esperase, explotó su cerebro irreflexivamente.

La narración que nos ocupa me llevó a recordar algunos compañeros en las tareas humanas, impresionándome, vivamente.

- Ese es el Espíritu que encontraremos en unos momentos - concluyó Rogerio con una generosa sonrisa.

De hecho, sin gastar mucho esfuerzo, descendemos a una región de sombras muy espesas. Parecía, ante todo, una gran cueva pestilente y húmeda, como deberían haber sido las mazmorras de la Edad Media. Había criaturas estiradas allí, con gemidos penetrantes.

Manteniendo las distancias, Rogerio me exhorto a quedarme con él y envió algunos ayudantes en busca del infortunado Tomasino.

El infortunado se acercó, arrastrándose. Parecía un monstruo, tal era la desfiguración por el sufrimiento. Al observar los fluidos luminosos que rodeaban a Rogerio esperándola, el mísero supuso que se encontraba frente a uno de los más altos emisarios de Dios. Aún engañado por las falsas concepciones de la Tierra, se echó a

llorar, convulsivamente, creyendo que el Altísimo le había otorgado honrosas deferencias, como si fuera un héroe olvidado, en proceso de revisión.

- Ángel celestial - murmuró postrándose ante Rogerio -, sabía que Dios me haría justicia. Fui desdichado en la Tierra, vagué como un perro sin dueño entre los que disfrutaban del banquete de la vida humana; Atravesé la existencia incomprendida y aquí estoy, abandonado, en una terrible cueva de mártires, esperando la Divina Providencia...

Las lágrimas cayeron con suprema desesperación.

El interrogador, sin embargo, permaneció con impasible serenidad y dijo con firmeza:

- Tomasino, olvídate de la adicción a las quejas. No soy un ángel celestial, soy tu hermano en el mismo camino evolutivo. No vine aquí para archivar sus lamentos, sino para sugerirle calma y buena voluntad, teniendo en cuenta los muchos ruegos de quienes están interesados en usted. No consta, en el plano espiritual más elevado, que hayas sido tan infeliz, sino que siempre has sido rebelde a los impulsos divinos, mientras si perezoso en los logros de la vida eterna.

El suicida experimentó una sorpresa inexplicable. Esperaba que todos los emisarios del mundo superior llevaran una dulzura de miel. Adicto como un niño caprichoso y exigente, no entendía la bondad fuera de los prismas de la ternura. Sorprendido, Tomasino adoptó una actitud diferente.

- Vengo a ser útil a tus necesidades actuales - prosiguió Rogerio sin emoción -, entregándote este o aquel informe que consideres necesario para la elevación de tu espíritu.

Se consideró que el impacto era beneficioso para Tomasino. Comenzando a comprender que la responsabilidad no prescinde de la energía, se esforzó por olvidar los viejos lamentos y realizar expresiones serias, acordes con su posición espiritual.

- ¡Me gustaría saber de mis hijos! - dijo con un gesto más digno.

- Todos realizan sus tareas de manera satisfactoria - aclaró Rogério, delicado. - Como sabrás, las obras de Dios no sufren una

solución de continuidad, porque tal o cual de los trabajadores decida escapar a los compromisos asumidos. Tus hijos son buenos hombres, útiles a la sociedad de la que forman parte integral y activa; sus hijas son madres devotas y generosas en estos días. Ellos confiaban en ti, cuando no compartías la confianza en ti mismo. Y porque has huido de casa, los has abandonado, nunca te han olvidado en amorosas intercesiones.

- ¡Fui un infeliz! Exclamó el suicida con acento amargo.

- ¡Deberías decir, antes que nada, que fuiste un tonto!

Extremadamente decepcionado, Tomasino quiso desviar el asunto y preguntó:

- Creo que tienes el poder de ayudarme. ¿Qué debo hacer para mejorar esta situación? Mi cabeza se siente mareada, sin rumbo... al menos desearía lograr un poco de salud...

"Usted preguntó bien", dijo mi amigo, "ese deseo muestra sus mejoras espirituales". Lo que restaurará su salud y equilibrio es la nueva aplicación de la tierra.

- ¿Aplicación terrestre? - respondió Tomasino atormentado.

- Sí, tendrás que vestirte, nuevamente, con un cuerpo terrestre. En el planeta encontrarás el remedio para tus males. Rompiste el cráneo y volverás a mostrar el cráneo roto en el mundo. No te faltará la medicación...

- ¿Medicación?

- Perfectamente - aclaró Rogerio -, idiotismo, locura, desequilibrio nervioso...

"Son enfermedades", dijo rápidamente el suicida.

- Es cierto, Tomasino, los seres terrenales aún no lo han entendido; pero, mientras curan enfermedades, terminan curadas por ellas. ¿Aceptas, por tanto, la medicina del futuro?

El pavor del infortunado se reconoció, ante la indicación, pero, tras largos minutos de meditación, murmuró humillado:

- Acepto... ¿Cuándo debo volver?

- Cuando nuestra hermana Alinda pueda recibirte en sus brazos maternos.

El suicida comprendió y se quedó en un profundo silencio.

En unos momentos, lo llevaron nuevamente a su prisión del dolor. Entonces me acerqué a Rogerio, admirado. Mi amigo ahora tenía los ojos húmedos, mostrando gran compasión y emoción. Antes de hacerle alguna pregunta, me tomó del brazo suavemente y murmuró:

- La tragedia de los espíritus que sufren es inmensa. Pero, en un auxilio eficaz, es fundamental tener en cuenta que cada paciente reclama su medicamento. La mayoría de los suicidios requieren dureza e ironía para que puedan comprender la verdad. Hasta la próxima experiencia terrestre, Tomasino Pereira estudiará con sinceridad su propia situación y ya no se quejará más...

10º EL INVESTIGADOR INCONSCIENTE

El viejo trabajador, en compañía de su hija, identificó el letrero brillante en el vestíbulo del enorme edificio y subió las escaleras, con sus ojos serenos y confiados. Después de tocar respetuosamente la puerta, atendida por un distinguido caballero, presentó a la joven enferma y le explicó:

- Doctor, mi hija ha estado mostrando síntomas inquietantes durante mucho tiempo. A menudo parece ser tomada por fuerzas extrañas, absolutamente incomprensibles. Parece alucinado y, sin embargo, muestra el don de la adivinación, con elementos irrefutables. Una carta, una caja fuerte cerrada, no ofrece secretos. Ya hemos tratado de escuchar a algunos médicos, quienes, después

de todo, solo empeoraron mis preocupaciones. Sin embargo, escuché que usted es un espiritista y, como ya hemos utilizado los servicios de algunos vecinos, estoy seguro de que su ciencia nos dará la solución necesaria.

El Dr. Matoso Dupont fijó la mirada puntiaguda en la niña enferma y se apresuró a aclarar:

- No soy exactamente un espiritista, sino un observador de fenómenos comunes; Soy un metapsicista...

El consultante, naturalmente tímido, permaneció en silencio, mientras el médico atacó al paciente en un aluvión de preguntas. Y reveló, a los ojos, la alegría del pescador cuando engancha al pez inocente, o del experimentador que encuentra un precioso conejillo de Indias. El padre siguió la escena con interés. El Dr. Dupont se frotaba las manos, visiblemente sorprendido. Después de un interrogatorio cercano, experimentó con resultados positivos. Objetos, cartas, libros, fueron llevados a prueba. El doctor no ocultó el enorme asombro.

Hombre de trabajo y horas contadas, el viejo trabajador decidió intervenir y preguntó, respetuosamente:

- Doctor, ¿qué me está diciendo? ¿Qué consejo tienes para el caso?

El profesional se rascó la barbilla y habló solemnemente:

- Sin lugar a dudas, nos enfrentamos a un sorprendente caso de criptestesia pragmática.

El cliente hizo un gesto de timidez, como para disculparse por su propia ignorancia, y dijo:

- ¿No podría proporcionarme aclaraciones más simples? Leo muy poco, el trabajo no me da tiempo libre...

- Es una manifestación metapsíquica.

El pobre hombre, ante la complicada terminología científica, se sintió un tanto desanimado y pidió permiso para irse con el fin de traer a un amigo a la oficina. Valdemar, un niño inteligente, versado en espiritismo y empleado en una farmacia cercana, lo ayudaría a interpretar los pareceres médicos. Había sido muy difícil encontrar la oportunidad de ver al Dr. Matoso; muy elevado el precio de la consulta, que el padre amoroso no dudó. No debería perder la oportunidad. Necesitaba recoger las opiniones de la Ciencia. La oportunidad fue única.

En unos minutos, regresaba a la oficina con su amigo servicial y diligente. El doctor entendió las preocupaciones paternas y comenzó a aclarar el asunto con todos los colores científicos de la técnica respectiva. Se refirió a investigadores de Psique de renombre mundial; A las experiencias europeas, habló del ectoplasma, magnetismo, subconsciente desconocido, de los trastornos orgánicos, neurología, fisiología, psicología experimental.

Mientras la joven mantenía una expresión de idiotismo y el padre hacía gestos de asombro justificable, Valdemar esperó la pausa del conversador y reflexionó inteligentemente:

- Doctor, estoy convencido de que tiene sus razones; pero, ¿no estarás de acuerdo en que estos fenómenos son tan antiguos como el mundo? ¿No admites que el caso de la niña se resume en simples manifestaciones de mediumnidad?

- Ah! naturalmente, quiere aludir los nuevos descubrimientos, - al sexto sentido, - torno el esculapio como alguien que necesita hacer una rectificación indispensable.

- Sí, puede ser, refiriéndose a la Ciencia actual - aclaró serenamente al niño -, sin embargo, hace miles de años India y Egipto conocían a los iniciados, los judíos veneraban a los profetas. Hace veinte siglos, el mundo fue testigo de la iluminación de Pentecostés. ¿No estás de acuerdo en que todas estas manifestaciones son diferentes formas de revelación espiritual, que difunden la luz de Dios en el mundo?

"¿Por qué?", Respondió el disgustado metapsicista, "¿qué razón nos llevarías a meter a la religión en problemas de esta naturaleza?"

Y la conferencia fue animada. Valdemar continuó con calma, mientras que el Dr. Matoso alcanzó el colmo de la exaltación. El primero defendió la lógica de la fe razonada; el segundo acusó a los espiritistas de pegajosos, enfermos, histéricos, fanáticos.

Al final de la discusión, el anciano se retiró desanimado, se llevó a la niña enferma y resolvió contentarse con el lento proceso de curación, a través de las instrucciones evangélicas del agua fluidificada y a los pases al alcance de la familia, en el grupo de vecinos.

Tal acontecimiento, sin embargo, constituyó una pequeña muestra del investigador reacio. El Dr. Matoso nunca dejó su dominio como experimentador. Visitó centros doctrinales, médiums atormentados; Insistió en mostrar el cartel del enemigo declarado de todas las expresiones religiosas. Afirmándose a sí mismo como discípulo de Richet, adoptó la duda con una actitud preceptiva. En cualquier observación, le preocupaba la posibilidad de fraude y, donde quiera que fuera, prefería comentar sobre la explotación grave, la charlatanería, la mala fe. La sociedad lo conceptualizó entre las grandes inteligencias del medio ambiente y nadie le negó títulos de competencia. Sin embargo, en contacto con los detalles anatómicos, había tensado las fibras emocionales. Un simple buscador de fenómenos, trató las sugerencias más hermosas de la espiritualidad a la manera de hechos banales, sin mayor importancia. No podía soportar las reuniones donde se rezaban a Dios, y a los compañeros religiosos prefería amigos ligeros, listos para comentarios científicos, entre la sonrisa de una mujer sin escrúpulos y un sorbo de vino rico.

Sin embargo, en todo caso, los hombres juegan el juego de la vida, pero es Dios quien distribuye las cartas. Nadie vive sin cuentas, indefinidamente. Después de todo, llegó el día en que el Dr. Matoso se vio obligado a recoger el equipaje material de la gran bóveda de la Tierra, entrando en un nuevo modo de existencia. Sin embargo, estaba asombrado, horrorizado. En lugar de experimentar, ahora sintió un objeto de observación por parte de gigantes ocultos e

intangibles. Él, que tanto había hablado sobre el ectoplasma y el subconsciente, vio formas indescriptibles, completamente ajenas a sus tablas de clasificación. Esos fantasmas que despertaron tal sensacionalismo, en las sesiones de materialización, lo pasaron, sonriendo y calmados, sin prestarle la más mínima atención. ¿Estaba loco? ¿Qué fuerzas misteriosas te habrían sacado de esa región oscura y desconocida? Había buscado materiales de observación a lo largo de su existencia, desgarrado instrumentos de verdad, buscado fraude y proclamado desafíos, y ahora, allí, sin ningún intermediario, estaba verificando la multitud de revelaciones de la vida. Intentó mantener la actitud del experimentador que prescinde de la cooperación religiosa, pero los reinos psíquicos se multiplicaron, los nuevos materiales excedieron cualquier posibilidad de examen. Solo, sin el estímulo de compañeros con los que podía intercambiar impresiones, el ex investigador experimentó una fatiga enorme. Él, que siempre había sido reacio a la oración, estaba ansioso por retirarse al mundo íntimo para solicitar la contribución del Altísimo. Básicamente, admitió que tal actitud representaba la capitulación; sin embargo, en su opinión, él no suplicaría a la manera de otros creyentes. Simplemente formularía una solicitud de asistencia; ¿pero... a quién? En la sequedad de los experimentos del mundo, nunca había cultivado ningún afecto. Sin embargo, empeorando sus necesidades en medio de situaciones que no podía definir o comprender, se sintió débil y le rogó a Dios que le diera luz para los enigmas que lo rodeaban.

No pasó mucho tiempo y un asesor generoso se hizo visible, en respuesta a la petición:

- Benefactor amoroso - preguntó, humillado por quien eres, no me niegues una mano en el laberinto en el que me encuentro.

- Escucha, Matoso - respondió el interlocutor con intimidación -, ¿qué has hecho con tanto material precioso otorgado a tu alma en el mundo?

"La ciencia me ha convertido en un investigador inconsciente", explicó, mostrando gran vergüenza.

- No quiero saber qué títulos gratuitos te dio la ciencia convencional, sino qué hiciste con la enorme cultura y cómo usaste los enormes valores conferidos que te dieron en la Tierra.

El encuestado quedó impresionado por la observación profunda y, ganando algo de coraje, relató las viejas preocupaciones, aludiendo a los grandes científicos del siglo y a las rigurosas preocupaciones que había adoptado personalmente en las investigaciones realizadas. Al final de la larga exposición, el consejero espiritual habló amablemente:

Hablas de Crookes, Flournoy, De Rochas, Lombroso, Richet, pero olvidas que necesitas tu propia construcción. Estabas tan indeciso en el planeta que terminaste la última experiencia dudando de ti mismo.

Cuando trataste ansiosamente de defraudar a otros, no viste que defraudaste tu propia alma. Has desafiado a médiums y trabajadores; sin embargo, no has enfrentado los desafíos que la noble lucha te ha dado en cada día terrenal.

"No, eso no es todo", dijo Dupont, buscando justificarse, "lo que nunca pude tolerar fue la manifestación religiosa".

- por qué? Odiaste la religión, distorsionaste la oración, te burlaste de la fe; sin embargo, ¿en qué parte del universo la vida no es un acto religioso? Considerando el vínculo imperecedero que une al Creador con las criaturas y las cosas en el camino evolutivo, todo es intercambio y actividad divina.

La rana que croa en el pantano, la estrella que adorna el cielo en el desierto, el diamante escondido en las piedras abandonadas no busca admiración humana, sino identificación con la Divinidad. Lo anotó, lo sopesó, lo clasificó como un simple esclavo de las estadísticas, pero la cultura espiritual no es solo una terminología técnica. El color es un aspecto, nunca el objeto mismo. Es indiscutible que la sabiduría y el amor representan las alas sin las cuales es imposible ascender a las cumbres de la perfección eterna; pero, la sabiduría no significa cristalización en el círculo individual,

sino que es penetración en el país infinito de la verdad divina, cuya luz pulsa en el maravilloso plano de la unidad, a través de todos los seres. No te detengas en el exterior. Busca en tu mundo de bellezas ignoradas y obsérvate a ti mismo. ¡Mi amigo, mi amigo, Dios es Amor, Vida, Luz Suprema! ...

En ese momento, el benefactor desapareció en un torrente de luz interminable. Sin explicar lo que había sucedido, Dupont se encontró de rodillas, con la cara llena de abundantes lágrimas. El cerebro febril se estaba bañando en energías desconocidas. Por primera vez, sintió la grandeza divina y pareció constituir, en sí mismo, una nota armoniosa de amor en la canción universal. ¿Cuánto tiempo llevó la adoración indefinible? No pudo responder.

Sin embargo, cuando examinó la necesidad de integración en el trabajo redentor, una voz cálida y familiar sonó suavemente en sus oídos:

- ¡Vamos hijo mío! el Padre nunca regatea la oportunidad de rectificación y servicio. Volvamos al mundo. Ustedes que observaron tanto a sus semejantes, sin un solo propósito, ahora regresarán para ser observados.

11º EL APELO INESPERADO

— Espero nos ayude a vencer tan gran obstáculo — decía una inquieta señora a Fermión. — Su cooperación fraternal es mi última esperanza. Mi hija precisa de consejos urgentes.

— ¿Quién sabe si estará la pobrecita perseguida por verdugos de las tinieblas? — responde el interlocutor sonriente. — Conozco casos de esa naturaleza, en que todo no pasaba de una simple influenciación de elementos inferiores.

— Estoy de eso convencida, no tengo cualquier duda. La niña siempre pautó sus actos por el sincero deseo de acertar. Nunca

despreció el trabajo, nunca dio muestras de rebeldía. Ahora, entretanto, parece obcecada por pensamientos indignos.

— Hoy mismo solucionaremos el asunto — aseveraba el adoctrinador servicial—, iré a su casa, luego a la noche; quede tranquila. Esos hermanos de la sombra preparan caladas a diestra y siniestra, mas habremos de vencer al mal, dirigiendo energías para el bien.

Mientras la señora se despedía evidenciando gestos desordenados de inquietud, otro cliente asomaba a la puerta, requisando orientación.

— Fermión — exclamaba atento —, la situación de mi mujer continua desesperadora. Tengo la impresión de que ella permanece insensible a cualquier advertencia. La obsesión le estremece el sistema nervioso de manera absoluta. Ayer mismo me encontré en una situación fastidiosa, en la policía, debido a las graves quejas de los vecinos. ¿Hasta cuándo aguantaré este martirio doméstico, buen amigo? ¿No podrías venir a nuestra casa para dar alguna aclaración?

El interpelado inclino la frente en señal de asentimiento y acrecentó:

— Podremos hacer, a la noche, alguna adoctrinación. Espéreme después de las once horas.

Mal no se había retirado el esposo afligido, un viejo llamaba a la puerta, en compañía de un rapaz renitente y perezoso. Admitido en el interior, comenzó a desentrañar la larga lista de quejas comunes.

— Este hijo mío, el Sr. Fermión, ha sido perseguido durante mucho tiempo por entidades perturbadoras. Nadie me lo dijo; pero el corazón de mi padre no se engaña. Al principio, recurrimos a la medicina, gastamos lo que pudimos, yendo a consultorios y farmacias; sin embargo, no obtuve resultados alentadores. El chico sigue haciendo locuras tras locuras. Me dijeron que das consejos como nadie y vengo a apelar a tu caridad. Vea si puede prodigar el beneficio de una orientación.

El joven miraba a los interlocutores de soslayo, dando a entender más peraltice que demencia; entretanto, el consejero, en vez de recetarle un susto adecuado, comenzó a decir livianamente:

- Es indiscutible. El pobre está obsesionado. No es de extrañar, ya que las malas influencias pueblan todas partes del mundo.

Y terminó, imprudentemente, después de una larga pausa:

— Usted, hijo mío, está envuelto en las peligrosas mallas de perseguidores invisibles, mas desde mañana en adelante haremos servicios de auxilio a su favor. Cualquier persona, en sus condiciones, puede cometer los más negros crímenes. ¿No conoce los escándalos del noticiario común? Es la obra destruidora de los malos Espíritus. Asesinatos, suicidios, errores, pasiones, resumen la peligrosa actuación de los seres diabólicos de las sombras.

El genitor, embalado por la idea de socorro gratuito, no ocultaba la satisfacción en pronunciadas sonrisas, mientras el rapaz disimulaba gestos cínicos.

Y era esa la forma de ese ingenuo y amable Fermión de la Concepción. Presionado por continuas peticiones, había abandonado su actividad profesional y se había puesto a vivir a expensas de sus dos hijas, que languidecían en el arduo trabajo del bordado y la costura. Siempre vigilante en el círculo de las necesidades de los vecinos y conocidos, como que se habituara al desorden del propio hogar. Ambas chicas sintieron que se enfrentaban a la invencible marea. Los salarios inciertos apenas alcanzaban para los gastos urgentes. Y la vieja esposa, cuando los cobradores rondaban la puerta, esperaba pacientemente a su marido, suplicando en tono amistoso:

— Ora, Fermión, esta situación precisa modificarse. Nuestras hijitas parecen cansadísimas. ¿Y su empleo? ¿Usted no esperaba colocarse este mes?

— Si, si, mas no podemos olvidar la tarea. Los pedidos son muchos y no puedo desatender a esa buena gente que me procura. Imagine

que, presentemente, estoy al servicio espiritual para beneficio de veinte y dos familias.

— Mas, acuérdesese igualmente de que es jefe de esta casa y que no estamos exentos de responsabilidad familiar.

Notando que la dedicada compañera estaba a punto de irritarse, el adoctrinador le acariciaba la frente tímida y tenía prisa por buscar meditaciones y lecturas, enfatizando:

— Déjese de ideas tontas. ¿Perdió acaso la fe en Dios?

Meses y años corrían por el abismo del tiempo y Fermión era siempre el mismo hombre, determinado a satisfacer pedidos importunos y extravagantes. Diariamente, se entregaba a demorados ejercicios espirituales, a fin de multiplicar los valores positivos de su adoctrinación. Desenvolviera la visión psíquica. Ahora, recibía pedidos de lo visible y del invisible. Espíritus ociosos, o inquietos, de este y del otro lado de la vida, lo procuraban incesantemente. Viéndose en tal situación, se juzgó dueño de vastos poderes y la vanidad no demoró en surgir como escoria invasora. Nuestro hombre no admitía una orientación extraña, en su forma de interpretar, y creía tener dones infalibles.

Llegó, sin embargo, la ocasión de ser abalado en las convicciones profundas. Cuando la familia agotaba el enorme cáliz de sufrimiento, he aquí, que una noche, después de la oración habitual, Fermión es visitado por una entidad desconocida. Aureolas de luz lo rodeaban por completo. Mostrando una sonrisa amorosa, se acercó al viejo doctriador que se había arrodillado y le habló amablemente:

— Vengo de parte de Jesús para hacerte un pedido.

Fermión, casi en éxtasis, parecía inundado de júbilo. ¿Solicitud de Cristo? ¿Que no haría yo por atender inmediatamente? Desde hace muchos años, empleaba las menores posibilidades en la solución de los problemas ajenos. Ciertamente, Jesús Le premiaba la buena voluntad, designándole nueva tarea. Mientras esas reflexiones le vagaban en la mente, el sabio mensajero continuó:

—Se trata de una persona que requiere auxilio urgente; alguien que precisa de tú interés efectivo y desvelada atención. No te niegues a cooperar, amigo mío. Esa criatura guarda la mejor intención en los servicios comunes, mas, hace mucho tiempo, se internó por los abismos de la incomprensión. Jesús, sin embargo, observa a los discípulos generosos y sinceros y jamás les faltará el socorro celeste.

Tu concurso, sin embargo, es, indispensable. Ese hermano bien-amado permanece en peligro. Hiervas dañinas le crecieron en el campo espiritual, amenazando las flores de la esperanza y los frutos de la verdad. Viajero descuidado, aunque amable, numerosas sirenas intentan encantarlo.

El pobrecito comenzó a dormirse, mas es preciso arrancarlo del sueño. Incluso si es necesario, lo somete a disciplinas, lo despierta con golpes contundentes, ante la hipótesis de una necesidad imperiosa. No lo dejes en medio de la carretera, lejos de ti. Jesús confía en ti. Dígale que el Maestro no quiere que sus servicios fraternos estén sujetos a una solución de continuidad, pero que, sobre todo, mantiene la obra de su propia iluminación. No se debe interrumpir la actividad afectiva del hermano, pero tampoco se debe olvidar la realidad del hombre.

Enséñalo a respetar la beneficencia de Dios, a clarear los propios horizontes y a estructurar la personalidad del discípulo perfecto en sí mismo, a fin de que socorra a los necesitados con las medidas de la justicia y del amor.

Jesús disemina la caridad, todos los días, en los más ínfimos rincones del Globo, y espera que cada habitante del mundo le disemine los sublimes dones; entretanto, esa caridad construye, rectifica, educa, eleva y redime.

La bondad no respalda la pereza, ni suprime el valor de la necesidad de lucha, en la evolución de las almas. Ve, mi amigo, aún es tiempo. Corrige, amando, a quien adormeció inadvertidamente en el camino tentador.

El interpelado guardaba profunda impresión. En balde intentaba localizar al necesitado en los contenidos del pensamiento. ¿A quien se refería el emisario solícito? ¿Alguno de los obsesionados en el

estudio? Habitado a mirar al exterior, recordó repentinamente al hermano de nombre Donato, que nació bajo el mismo techo, viejo compañero de trabajo terrestre, el cual, a pesar de ser bondadoso, nunca le aceptara los consejos y puntos de vista.

Penetrándole la idea recóndita, el mensajero aun hablo:

—Me refiero a la única persona a quien debes y puedes imponer la necesaria reforma espiritual, aun incluso a costa de ásperas disciplinas...

El adoctrinador irguió los ojos preocupados e interrogó:

— ¿Se trata del hermano Donato?

La lúcida entidad sonrió, entre compasión y serenidad, y, como quien necesita sacar de golpe al descubierto, después de agotados los recursos de la delicadeza fraternal, acentuó con firmeza:

— No, Fermión; aun una vez más, estás equivocado; la persona necesitada a que aludí, eres tu mismo. El apelo de Jesús se refiere a ti

12º LA CURA COMPLEJA

Aquel hogar fundamentado en bases sólidas de amor y trabajo, desde algún tiempo parecía invadido por tempestades incesantes, de dolor.

Feliciano Acevedo, en edad madura, era iniciado en los misterios de la lágrima, envuelto en terribles tormentas de desventura. La hija amorosa, que resumía las esperanzas paternas, perdiera el equilibrio mental después de un curso escolar brillante, anulando, así, alegres expectativas familiares. La esposa sensible visitara el hospital, con la salud deteriorada para siempre.

Consternado, como un viajero cuyo barco es impulsado por las olas furiosas, anticipando el momento de naufragio cruel, Feliciano se aferró a la fe en Dios, con suprema desesperación del corazón. Los abundantes ahorros de otros tiempos se han disipado en unos pocos meses. Ahora dividió las horas entre el hospital y el

manicomio. Los préstamos lo ahogaron. Cuando la situación asumió aspectos aún más graves, he aquí, que un amigo aparece inesperadamente, aconsejando:

- Bueno, Feliciano, ¿por qué no pruebas el espiritismo? Es posible que el caso de la joven sea simple obsesión. Los benefactores del Más Allá, cuando pueden, acostumbran a ligarnos el corazón ignorante con la Fuente infinita de bendiciones. Pruébalo...

Feliciano ponderó la advertencia amiga y deliberó atender sin demora. En la noche de ese mismo día, fue a casa de la familia Macedo, que mantenía un grupo espiritista muy íntimo.

Recibido con mucha simpatía, por la sinceridad de sus expresiones, oyó por intermedio de una joven sensitiva la palabra de servicial amigo de la Espiritualidad, que le habló más o menos en estos términos:

-Hermano mío, no olvides el coraje para el éxito necesario. El pasaje por la Tierra puede ser un aprendizaje angustioso, más es parte de nuestra marcha para la sabiduría infinita. En el curso de los mayores infortunios, recuerda que Dios es Padre bondadoso y justo. El caso de tu pequeña procede de la persecución tenaz, del plano invisible. Hermano nuestro, atribulado y ciego, arrojando amargura en tu camino en los tiempos de hoy. No se desespere, sin embargo. Es razonable que la Justicia funcione, mientras haya necesidad de reparaciones.

Contribuiremos para que se aclaren los horizontes. Esfuérzate, pues, con nosotros, atendiendo a la Providencia Divina.

Aquellas palabras, pronunciadas con inmensa ternura, le balsamizaran el corazón entristecido. Tenía la impresión de que emergía el espíritu sediento en fuente cristalina, ardientemente esperada en el desierto de su angustia. Los amigos presentes se incumbieron de consolidarle las esperanzas. El jefe de la casa relató difícil experiencia doméstica, por la que recurriera al socorro espiritista. Cada compañero trajo su caso personal, revelando la

excelencia del auxilio, oriundo de las manos intangibles de los desencarnados.

Feliciano exultaba. Por primera vez, después de largos y laboriosos tiempos de lucha, durmió sosegadamente, embargado por singulares pensamientos de paz.

Los Macedos, aliándose con la buena voluntad de otros hermanos, comenzaron una larga serie de encuentros íntimos, destinados a aclarar al desafortunado obsesor, consagrando, en este menester sus mejores energías. Los Benefactores encarnados se reunieron tres veces por semana. El afligido padre y esposo se mantuvo firme en su fe, presente en todos los trabajos. El hermano perturbado, tan pronto como se pronunciaba la oración inicial, se incorporaba, puntualmente tomando posesión del aparato mediúmnico. Bertoldo, el director de la reducida asamblea, habló con él con sincera dedicación fraterna, y sin embargo, el desafortunado parecía aferrado a propósitos siniestros.

- Este hombre es un criminal - señaló Feliciano sarcásticamente - en otro momento destruyó mi hogar, burlándose de las aspiraciones sagradas de mi familia. Compañero desleal e ingrato, olvidó la mano amiga que lo había levantado de la condición miserable de un sirviente ínfimo! ...

Y con lágrimas de odio continuó, después de mordaces acusaciones:- ¡Malvado! ... ¡Monstruo! ¡Te seguiré, donde sea que te escondas! ...- Pero, hermano mío - respondió amablemente el consejero - ¿quién de nosotros no tendremos errores? Todos venimos de un pasado oscuro y criminal. En el largo viaje, por detrás de nuestros pasos, hay ríos de lodo y sangre, que necesitamos purificar con tolerancia recíproca. Comencemos un nuevo día de fraternidad. Dios, que es Padre y Señor Supremo del Universo, renueva constantemente nuestras oportunidades servicio y edificación. Si Dios nos atiende así, ¿qué razón nos asiste para eternizar la venganza en los caminos de la vida? Olvida el mal, amigo mío. ¡Contempla a nuestro Feliciano humillado, torturado y vencido! ...

¿No te duele verlo así, con el pelo nevado prematuramente? Que placer puedes sentir torturando a una pobre madre en el hospital y a un niño en el manicomio? Cualesquiera que sean tus penas de existencias anteriores, olvida el mal y perdona...

El director amoroso dijo esas palabras, con los ojos húmedos, convencidos de que aclarar no es ordenar, y que adoctrinar no significa imponer violentamente. Ese generoso Bertoldo no ignoraba el alcance de las miserias, en las experiencias humanas, sabía combinar sus propios conocimientos, ofreciéndoles a otros como ramos de flores luminosas. El perseguidor lloró, entre odio y desesperación, y la reunión siempre terminaba en un mar de emociones reconfortantes y enseñanzas profundas, porque los compañeros estaban unidos allí, en primer lugar, con los lazos amorosos de la humildad y el amor. Después de unos meses, el desafortunado cedió, demostrando que fue transformado a la luz del Evangelio de Cristo, no por las palabras oídas, más si por la vibración del sentimiento colectivo.

Pronto, su esposa e hija, convalecientes, regresaron a su entorno familiar. Una pequeña familia no podía traducir la intensa alegría. Traídas igualmente a los trabajos espirituales, madre e hija parecían estar bañadas por olas reconfortantes de nueva energía. El antiguo obsesor se había convertido en un benefactor solícito. La tranquilidad ahora revelaba maravilloso contenido de fe y alegría. Transcurridos seis meses sobre la nueva situación, la casa de Feliciano parece estar involucrada en nuevas tormentas, la precariedad de los recursos financieros había llevado al jefe del hogar a experimentar diferentes trabajos sin resultados favorables. Todos los objetos valiosos fueron llevados a las casas de empeño y, finalmente, después de una experiencia difícil en un taller de accesorios, Feliciano cae en la cama, desolado y paralizado. En vano, la hija recurre a relaciones prestigiosas, en busca de una ubicación decente. Todas las puertas son impenetrables. En los concursos a que compareció, esperanzada, era invariablemente, mal clasificada.

Diariamente, por la tarde, volvía a casa, desanimada, piernas temblorosas y ojos hinchados de llorar. Mientras tanto, la madre

necesitaba aferrarse a la máquina de coser para que el pan diario no faltase.

La pequeña familia comenzó a deambular de calle en calle, debido a la falta de dinero con la que pagar el alquiler de la casa.

En ese momento, Feliciano regresó al oscuro país de la desesperación. Los generosos hermanos en la fe buscaron su compañía semanalmente, reuniéndose en oración, en su aposento de dolor.

Por grande que fuese el cariño fraterno, el enfermo no se libró del angustioso abatimiento. Los pensamientos derivaron fuertemente en la queja incesante para derivar en la consternación sin límites. ¿Por qué motivo le fue reservado un cáliz tan amargo? ¿No Había aceptado la fe? ¿No se había aclarado el terrible obsesor? Entonces se mantuvo inmerso en un mar de preguntas dolorosas.

Después de dos años de desgracia, aprovechó el momento en que los amigos se reunieron, en la habitación angosta, para preguntarle al sabio instructor espiritual la causa de los largos padecimientos. El benefactor invisible, procediendo delicadamente, a la manera de alguien que, aunque percibe una herida, no acusa su existencia, aclaró con intimidad y dulzura.

- No pierdas el coraje, amigo mío. La fuente de las bendiciones divinas no obstruye la distribución de los beneficios. Resígnate al dolor, como alguien que conoce sus usos sublimes. ¡El catre del sufrimiento es un bote de salvación, en las tormentas del mundo, para el creyente identificado con la propia fe. Usa la prueba como un termómetro de confianza en Dios y no desanimes! ...El paciente estaba conmovido, pero insatisfecho. Incapaz de percibir la sutileza fraternal del comunicante, consideró nuevamente:

- Les agradezco sus palabras de consuelo, pero no puedo evitar las amargas dudas.

*¿No era el sufrimiento de mi familia un simple caso de obsesión?
¿No trabajamos meses para aclarar al atribulado hermano? ¿No se*

hizo nuestro amigo y colaborador? Sin embargo, realmente tengo la impresión de que nuestros tormentos empeoraron mucho. Mi esposa salió del hospital para ingresar en la miseria más dura: mi hija regresó del hospicio para convertirse en una mendiga desesperada...

Ahogado en lágrimas, se detuvo por un largo tiempo y continuó diciendo:

- ¿Cómo llegar a una conclusión aceptable? ¿No nos curamos de la obsesión, amigo mío?

El benefactor espiritual, incorporado en el joven médium, se levantó y denunciando la inmensa sabiduría que brillaba en su alma, enfatizó después de acariciar al paciente con un gesto de amor:

- Feliciano, es cierto que has sufrido mucho, pero no olvides que los amigos encarnados y personas sin cuerpo te ofrecieron andamios; las dificultades y sufrimientos te proporcionaron piedras; la fe llevó el cemento divino a tu corazón, sin embargo, la construcción es tuya. Nunca te quejes ante la justicia de Dios, porque si estás curado de obsesión, todavía no has pagado tus deudas. Fue entonces cuando el enfermo mostró un nuevo brillo en sus ojos y, mientras sus compañeros lloraban de alegría ante la profunda enseñanza, Feliciano Acevedo besó la mano que el sabio mentor le ofrecía, e inclinó la cabeza humildemente.

13º EL TRABAJADOR FRACASADO

En el paisaje de luz, antes de sumergirse en los fluidos terrestres, Efraím recibió las últimas recomendaciones del venerable Guía:

- Ve, hijo mío. Sea la próxima experiencia en la Tierra, una nueva estación de trabajo constructiva. Recuerda que llevas un mensaje noble. La tarea que se propuso hacer es una de las más edificantes.

Distribuirás el pan del consuelo espiritual, en el esfuerzo de amor en el que te inspiras. No olvides que diferentes energías se unirán en el mundo, para distraerte de los objetivos marcados. Es fundamental que se fortalezca en la confianza en Dios, en todos los momentos de la vida humana. Cada hombre permanece en el Planeta con un vivo recordatorio de los compromisos adquiridos, revelando singularidades que la ciencia de las criaturas considera vocaciones espontáneas. La lucha comienza en la infancia, porque pocos padres en la Tierra son capaces de orientar conscientemente a los niños confiados a su cuidado. Sin embargo, resista y aprenda a conservar sus energías en las tierras altas de la fe. Recuerda la tarea santificadora, comprometida con tu esfuerzo, y no escuches voces tentadoras, ni desmayes ante los tropiezos naturales que se amontonan en los caminos de la redención. Hay trabajadores que, aunque poseídos de bellas intenciones, aparcan sin darse cuenta, por escuchar los enigmas que el inframundo les propone cada día. Sigue el camino luminoso de la bondad, con la mirada fija en el trabajo entregado a tus manos. No olvide que Dios siempre ayuda; pero, sin embargo, podrá hacerlo sin su propio esfuerzo para ayudarse a sí mismo.

El candidato a la noble misión, reconocido y feliz, agitó las manos del benefactor y se fue. La esperanza acariciaba los sentimientos más puros. No cabía en sí de alegría, pues se le había encomendado la hermosa tarea de compartir aclaraciones y consuelo entre los que sufren en la Tierra. ¡Con qué éxtasis y satisfacción les hablaría de las sublimes verdades de Dios! Mostraría la función perfeccionadora del sufrimiento, destacando el servicio constructivo del dolor. Mientras diera testimonio de fe en su propia redención, ejemplificando los esfuerzos de los hombres buenos, reuniría materiales divinos para satisfacer mejor el imperativo del trabajo conferido a su responsabilidad individual.

Sin embargo, según las observaciones dadas por el compasivo y sabio mentor, el trabajador encontró las primeras dificultades en su propio hogar, al que fue conducido por las redes de atracción afectiva. Mientras los amigos de la esfera invisible buscaban multiplicar las nociones de orden superior en la recapitulación del período infantil, los padres inutilizaban el servicio espiritual en el día a día, con ternura viciosa e imprudente. Al despertarse parcialmente del sueño, Efraím fue advertido por amigos del

camino eterno sobre la preparación necesaria, pero tan pronto como regresó a la vigilia, en su tierno cuerpito, mamá lo trató como un bebé destinado a las guirnaldas de una fiesta infantil; y el padre, al regresar de la oficina, estaba preocupado por aumentar los entretenimientos y los refrigeradores. Así, el niño aprendió los nombres y gestos de la jerga, utilizado para repetir las expresiones menos dignas, para atacar con las manos cerradas, para insultar con el juguete.

Casi reducido a la condición de loro interesante y voluntarioso, amigos de la esfera invisible lo instaban a reconsiderar las obligaciones asumidas. Sin embargo, cuando hablaba de los sueños que lo visitaban durante la noche, la madre lo regañaba descontenta: - "¡Es pura imaginación, hijo mío! Vives impresionado con las historias de viejas. El padre rápidamente recogió: - "Olvídate de los sueños, Efraím, recuerda que el mundo siempre ha pedido hombres prácticos".

A partir de entonces, el joven comenzó a prestar menos atención al plan intuitivo. En el fondo, sin embargo, fue incapaz de atraer sus propias tendencias. Dedicó un cariño insuperable a los libros con sabor individual, donde la elevación de los sentimientos constituía tema victorioso. Se exaltaba fácilmente al examinar los problemas de la religión, como si quisiera, resistiendo los malentendidos domésticos, haciendo los primeros vuelos. Interiormente, adivinó la realidad de sus obligaciones, pero la excesiva ternura de sus padres contribuyó a la pereza y la agresión. Donde Dios arrojó semillas divinas, los responsables de las cosechas cultivaron hiedra asfixiante.

En la escuela, Efraím no fue un mal compañero; los padres, sin embargo, se esforzaron tanto en resaltar su condición, que, pronto, la vanidad se destacó como una extraña excrecencia en su personalidad.

Y la experiencia humana continuó, marcando el conflicto entre la vocación del trabajador y el incesante obstáculo del mundo. El plano invisible buscaba insistentemente conducirlo al clima espiritual adecuado para los logros en perspectiva.

Mientras estaba en la Iglesia Católica Romana, el niño no encontró más que razones para acusaciones y maldiciones; transportado al ambiente del culto protestante, sólo sentía expresiones humanas, olvidando las sustancias divinas. Efraím experimentaba

íntimamente esa necesidad de instruir y consolar a las almas. A veces, era incapaz de soportar los impulsos y se desahogaba en largas conversaciones con amigos. Sin embargo, conservando los títulos académicos en lugar de usarlos como fuerzas de ascensión para un conocimiento superior, los convirtió en escombros lamentables, manteniendo futilidades indignas. En balde la esfera espiritual lo invitaba a la lucha ennoblecedora, en profundas llamadas de pensamiento.

Ahora, casado y cambiado fundamentalmente por las circunstancias, Efraím parecía insensible a los consejos directos e indirectos.

De todos modos, después de atravesar el continente infinito de la Revelación divina en diferentes modalidades, fue a dar a las ricas playas del Espiritismo cristiano. Estaba deslumbrado. La fe le revelaba perfumes desconocidos a su corazón, que se asemejaban a la flor olorosa del bosque virgen. Inmediatamente experimentó la certeza de que había encontrado su propio lugar. Allí sin duda desarrollaría el plan constructivo que le faltaba a la intuición en los recovecos del espíritu. Sin embargo, olvidó que el trabajo es el resultado del esfuerzo y que todo trabajador necesita improvisar o manejar herramientas. Después de dos años de observación, él, que se había acostumbrado a la holgazanería, se retiró al desaliento. Se quejaba de todo y de todos. Estaba convencido de que necesitaba construir algo en beneficio de los demás, pero no aceptaba los obstáculos.

Cuando uno de los viejos amigos vino a invitarlo al servicio espiritual, respondió enfáticamente:

- Bueno, "tu" Cunha, quién puede desenredar esa manada de médiums charlatanes y exploradores sin conciencia ?! Francamente, me siento cansado...

Después de que el visitante encarecía la excelencia de la cooperación y la necesidad de testimoniar Efraím exclamó desanimado:

- No puedo ocuparme de ficciones ni participar en esa batalla invencible.

Los amigos de la vida real, sin embargo, son infatigables en la esperanza y el optimismo; para que el trabajador encontrase concurso fraterno, de repente se formó un grupo más íntimo en el barrio de su residencia, donde un pequeño número de compañeros

propuso estudiar los problemas de superación personal, preparando altos servicios en el futuro. Efraín prometió cooperar en la tarea, pero en vano lo llamaron al esfuerzo diario. Siempre fue solícito al señalar los obstáculos, pero nunca decidido a llevar a cabo su tarea. Cada día presentaba una excusa aparentemente más justa para justificar su ausencia del trabajo. Para él, la lluvia era siempre fría y el calor sofocante; los resfriados se llamaban amigdalitis, bronquitis, fiebre, disnea; los trastornos del estómago se clasificaron como hepatitis, estrechamiento y gastralgia. La mente adicta exageraba todos los síntomas. Cuando no era así, aludía contrariedades con el jefe de servicio del Instituto donde enseñaba, se refirió a las migrañas de su esposa, habló de las enfermedades naturales de los niños en desarrollo. La hora, la situación ocasional, el estado físico, la condición atmosférica, eran factores a los que invariablemente acudía porque evitaba la contribución fraternal.

Por fin, aunque experimentase el deseo sagrado de realizar la tarea, llegó al aislamiento casi completo, con una mezcla de tristeza y ociosidad.

Fue en ese estado de amargura que la muerte del cuerpo lo requisito para nuevas experiencias.

Durante años dolorosos, Efraím erró sin destino, como ave desesperada en las sombras, hasta que un día, con la angustia desbordada por los remordimientos más acerbos, consiguió oír al antiguo mentor, tras angustiosas súplicas:

- Hijo mío, no te quejes sino de ti mismo. El Dueño de la Viña jamás olvidó a los trabajadores. Materiales, herramientas, posibilidades, talentos, oportunidades, todo fue colocado por la bondad del Señor, en tu camino. Preferiste, sin embargo, fijar los obstáculos, desatendiendo la tarea. Utilizaste mal el tiempo, poniendo como pretexto la circunstancia adversa, el tropiezo material, la perturbación física y, así, nunca prestaste mayor atención al servicio real que te llevo al Planeta. Olvidaste que el trabajo de la realización divina ofrece compensaciones y tónicos que le son peculiares, independientemente de los convencionalismos del mundo exterior. El Señor no precisa de operarios que pasen el tempo para relacionar óbices, piedras,

espinos, dificultades y confusiones, e si la de aquellos que cooperen fielmente en la edificación eterna, sin interpelaciones irrazonables, desde las actividades más simples a las más complejas. Mientras mirabas el duro suelo, la azada se oxidó y pasó el día. ¿Por qué llorar? El arrepentimiento es una bendición, pero no remedia la demora. Continúa rectificando las desviaciones de la actividad mental y espera el futuro infinito. ¡Dios no faltará, jamás, a la buena voluntad sincera!

- ¿Y cuándo podré regresar a la Tierra para renovar mis esfuerzos? Preguntó Efraím, sollozando.

El benefactor se demoró en responder, esclareciendo finalmente:

- Por ahora, hijo mío, no puedo precisar la ocasión exacta. Toda obra edificante, en sus diferentes expresiones, tiene órganos rectores, ejecutivos y cooperativos. Nadie puede engañar al orden en la obra de Dios. Ante los nuevos caminos tienes mucho tiempo para madurar los lamentos sinceros, porque solo aquí, en esta zona de servicio a la que actualmente estás subordinado, tenemos doscientos mil quinientos veintisiete candidatos para la obra de consolación e iluminación, en la que has fracasado en el mundo... Como puede ver, no puede regresar a la Tierra antes que ellos.

14 - INVOCACIONES DIRECTAS

Humberto de Campos/Chico Xavier

Libro: Reportajes del Más Allá del Túmulo

En los primeros movimientos de intercambio como la esfera invisible, Casimiro Colazo experimentara sensaciones de indefinible inquietud. Aquellas comunicaciones con el Más Allá lo asombraban. Le poblaban el alma de profundas indagaciones. Aquel nuevo mundo que se descubría a los ojos, traía maravillosas incógnitas para cuya solución daría, de buen grado, todas las posibilidades terrestres. Casimiro no se contentaba con las reuniones de experimentación mediúmnica, en un esfuerzo metódico y gradual.

Aunque el arraigado amor a la familia, vivía mentalmente muy distante de los deberes inevitables y justos. Viciado por la curiosidad enfermiza, esperaba la noche con singular ansiedad. Al regresar del establecimiento bancario, tras la lucha de ganar el pan, se encerró solo en la habitación, ampliando las observaciones catalogando nuevos conocimientos, en el vasto círculo de entidades espirituales. Lejos de aceptar de buen grado las manifestaciones espontáneas, prefirió imponer sus propios caprichos, perdiéndose en largas evocaciones directas e ignorando sistemáticamente si tenía credenciales o méritos para ello.

Entre las entidades que acostumbraba invocar impertinentemente, se contaba un viejo tío - el ex-sacerdote Leo Colazo, que había partido del mundo, años antes. Padre inteligente y devotado al bien colectivo, Leo se había convertido en ídolo de los parientes. Por eso mismo el sobrino, al menor obstáculo utilizaba la concentración, pidiéndole esclarecimientos. El ex-sacerdote era obligado a abandonar trabajos serios, en el plano de acción donde se localizaba casi siempre, para solucionar espantosas futilidades. Transcurrido algún tiempo en el que Leo se destacó por la paciencia y el sobrino por la liviandad, reconoció el noble emisario que la situación requería otros rumbos. Muy delicadamente, habló confidencialmente en mensaje cariñoso:

- Hijo mío, en las relaciones con lo Invisible, no quieras imponer el deseo caprichoso, cuando no identificas, ciertamente, sus propias necesidades. Ore, observe, medite y espere con paciencia. La oración y el esfuerzo mental por sí solos son inmensamente valiosos, incluso si no recibe consejos directos de sus amigos. ¿Por qué invocar violentamente a los desencarnados, si no ignoras que ellos también han asumido ciertas responsabilidades de servicio ante los designios de Deus? ¿Por qué insistir nominalmente la asistencia de quien sufre o de quien trabaja? Sometes al primero al dolor de la vergüenza y al segundo impones el pernicioso olvido del deber. ¿No recuerdas la lección de Jesús en la oración dominical? El Maestro enseñó al hombre rogase a Dios el cumplimiento de la Voluntad Divina, así en la Tierra como en el Cielo. Trabaja, hijo mío, y sé atento en las propias obligaciones. Si no es justo pedir al alumno a los instructores la necesaria solución de problemas

referentes al aprendizaje en curso, también no es razonable abandone la criatura la posibilidad de nuevas luces, recurriendo, en los casos más inútiles, a la bondad de quienes lo siguen desde lo alto. Organiza reuniones, sigue observando planes invisibles, pero no olvides la espontaneidad. Si el hermano infeliz llama a tu puerta, consuélalo; Si recibe una visita generosa de un instructor respetable, considere su consejo y mantenga su sabiduría. Aprenda a interpretar los designios de Dios, en el lugar de servicio o testimonio donde quiera que esté, en diferentes momentos. El trabajo divino siempre ha requerido devoción, pero prescinde de la provocación, ya que es innecesaria e inconveniente.

Casimiro leyó y releyó el mensaje y, con todo, continuó actuando con la misma liviandad que lo caracterizaba antes de ella. A cualquier friolera, repetía el antiguo estribillo:

- Llamemos al tío Leo Colazo y tendremos la solución precisa.

La entidad servicial se sumergió en un verdadero mar de preocupaciones, atento a la confusión que se estaba desarrollando, cuando un amigo lo observó:

- No te entregues a exagerada inquietud. Si tu sobrino viene a recogerte tantas veces a la semana, obligándote a retrasar servicios tan serios, ¿por qué no lo invocas igualmente? Si es cierto que los compañeros del mundo pueden llamarnos, no desconocemos la posibilidad de devolverles con el mismo valor. Experimentando el inconveniente de las invocaciones directas, Casimiro renovará sus concepciones sobre el tema. Y creo que una vez será suficiente.

El ex-sacerdote aceptó la invitación, mostrando una alegría indisfrazable. Por tanto, eligió la velada más oportuna y, reuniendo a algunos compañeros, invocó a su sobrino para darle una excelente lección.

Mientras su cuerpo se tensaba en la cama, alarmando a su familia, Casimiro Colazo apareció en Espíritu ante la pequeña asamblea que lo atrajo intencionalmente. Se revelaba enfermo y perturbado, el miserable estaba atrapado en una angustia indescriptible. Frente a

sus amigos espirituales, se arrodilló y exclamó con lágrimas amargas:

- Benefactores amados, por quien sois, no me dejéis volver por el momento, a vuestro plano cuando tengo niños pequeños esperándome! ...

Tras doloroso gemido, proseguía en un velo de lágrimas:

- ¡Ah!... ¿quién me llamó aquí con tamaña insistencia? ¡Dejadme regresar a la Tierra, por amor de Deus!

Se aproximó entonces el bondadoso tío y esclareció:

- Soy yo quien te llama, Casimiro.

- ¡Oh! ¿sois vos, tío mío? ¿Por qué? ¿Desconocéis, por ventura, el bagaje de mis deberes? Habéis seguido cariñosamente mis pasos y comprendéis, ciertamente, que no me puedo ausentar del cumplimiento de obligaciones intransferibles. No me retengáis aquí por más tempo!...

Después de sollozos convulsivos, remataba ante el ex-sacerdote que sonreía, bondadoso:

- ¿Al final, porque me buscaste así con esta violencia terrible?

La entidad puso la mano de su padre en su hombro, mostrando amorosa solicitud y respondió:

- Te llamé por amor y porque no debería despreciar la oportunidad de darte nuevos valores educativos.

Aprende a considerar las situaciones ajenas, hijo mío! También nosotros, aquí, tenemos deberes y trabajos, responsabilidades y compromisos. No somos figuras aéreas, catalogadas entre seres ociosos o vagabundos. Ya que percibiste cuanto duele la perturbación infligida al hombre en el trabajo honesto e intransferible, no procures desorientar servicios de nuestra esfera de acción, donde colaboramos en la estructura espiritual de un mundo mejor.

Tanto se puede invocar a la entidad celeste, como atraer a la criatura terrestre, en la misma ley que rige el constante intercambio de las almas. No olvides, pues, estas preciosas verdades!

Y,

E, hundiendo su mirada penetrante en su sobrino angustiado, concluyó:

- Volverás, inmediatamente, al servicio que Dios te confía en el mundo; entretanto, haz todo por no olvidar la valiosa lección de esta noche.

En casa de Casimiro, todavía, se observaba el vaivén de los familiares alarmados. Durante cuatro horas, permanecía el pobre rapaz en el lecho, pálido, jadeando, medio muerto.

Se multiplicaban las cataplasmas e inyecciones, bajo la atenta mirada del médico que lo asistía. Cuando el presunto paciente mostró los primeros signos de mejoría, el facultativo llamó en particular al anciano padre de Casimiro y aclaró, mostrando justificada alegría:

- Felizmente o problema está resuelto.*
- ¡Y que piensa el señor? - interrogó el anciano afligido.*
- Se trata de un caso para observar -respondió el interpelado, confidencialmente -, aplicare tratamiento decisivo, pues a mí ver la molestia tiene todas las características de un fenómeno epileptóides.*

Mas Casimiro Colazo, pasados dos días, estaba rehecho para el trabajo común. Y aunque no recordase la enseñanza sino solo en la tela mágica del sueño mal definido, jamás se atrevió a repetir invocaciones directas e nominales, renunciando a la imposición del deseo caprichoso en relación al plano invisible.

LA GRAN SORPRESA

¿Quién podría definir la perturbación del desafortunado Leo Marcondes, confinado en un oscuro círculo de angustia? Sería difícil

relacionar sus lágrimas y padecimientos. Comerciante rico en Río de Janeiro, en los últimos años del siglo XIX, no había podido escapar del oscuro portal del suicidio. De temperamento ardiente y personalista, nunca se había acomodado en beneficio de la fe religiosa y, arrojándose a las teorías del materialismo destructivo, se había entregado a los disturbios ideológicos más extraños, como el que se pierde en la sombra, deambulando por la noche. Siempre se había esforzado por difundir los principios de disolución. En casa, en la calle, en los cafés, su actitud iconoclasta e irrespetuosa se había vuelto proverbial. Saturado con conceptos de filósofos pesimistas, la palabra se destacó por sus declaraciones desagradecidas e inapropiadas sobre la Divina Providencia. Lejos de sospechar de escritores escépticos, verdaderos enfermos intelectuales interesados en seducir las atenciones ajenas al catre de ideas enfermizas, se internaba, sin más examen, en el cipal de mentiras brillantes. En su opinión, el mundo era una vasta casa de miseria y oscuridad ilimitada. A la más mínima contradicción, se vio dividido en consideraciones amargas y venenosas:

- ¿Valores en la Tierra? ¿Dónde está el desgraciado que podría mantener la peligrosa ilusión? No tenía ninguna duda. Si hubiera un Creador, y él acentuara esas palabras irónicamente, debería ser expulsado de la Naturaleza. ¿Qué veían en la Humanidad infeliz sino la locura, desolación y sombra impenetrable? Todo se dirigía hacia la muerte, hacia la extinción eterna. Las flores podridas disfrazan las tumbas, que se burlan de la más pura esperanza. La carne joven era una fantasía escondiendo los cráneos del mañana en los rostros más bellos. Vemos cadáveres por todas partes. El día se convierte en noche; el árbol crece enterrándose en la tierra o quemándose en una terrible desolación. ¿Cuál es nuestro destino si no la copia burlesca de estos movimientos viciosos y destructivos? ¿Qué sería la alegría humana sino la frágil luz que se apaga en la tormenta de la oscuridad? ¿Y qué sería la existencia sino un viaje angustioso al continente de las cenizas sepulcrales?

Cualquier esfuerzo por sacarlo de ese estado mental era inútil. Leo se había reducido a la condición de ciego voluntario, segregado en las sombras, a pesar del amanecer permanente de la luz. Sin preparación para la ayuda íntima, en vista de la situación de miseria moral por la que había votado, en un momento de profunda

emoción cometió un asesinato incomprensible, eliminando a un viejo compañero de la infancia. Superado por una ceguera fatal, no pudo resistir el remordimiento incontrolable y se suicidó poco después.

Años amargos y oscuros llegaron sobre su desafortunado espíritu. En balde llamó a familiares amados, invocando ayuda espiritual. Tenía la impresión de que brumas heladas lo rodeaban en su camino, en medio de la inevitable oscuridad, cayendo... siempre cayendo.

En el círculo de angustia en el que se encontró esposado, recordó la Tierra, experimentando una rebeldía infinita. Atribuyó al planeta la causa de todos los fracasos, la fuente de toda amargura.

Sin embargo, en su desdicha, nunca podría olvidar a su esposa, un alma sencilla y generosa, totalmente dedicada a su bienestar, en los más pequeños incidentes de la jornada humana.

Recordaba su figura humilde y gentil, con verdaderos transportes de amor y reconocimiento. Ese recuerdo se había convertido en la única estrella que brillaba en el abismo de las sombras indefinibles.

Pasaron más de cincuenta años, de sufrimientos incalculables, cuando el miserable fue llamado a reorganizar caminos, con respecto al futuro.

Frente al sabio instructor que le sirvió cariñosamente, el desafortunado exclamó, angustiado:

- Conscientemente, debo decir que nunca fui un hombre malvado. ¡A, Terra, sin embargo, me deprimió y destruyó mi fuerza, con fatalidades tremendas y paisajes oscuros! ...

- ¡Cállate amigo! - observó la entidad generosa - la queja en el servicio divino no siempre será una súplica honesta. A veces es solo una manifestación de rebeldía o indolencia en nuestra escasa comprensión del deber sagrado. Estoy aquí para ayudarlo, de cara al futuro.

"¡Aborrezco la Tierra! ..." sollozó el desgraciado.

Aclare sus proyectos con respecto a oportunidades futuras. No nos perdamos en lamentos o palabras ociosas.

Después de meditar largos minutos, Leo preguntó vacilante:

- Magnánimo instructor, ¿podré encontrar a la compañera de combate inolvidable?

- ¿Porque no? Dios nunca cerró la puerta de la bondad infinita sobre nosotros.

- ¡Oh! - gimió el desafortunado, casi aplastado por un rayo de alegría - concédeme la posibilidad de buscarla en el Paraíso que habrá merecido por su inmensa virtud; dame la oportunidad de olvidar, por un momento, las imágenes oscuras de la Tierra, para acariciar la idea del reencuentro... ¿En qué maravillosa estrella permanecerá mi santa?

El venerable consejero lo miró benignamente y le explicó intencionalmente:

- Tu pareja está en una escuela de Esperanza.

- Es una región exquisita de Esperanza, donde Nuestro Padre preparó todo, facilitando la edificación de las criaturas. Impresionantes días adornan continentes y mares, llenos de vida sublime y victoriosa. Los árboles amigables allí extienden sus ramas llenas de frutas jugosas y sabrosas. El agua divina fluye libre de fuentes que cantan, y en la atmósfera de embalaje, la claridad y la melodía no encuentran obstáculos... Allí cubren el alma con fluidos adecuados para el trabajo, como un trabajador para recibir el traje de servicio, según sus propias necesidades, sin preocupación de devolver la mano que da y oculta que le otorga el beneficio. En el aprendizaje diario, se escuchan risas infantiles, se observan las esperanzas de los jóvenes, se reciben bendiciones de los ancianos coronados de lirios alviniente. Son manifestaciones sagradas de compañeros que permanecen allí, continuando en el gran viaje hacia Dios, cada uno representando una nota de amor y trabajo en la canción universal...

Debido a la pausa más o menos larga que el mentor había intervenido en las consideraciones, Marcondes, embelesado, preguntó, mostrando un nuevo brillo en sus ojos:

- ¡Hable, hable de ese prodigioso plan! ...

- Las noches en esa esfera - continuó el benefactor - son estaciones encantadoras, destinadas a la oración y al descanso. Estrellas luminosas pueblan el cielo, llamando a los espíritus a meditaciones divinas. Constelaciones brillantes pasan en el infinito en un silencio sublime. Las luces suaves añaden un nuevo color a los paisajes. Todavía hay gente pobre y sufriente allí, ya que es una escuela de esperanza; sin embargo, nadie es abandonado por Dios, quien ordena distribuir las lecciones de acuerdo a las necesidades de los amados hijos... ¡Todo lo que hay es una promesa de vida, formas de realización, oportunidades sacrosantas! ...

- Benefactor inolvidable - rogó Leo Marcondes, ahora sin lágrimas - ¿puedo al menos visitar ese plano divino?

- No solamente visitarlo, sino también podrá buscar a su compañera, en sus caminos y unirse a ella nuevamente, en la obra de Dios, en la elevación y rescate justo - explicó el instructor, mostrando una sonrisa amorosa. El avaro no sabía cómo traducir su propia alegría.

Tomando la mano derecha, el amigo espiritual lo guio amorosamente a través de las sombras y los abismos. Desde hace algún tiempo, vieron una gran esfera que, aunque sin su propia claridad, se movía en un océano de luz. En este punto, Marcondes estalló en gritos de alegría.

- ¡Salve planeta celeste, santuario de vida, almacén de las bendiciones de Jesús! ...

Lo definiste sabiamente - agregó el mentor sonriente.

Unos minutos más y entró en una ciudad animada y bulliciosa. El pobre Leo observó que el lugar no era completamente desconocido para él. Las colinas, las casas, el mar, identificaron el paisaje. Decepcionado, vacilante, apretó la mano de su generoso amigo y le preguntó:

- ¿Estamos en la Tierra? ¿No es esta ciudad Río de Janeiro?

Exactamente.

- ¡Nunca antes había visto tanta magnificencia y belleza! ...

-Yo bien lo sabía - dijo amablemente el mentor, "pero es que nunca has buscado la escuela de la Esperanza que el Padre ofrece a las criaturas en este plano". Escuchaste a filósofos pesimistas, pero estabas sordo a los cánticos de la vida; observaste las letras envenenadas que intoxicaban los cerebros de los hombres con teorías degradantes, pero estabas ciego ante el rastro de arados en el suelo. Como preferías la indolencia de las almas rebeldes, el frío te molestaba, la lluvia te aburría, el calor sofocaba, el trabajo era una angustia constante. En lugar de localizar los propios males, le gustaba identificar los males de los demás. Voluntariamente ciego a las lecciones diarias, te topaste con el crimen y la amargura; mantuviste un concepto irónico para los ignorantes y severos reproches para los desafortunados, olvidando la autodisciplina. Con la fuerza de vivir contemplando los defectos y las cicatrices de los demás, no has visto nada más alrededor del corazón, aparte de las ruinas y la oscuridad. Dios, sin embargo, es infinitamente bueno y te da una nueva oportunidad para ascender en el camino de la vida. Otras experiencias te esperan en los próximos días. Volverás a nacer en el mismo lugar donde inadvertidamente levantaste tu brazo homicida. Convierte las esposas pesadas en lazos de amor. Busque a la compañera desinteresada, que seguirá sus pasos con amor, en el camino redentor. No mires atrás. Enciende la lámpara generosa de la fe y no temas el asedio de las sombras.

Mientras el interpelado lo observaba, sin duda, sorprendido y silencioso, el magnánimo instructor concluyó cariñosamente golpeándolo en el hombro:

- ¡Vete, Marcondes! Comience el viaje nuevamente, tome el vagón de la experiencia humana nuevamente, pero no arroje su cuerpo por la ventana del tren en movimiento y espere con resignación la estación de destino.

El ex comerciante le agradeció en un gesto silencioso.

Mientras el solícito mentor regresó a las altas esferas, Leo Marcondes fue conducido por otras manos a una cabaña simple, modestamente construida en uno de los barrios más pobres.

CARIDAD Y DESARROLLO

Humberto de Campos/Chico Xavier

Libro: Reportajes del Más Allá

En un grupo de inquietas señoras, tras la reunión en la que se habían comunicado diversos Espíritus amigos, estallaban ruidosos comentarios.

La conferencia no interesaba a la vida ajena, según antigua acusación lanzada a las hijas de Eva; con todo, la nota dominante era la liviandad.

Se hablaba entusiasmadamente a respecto de la práctica de los postulados espíritas. Unas alegaban persecuciones de lo invisible, otras aludían a las aventuras de los maridos inconstantes, atribuyendo las penas domésticas a la influencia de los malos Espíritus. De entre todas, destacaba la señora Laurentina Cardoso por el fervor sincero que le brillaba en los ojos. Divergiendo de la mayoría, sus pareceres demostraban singular interés en el asunto.

-Me siento transportada a región desconocida - se dirigía, impresionada, a la directora de la femenina asamblea -, el mundo invisible nos lleva a una nueva comprensión. ¡Cuán grande es el servicio del bien!

Y cruzando las manos en el pecho, un gesto que le era característico en instantes de profunda impresión, continuaba, bondadosa:

- ¿Qué hacer para cooperar en el trabajo sublime?

¡Cuánto deseaba ser útil a los infelices de la esfera espiritual!...

- Si, hija mía- explicaba la presidenta -, es preciso desenvolverse, aprovechar sus facultades en el esclarecimiento de nuestros hermanos atrasados. Sea atenta al deber y alcanzará los más nobles valores.

- ¿No podría la señora consultar a los instructores espirituales en ese sentido? - indagó doña Laurentina, ansiosa.

- Perfectamente.

Y, transcurridos algunos días, le escribía solícito el orientador de la reunión:

- Hermana mía, Dios te bendice el propósito de fraternidad y confianza. Continúa devotada al bien del prójimo. La caridad es luminoso camino de redención. No la olvides en la experiencia humana y, a fin de extender la divina virtud, no desprecies el desenvolvimiento propio. Compañeros abnegados, en el plano invisible, seguirán tus pasos en la edificación de ti misma. Ora, vigila, trabaja, espera y sobretodo confía en Dios.

La Sr^a. Cardoso estaba radiante. Se le figuraba el pequeño mensaje verdadero billete de luz, habilitándola a convivir con los genios celestiales. Leyó, releyó, doblo la hoja minúscula, guardándola en la bolsa de paseo; enjugó las lágrimas que la emotividad le trajera a los ojos y agradeció la dádiva jubilosamente.

Desde ese día, se transformó el hogar de Joaquim Oliveira Cardoso. El marido de doña Laurentina, hombre de negocios activos en los círculos industriales y financieros, noto el cambio, bastante sorprendido. La esposa dedicada y cariñosa multiplicaba los pedidos de licencia para comparecer a las múltiples y variadas reuniones, destinadas a la experimentación mediúmnic. A medida que aumentaban sus solicitudes, Joaquim le hizo una amplia concesión al respecto. La compañera nunca le había desagradado bajo ninguna circunstancia. Humilde y abnegada, lo había ayudado a construir una sólida fortuna. Nunca había mostrado la ridícula vanidad de los nuevos ricos. Siempre había estado a la altura de sus expectativas como hombre dedicado a la cultura intelectual y a las buenas maneras.

Desinteresada de exhibiciones sociales, distante del convencionalismo contundente, dividía la existencia con el y los cuatro hijos. ¿Por qué imponerte restricciones ingratas? No entendía ese Espiritismo que se había asentado en la mente de su esposa, pero no encontró ninguna razón para prohibirle que mostrara su fe. Además, Laurentina se entregó a tal movimiento en compañía de relaciones respetables. Esos razonamientos lo tranquilizaban, pero sin embargo, los días se incumbieron de acarrear en su cerebro nuevas preocupaciones.

Laurentina parecía obcecada. No le interesaba el cambio de cortinas, la limpieza de los cuadros, la protección de los libros predilectos. Las arañas andaban sueltos, los plumeros parecían retirados. El jefe de familia duplicó el número de sirvientes, temiendo situaciones más difíciles.

Transcurrió uno, dos, tres años. Preocupado ahora el capitalista, no solo con la indiferencia de la esposa, en lo tocante al ambiente doméstico, como también con la conducta maternal. Es que, al nacer el quinto hijo, Laurentina necesito el concurso de ama de leche. Alegando falta de tiempo, el pequeño fue entregado a los cuidados de una pobre señora que se pontificó al servicio, mediante remuneración adecuada. El marido, todavía, atendió al problema,

profundamente amargueado. Los servidores más o menos no le alteraban el programa económico, más si la disposición de la compañera lo disgustaba. Suportó, con todo, la situación, sin quejas que la pudiesen disgustar.

El panorama casero proseguía sin modificaciones, cuando el sexto hijito alegró a la pareja. Transcurridos dos meses en que el ama regresará al servicio activo, Joaquim se valió del momento íntimo, en la hora de la comida, y hablo a la esposa, delicadamente:

¿Has observado la salud del pequeño? ¿No te sientes preparado para una anemia profunda?

Doña Laurentina no pudo disfrazar la decepción por la observación inesperada, y explicó:

- Ayer mismo consideré la conveniencia de llevarlo al médico.

Cardoso hizo el gesto de quién no debe posponer soluciones justas y acrecentó.

- Creo, Laurentina, que el caso no se prende a consultorio, mas si propiamente al hogar.

Ella palideció y el marido prosiguió:

- Siento herir tu sensibilidad, mas has de concordar que la leche materna, siempre que sea posible, no debe ser negada a la criatura. Reconozco, todavía, que multiplicaste talvez excesivamente las obligaciones sociales.

Tan ligada a los hijitos, en otro tiempo, no hesitas ahora en volver siempre tarde, confiándolos casi absolutamente a las criadas. No miro el tema con el propósito de regañar; tus compañeras son muy respetables; Sin embargo...

- Es que desconoces el servicio de la caridad, Joaquim - respondió con delicada, represión frente a los niños-, mi ausencia de casa obedece a un importante trabajo, con el que trato de atender a los buenos Espíritus.

La pequeña Luisa, hijita de la pareja, con la gracilidad espontánea de los seis años, obtemperó con interés y vivacidad:

- Papa, esos Espíritus deben ser malos, porque no dejan a mamá volver temprano. ¡Siento tanta falta de ella!

El jefe de la familia sonrió significativamente y respondió:

- Talvez tengas razón, hija mía. Esos Espíritus pueden ser buenos para toda la gente, menos para nosotros.

Doña Laurentina se esforzó para que las lágrimas no cayesen de los ojos, allí mismo, y se retiró desolada a su aposento. La pobre señora

se deshizo en llanto amargo. Se sentía víctima de angustiosa incompreensión. ¿No atendía a servicios de caridad? No intentaba desenvolver facultades mediúmnicas para consagrarlas al alivio de los sufridores? Esa noche, sin embargo, evitó la sesión habitual. Precisaba orar, meditar, ensimismarse. Rogó fervorosamente a Jesús le permitiese recibir inspiración de la Verdad. Y, con efecto, soñó que se aproximaba a amplio y luminoso recinto, donde pontificaba generosa entidad a servicio del bien. Guardaba, por eso, la impresión de haber encontrado un ángel de Dios. Ella se arrodilló angustiada y le confió las heridas de su alma sensible y afectuosa. No acusó a su marido ni se quejó de sus hijos, sino que pidió ayuda para que entendieran su propósito. Luego de ansiosas confidencias, el amigo le acarició la frente y explicó:

- Vuelve al trabajo, Laurentina, y no te pierdas en lágrimas injustas. El compañero es digno y bueno, los niños pequeños son flores del corazón. Cumple con tu deber, amiga mía.

La mujer interrogada se había quedado perpleja. ¿Pidió ayuda y recibió consejos? Sintióse incomprendida, volvió a decir:

- Ruego, por el amor de Dios, para que ayudéis a mi esposo, con respecto a las obligaciones doctrinales.

"Joaquim no los ha olvidado", dijo el supervisor. - Desde hace muchos años se revela como un mayordomo fiel. Responsable por las numerosas familias de empleados que lo valoran, trata los intereses de todos de manera justa y honesta. No lo dejes sin amparo afectivo, en una tarea tan seria. El hecho de que no se ocupe de los problemas de naturaleza religiosa a diario, cuando se trata de cartas y ceremonias, no significa que permanezca indefenso ante Dios. Se entiende con el Padre, en el altar de la recta conciencia, cuando organiza los servicios de cada día, proporcionando trabajo y remuneración a los trabajadores de su círculo, según los méritos y necesidades de cada uno.

- ¿No estoy yo, sin embargo, al servicio de la caridad? pregunta doña Laurentina, muy sorprendida.

- Sin duda, y por eso Jesús no abandona tu alma sincera. Sin embargo, existen problemas que no deben pasar desapercibidos. ¿Ya observaste que, antes de la caridad, permanece la primera caridad?

Doña Laurentina esbozo el gesto de quien interroga sin palabras.

- *La primera caridad de la dueña de la casa - continuó el mentor delicadamente - es atender el hogar; la de la esposa es ayudar al compañero; la de la madre es amamantar y educar a los hijos. Sin eso, el trabajo del bien no sería completo.*

Profundamente admirada y sin ocultar la decepción que sentía en el alma, la señora Cardoso objetó:

- *Mas el propio orientador de nuestras reuniones me aconsejo el desenvolvimiento, siempre desee atender a beneficio de los que sufren en las tinieblas y, por eso, estoy intentando el desarrollo de mis facultades mediúmnicas...*

- *Cuando el amigo espiritual te aconsejó desenvolvimiento, procedió sabiamente. Todos precisamos desenvolver sentimientos nobles, comprensiones justas, nociones santificantes. En cuanto a las facultades psíquicas, es indispensable considerar que toda criatura las posee, en mayor o menor grado. Hay, si, trabajadores con tareas definidas, en ese particular; no en tanto, no pueden huir a la espontaneidad, como no escapaste a la misión de madre. Y olvidaste, por ventura, que ser madre es ser médium de la vida? Ignoras que el hogar constituye sesión permanente, donde la adoctrinación y la caridad con los hijos piden, algunas veces, secular sacrificio? No abandones la cooperación de amor junto a las amigas del mundo, prosigue sirviendo a los semejantes, dentro de las posibilidades justas, alivia el sufrimiento de los que lloran en el plano invisible, mas no olvides la reunión permanente de la familia, donde tienes evangelizaciones y testimonios, todos los minutos del día y de la noche. Para poder cooperar en los campos inmensos de la esfera visible e invisible es preciso saber cultivar el campo de obligación propia. Regresa, amiga mía, y que Dios te bendiga.*

Doña Laurentina se despertó asombrada. La alegría radiante estaba estampada en su rostro. En un transporte de alegría, le contó a su esposo sobre el curioso suceso.

Felizmente la abrazó y exclamó:

- *Ahora, estoy realmente interesado en esa noble doctrina. Nunca pensé que los espíritus pudieran ser tan sabios y tan buenos.*

17 LA EXPERIENCIA DE CATARINO

Al comienzo de los trabajos psíquicos, presididos por Catarino Buenaventura, surgió una determinada entidad que revelaba un afecto singular y traía una cooperación interesante, que daba un nuevo estímulo a la pantalla en vivo de cada encuentro. Se dio a conocer por el nombre de Aquiles, que ninguno de los miembros del círculo supo identificar. Sin embargo, a pesar de su anonimato, creó un vasto ambiente de simpatía, no por la cultura notable, sino por el servicio activo que mostró. Impresionado el grupo, ante las espectaculares intervenciones, no hubo más oportunidad para el estudio metódico de la Doctrina.

Debalde, el verdadero líder espiritual, exhortó a sus compañeros a renovar sus sentimientos a la luz del Evangelio de Cristo. Nadie escuchó la insistente solicitud. El dedicado mentor se movió en vano, haciendo que vinieran hermanos iluminados para cambiar la situación. La asamblea no estaba interesada en los elevados aspectos que le ofrecía la nueva fe. Los libros edificantes, los periódicos bien orientados, las revistas educativas, fueron relegados a un nivel secundario, como inútiles. La amistad de Aquiles representó la nota esencial del grupo. Todos los miembros de la sesión habitual recurrieron a sus buenos oficios, como si fuera un semidiós. La entidad servicial no difundió malos consejos ni ignoró los nobles principios de la vida; sin embargo, privó a los amigos vigilantes de la oportunidad de caminar por su cuenta. Participó en todos los asuntos materiales de sus compañeros. Expresó su opinión sobre casos particulares y problemas íntimos. Lo llamaron guía y director infalible.

Sin embargo, se vio que Catarino Buenaventura había asumido una gran responsabilidad en la situación un tanto confusa, ya que, como consejero encarnado, a menudo se perdía en cuestiones y preguntas ociosas.

Los legítimos instructores, en semejante régimen de liviandad enfermiza, aliada con una fuerte pereza mental, se apartaron discretamente poco a poco.

Y Aquiles, con aspecto de niño amable y descontento, una especie de sirviente diligente y humilde, seguía estando al servicio de

cualquier tipo de trabajo. Fuertemente ligado a Catarino, por fuertes lazos magnéticos, no se sabía cuál de los dos era más frívolo, en el capítulo sagrado de la responsabilidad individual.

En la residencia de Buenaventuras, no se intentaba ninguna solución a problema sin la audiencia del colaborador invisible.

El jefe de familia nunca se cansaba de interrogatorios y consultas. A menudo se repitan entendimientos de este jaez:

- Hermano mío, ¿qué pasa con nuestro proyecto de sociedad comercial con Morais e Silva?

- ¿Te refieres al proyecto de la fábrica de dulces? - preguntó el Espíritu, mostrando bondad fraterna.

- Eso mismo.

- Espera. Estudiaré el tema con detenimiento.

A los pocos minutos, Aquiles regresó diciendo:

- El trato no es conveniente. Morais e Silva no es un hombre de buenas intenciones. No tiene suficiente capital y tiene la intención de lanzar un préstamo fraudulento en un banco. Aceptar la empresa será un grave error.

Catarino no hizo valer las razones nobles de la vida, que mandan alijar intrigas y esclarecen intrigantes, en el mecanismo de las relaciones habituales, y, ojos vivaces, agradecía:

- Menos mal, Aquiles, que tuve tu cooperación desinteresada. Gracias amigo. Mañana tomaré las medidas indispensables para obligar al tramposo a despejar el camino.

Al día siguiente, los proyectos se vinieron abajo, sin una razón justa. El cuadro de oportunidades laborales aparecía a diario, pero el comunicador, urgido por el socio, siempre resaltaba las dificultades e impedimentos. Si observaba a la gente, comentaba sus defectos; si se examinaban las situaciones, exponía las zonas vulnerables.

- ¿Qué me pides hoy, hermano? Preguntó Aquiles con celo.

- Insisto en que te fijas en el caso, trayendo informes detallados y francos.

¿Quieres conocer los obstáculos existentes?

- Sí, necesito mostrarme el lado oscuro para actuar con total confianza.

Y en todas las situaciones, el emisario obedeció, ciegamente.

Sin embargo, todas las noches se reunía el grupo pequeño y el dirigente de la sesión re incidía en las invariables preguntas.

- ¿Aquiles, estás de acuerdo conmigo sobre el viaje de mañana?

-Perfectamente -respondió incorporado al médium-, ese barrio es futuro y rico. Lo visité anoche, como usted determinó, y puedo decir que el volumen de negocios es uno de los más prometedores.

Catarino agradecía solícitamente y, habiendo realizado el viaje inicial, recomenzaba en la sesión inmediata:

- Terminando las actividades actuales, tengo la intención de visitar la ciudad a la que nos referimos la semana pasada. Me gustaría, hermano mío, que traiga información precisa, para saber si tendré éxito o no.

Aquiles prometió hacer un esfuerzo y, llegando de noche, dijo:

No conviene probar el plan formulado. La ciudad es pequeña y pobre, el juego de intereses que prevalece no ofrece oportunidades lucrativas. La población vive de productos agrícolas, pero, ante la incertidumbre de la cosecha, varios establecimientos comerciales se acercan a la quiebra.

- Te doy las gracias, querido guía - habló el director del encuentro sumamente emocionado - encuentro mi apoyo diario en ti.

Y no satisfecho con su propia negligencia, Catarino hacía activa la propaganda de los méritos de Aquiles. Nunca más se refirió a los sabios mentores que solían cooperar en las reuniones de otro tiempo, trayendo serias exhortaciones y preciosos estímulos al estudio de las grandes leyes de la vida.

Prefería al mensajero que obedecía a sus caprichosas órdenes. Aficionados, vecinos y conocidos acudieron presurosos a

asociársele la actitud negativa. Aquiles atendía a las más extrañas consultas, tornándose respetado como una figura milagrosa.

Pero, con el paso del tiempo, Catarino Buenaventura terminó entregando el cuerpo a la tierra.

Sin embargo, ¡cuál no fue la sorpresa que tuvo cuando, al entrar en contacto directo con el plano espiritual, vio al comunicante a un lado de las sesiones terrenales.

Una figura común, sin ninguna expresión notable que lo hiciera digno de veneración. El exdirector de la reunión quedó desconcertado. En la ceguera espiritual en la que se había visto envuelto en el mundo, presumía en su obediente amigo cualidades excepcionales como conductor. Aquiles, sin embargo, se le acercó humildemente y preguntó:

- ¡Me alegro de verte, viejo amigo!

¿Cuáles son tus órdenes ahora?

- ¿Órdenes? - preguntó Catarino, aterrorizado - ¿pues no eres nuestro guía y consejero?

- No tanto - explicó el interpelado -, fui designado para cooperar en sus actividades en la Tierra y, desde entonces, trabajando exclusivamente a sus órdenes, no tengo otra preocupación que obedecerle.

- ¿Estás, por casualidad, en comunicación permanente con quienes te asignaron? Preguntó el recién desencarnado ansioso de nuevas ayudas.

- Fui a ayudarte, comprometiéndome a no cesar el intercambio con esta amiga generosa que me acogió y brindó trabajo en tus reuniones - aclaró el humilde colaborador -, sin embargo, me diste tantas preocupaciones y tantas cargas de la gente, comercios, diferentes pueblos y barrios, que, cuando intenté recibir nuevas instrucciones, ya no encontré el camino. Sintiéndome solo, traté de unirme cada vez más contigo y creí que debía esperarte, ya que me metiste tanto en tu propio camino.

Catarino experimentó la angustiada sorpresa de quienes encuentran el fondo del abismo. Sólo entonces comprendió que los ignorantes no se quedan exclusivamente en la Tierra y que el pobre

Aquiles no era más que un confiado servidor de la indolencia que había marcado su última experiencia terrestre.

Percatándose tardíamente, inclinó a su compañero a meditar sobre la gravedad de la situación y, a la manera de los pioneros de la sombra, emprendieron su camino, de la oscuridad a la luz. El doloroso viaje se realizaba a costa de lágrimas y desilusiones. ¿Cuánto tiempo duró la búsqueda de una voz bendecida que les enseñase la salida del laberinto imprevisto? No pudieron contestar.

Sin embargo, llegó el momento en que Buenaventura sintió la presencia de un amigo generoso junto a ambos.

Gritó el reconocimiento que vibraba en su corazón, quiso arrodillarse, besar los pies del mensajero que venía a recibirlos. Sin embargo, no pudo fijar al emisario, pero la voz que los rodeaba se elevó levemente y se escuchó con emoción:

- Catarino, Jesús nunca abandona a quienes se proponen firmemente la rectificación. Ahora reconoce que la vida en todos los planos de la naturaleza requiere esfuerzo, trabajo y comprensión. ¿Cómo puedes creer que Dios vinculó la esfera visible con la invisible en la Tierra, solo para sacar al hombre de los problemas y trabajos necesarios? Cada día, en el mundo, te llegaba al corazón abundante depósito de oportunidades que nunca supiste aprovechar. Aprendiste que los desencarnados son igualmente trabajadores y no siempre son misioneros iluminados y redimidos. Cuando la Providencia permitió que los hermanos de un ámbito y otro se encontraran, no fue para establecer la inercia, sino para desarrollar más intensamente la cooperación, la fraternidad y el espíritu de servicio. Ambos tienen sus propias necesidades y problemas, que la diligencia y el amor mutuos pueden resolver. Mientras tanto, convertiste al pobre Aquiles en una muleta para tus lisiados mentales. ¡Has huido de los problemas, has abandonado el trabajo, has renunciado a las posibilidades que el Señor del Universo deposito en tus caminos! ...

Callándose la voz por un momento, Buenaventura suplicó, ahogado en lágrimas:

- ¡Dame una guía por el amor de Dios! ...

- *¿Una guía? - preguntó el mentor invisible para qué? ¿Cómo caminarás en este plano, si no quisiste aprender a caminar por los caminos del Globo?*

No puedo cumplir tu deseo ahora; sin embargo, Jesús no te dejará desamparado... ¡Vamos, sígueme! Regresarás a la Tierra para aprender que los desencarnados y los encarnados tienen logros que deben lograr juntos. ¡No desprecies el desarrollo de tus propias facultades! Vamos, Catarino, y no olvides nunca que la dificultad, la lucha, el obstáculo y el sufrimiento son guías preciosas que nadie podrá prescindir en la marcha hacia Dios.

Y Buenaventura, con las manos dadas con Aquiles, por su vez perplejo, siguió, tambaleándose, ante la gran luz que rompía las sombras, volviendo al mismo lugar de donde viniera, a fin de repetir la lección de la vida.

18 - NARRADOR APENAS

- *Terminara de leer - continuó Armando Botelho, en la eventual charla, en la casa de los Velosos - y comencé a meditar profundamente, cuando la figura entró a la habitación, levemente. Lo miré con sorpresa y reconocí a mi madre mostrándome la dulce sonrisa de otra época.*

No dijo palabra, ni se aproximó mucho a mí; todavía, pude identificar sus manos rugosas, la mirada viva y cariñosa, los cabellos blancos.

Mientras el distinguido narrador se callaba bruscamente para encender otro cigarro, la noble señora interrogó:

- *Más, si lograste verificar un fenómeno tan bello, ¿cómo puedes dudar de la comunicación de los Espíritus desencarnados?*

Revelando maneras apuradas en el trato social, Botelho utilizó el cenicero, sonrió discretamente y sentencio:

- *A pesar de eso, tengo mis dudas. ¿Quién me dice que la visión no era reflejo de mi propia mente? Durante el día yo pensaba en mi madre, miraba retratos, releía bellas cartas de ella. Nada imposible que mi subconsciente padeciese determinadas excitaciones. Además, esos casos son comunes. Nuestro problema psíquico es más trascendente de lo que se puede imaginar. La Ciencia de hoy relaciona observaciones indiscutibles.*

- *No comprendo bien - interrumpió el respetable Liborio, huésped de la casa -; en este paso, el subconsciente nos llevará a lecciones más increíbles y más difíciles de examinar.*

- *Si - replicó Botelho, mostrando una falsa preocupación: debemos tener cuidado en la investigación de una fenomenología tan extensa y complicada. Además, poseemos recursos ignorados y es posible engañarnos a nosotros mismos.*

- *Concuerdo - explicaba el interlocutor, juiciosamente -; todavía, en cualquier esfuerzo es indispensable huir a absurdo teórico.*

La conversación llegaba a término sin que ninguno estuviese de acuerdo. Armando no cedía. Con todo, al traspasar la puerta, después de las despedidas, surgían comentarios discretos.

- *¿Si Botelho es favorecido con tamaña protección espiritual, porque no se modifica para mejor? - Decía la Sr. Peçanha recostada en el sofá - es increíble que hombres, así, se entreguen a tantos escándalos en la vida particular.*

- *Ora, ora - alegaba el marido, instalado en una silla en frente -, ¿porque se dejara el incomodar con Espíritus, cuando tiene vida desahogada y dinero para desperdiciar en casinos de lujo? La mujer aun ahora recibió nueva herencia. En esas condiciones, cualquier hombre, aunque sea visitado por la Corte Celestial, preferirá hablar de ciencia y facultades ocultas.*

Replicaba, entretanto, la compañera tomada de buena intención:

- *No en tanto. Hay capitalistas generosos, ricos devotados al bien de los que sufren. Canecemos amigos adinerados, convertidos enteramente a Jesús.*

El marido tomo una expresión frustrada y, arrancando la risa de los presentes, respondió sin hesitar:

- Más estos, Raimundo, son los misionarios.

Continuaron destilando la hiel de la maledicencia.

De alguna suerte, sin embargo, Armando Botelho hacia justicia a referencias tan ásperas. Desde hacía mucho tiempo, la vieja y amorosa madre lo llamaba del plano invisible. Íntimamente, el reconocía el carácter real de las manifestaciones, mas, ablandecido por el dinero, asumiera condenables actitudes mentales. Si el corazón comenzaba a ceder, los vicios hablaban más alto dentro de él poniéndolo en fuga, a través de tardes alegres, donde el juego, el vino y las mujeres le diseñaban cuadros deliciosos.

Excelente narrador, cautivó a los oyentes con ingeniosa fraseología, relatando los fenómenos que lo rodeaban; sin embargo, si un amigo buscaba inclinarlo a lecciones religiosas, Botelho se rebelaba. Citaba científicos y filósofos, observaciones y experimentos. A la religión que consagra y define responsabilidades, siempre prefirió la vanidad, que libera los instintos inferiores.

Compareciendo, cierta vez, la humilde reunión espiritista, fue sorprendido con pequeño mensaje maternal. Aquella, que fuera cariñosa genitora en el mundo, le pedía que caminase por la senda del bien, procurando la inspiración de Jesús y valiéndose de la fe en el camino humano; y, con todo, en cuanto los amigos se regocijaban, Botelho se puso en guarda y declaró:

- No puedo aceptar como idóneo este documento. Los espiritistas acostumbran a precipitar conclusiones. ¿Quién afianzará que todo no pasa de alucinación telepática? Pensé en la querida muerta insistentemente. ¿No se daría el caso de transmisión de cerebro a cerebro? Además de eso, la página es excesivamente impersonal. Mi madre no se identifica, no se refiere a los hermanos, los nietos, la carta no es una expresión fiel.

En balde, los amigos decepcionados intentaron explicar; en vano buscó el médium informar sus propias observaciones.

- Todo fragmentario, discutible... - remataba el negador renitente.

Fueron inútiles las detalladas elucidaciones. Botelho no acepto. Llegado a casa, notifico a la esposa la ocurrencia de la noche, objetándole ella dulcemente:

- Será útil proseguir observando. Creo que su mamá compartirá de mis cuidados. El mensaje requiere atención al bien. ¿No será un apelo justo? No representará amoroso convite a que deje usted los falsos amigos y el hábito absorbente del juego? Tenemos niños pequeños que exigen dedicación y vigilancia. Por tanto, esta página tiene un valor extraordinario para mis ojos.

Ignora talvez que vengo recibiendo cartas anónimas denunciando su proceder, en lo que se refiere a mujeres viciadas. No acostumbro tomar conocimiento de cualquier insulto al hogar; no en tanto, acredito que deberá tener cuidado en cuanto a compañías menos dignas, re salvando el propio nombre.

Revelaban esas palabras tamaña generosidad y delicadeza que el esposo se calló, decepcionado y vencido.

El acontecimiento, sin embargo, no le modificó las actitudes.

Después de algún tiempo, se hospitalizo para tratamiento de inesperada neumonía. Amenazado de muerte, Botelho declaró tener fe en la intervención del plano espiritual, imploro la asistencia materna, prometió una vida nueva a la compañera, mas, cuando se restableció, no sabía hablar sino de la añoranza de los compañeros livianos, y regreso al casino, más esclavizado que nunca.

Continuaran los fenómenos y las llamadas indirectas, y, todavía, el prosiguió examinando teorías científicas más nuevas, a fin de reforzar argumentación negativa en las discusiones habituales.

Transcurridos diez años después de su estancia en el hogar de ancianos, experimentó de nuevo un violento dolor pulmonar.

Nueva profesión de fe, ante amenazas de muerte; nuevas promesas al paciente y humilde compañero. Restaurado, sin embargo, ya no se contentaba con las extravagancias nocturnas e incluyó las horas del día en las disipaciones habituales.

A pesar de todo eso, primoreaban cada vez más las cualidades de narrador fascinante y distinto.

Maíz de veinte años habían pasado sobre la palestra en casa de los Velosos, cuando Botelho los encontró en festividad social.

- ¡Siempre lo mismo! - exclamo el amigo, apretándole las manos.

- ¡Menos mal que te vemos con buena salud! Dijo la dama, gentilmente.

Botelho no disimuló la alegría de abrazarlos y, como sucedió en otro momento, la conversación cayó en el amplio terreno del Espiritismo. El derrochador informó sobre las últimas experiencias, refiriéndose con más fuerza al subconsciente y al animismo. Los Veloso, sumamente desanimados, lo contemplaron, reconociendo que era un caso perdido, y sonrieron ambos, murmurando evasivamente.

- Justo antes de ayer - continuó Botelho, hablador - Soñé que estaba en un amplio campo de luz. Vi, en el maravilloso paisaje, un árbol de cuyas ramas colgaba una sola fruta madura. Noté que mi madre se acercaba tratando de cosecharlo, pero cuando el esfuerzo se concretó, apareció un monstruo terrible y la fruta, grande y hermosa, como si hubiera creado su propio impulso, se lanzó a las garras del animal, en lugar de a ser recogida por mi madre.

Sonrieran los amigos, entre mirándose en silencio.

- E imaginen que mi mujer - continuo el - tuvo el coraje de interpretar el sueño, colocándose en el papel del fruto que, a pesar de maduro, prefirió la compañía del monstruo al calor materno. ¿Han visto que tonterías?

Velosos, entretanto, huyendo a discusiones estériles con quien debía saber mucho más que el mismo, por las experiencias propias, acrecentó con ironía intencionada:

- *Las esposas son así, enérgicas y severas, por el mucho amor que nos consagran. No se incomode, sin embargo.*

En su caso, creo que debe recorrer a Freud, con bastante atención.

- *Eso mismo, tal cual – concordó el interlocutor entusiasmado –, hasta que en fin ustedes también llegaron donde yo quería.*

De ahí a semanas, con todo, el extravagante Botelho era recogido a prisa al hospital, abatido y agonizante.

Esta vez, era el edema pulmonar, irremediable. Nada valieran cuidados médicos y lágrimas de la familia.

Mientras el cuerpo se enfriaba lentamente, el excelente narrador gritaba, ahora secuestrado a los ojos y oídos de su esposa e hijos amorosos:

- *Madre mía, ¡ah! ¡Madre mía! ... ¡Ayúdame por el amor de Dios! Ayúdame en este trance angustioso. ¡Ahora creo en la vida triunfante e inmortal! ...*

La genitora, sin embargo, no apareció.

Y ante la mirada infeliz del infortunado, surgió una devota enfermera de Espiritualidad que respondió solícito:

- *Cálmate para los exámenes necesarios. No llames a tu madre. Después de inmensos sacrificios, esperando más de treinta años la respuesta de tu alma engañada y ociosa, merecía la bendición de Dios en una tarea superior y diferente. Como ves, Botelho, ahora es demasiado tarde...*

19 – CUANDO FELIXBERTO VOLVIÓ

Desde hacía tiempo, Felixberto Maldonado se hiciera espiritista de convicción profunda, en cuanto a raciocinios; no podía, sin embargo, comprender la extensión de los deberes que la Doctrina le traía, en cuanto a sentimientos.

La reunión íntima en el grupo doméstico, donde el intercambio entre las esferas visible e invisible se podía efectuar harmónicamente, no le daba razones a críticas acerbas, ni cuestiones complicadas

a la fe. La esposa devotada era médium parlante, criatura maravillosamente equilibrada, sabía dividir las obligaciones mediúmnicas y familiares, demostrando raro sentido en las atribuciones que Dios le confiriera. Doña Silvana conocía el lugar de cada persona y de cada cosa en la vida, y colocaba los deberes de madre por encima de todas las situaciones terrestres. A vista de eso, su cooperación se tornaba preciosa, fuese donde fuese. En el hogar, distribuía afecto y cariño sin preferencias egoísticas; en las reuniones doctrinarias, daba a cada compañero de ideal lo que se tornaba justo. Por eso mismo, los benefactores de la Espiritualidad encontraban en su corazón el campo recto, sin inclinaciones y sin abismos, donde se mostraban confiados en la gloriosa tarea de la fraternidad y de la luz.

Con todo, no acontecía lo mismo al esposo.

Felixberto perdía el tiempo disponible para criticar duramente. Porque vivía junto a una pequeña máquina espiritista, cuyas piezas se contaban de cinco a seis personas y nunca había tenido dificultades para moverse, se había vuelto incapaz de comprender las grandes tareas. Descuidado y rebelde, vivía para deslumbrar reputaciones y desanimar a los débiles, sin piedad. Tal disposición se había convertido en una manía tan peligrosa, que tan pronto como regresó a casa, después del servicio, leía el noticiario celosamente, para conocer las noticias escabrosas. Encontrando el pomo de maledicencia, corría para contársela al compañero más próximo y comentaba:

- ¿Leyó la noticia, Amarante?

- ¿Que noticia, hombre de Dios?

- Tenemos a João Faria que comparación ante la Policía, para aclarar el caso de las cuentas de invierno. Antes que el amigo se pronunciase, Felixberto continuaba con los puños cerrados y los ojos rojos:

- ¿Será ese el comportamiento de espírita? Me siento enojado con el descaramiento. ¡Qué cinismo! Quien lo viese predicar el Evangelio le daría el nombre de apóstol. Pasando eventualmente por el Grupo, en el que ese tratante colabora, siempre hice cuestión de me

interrumpirme, para verlo, cariñoso y solícito, ante los necesitados y sufridores.

Muchas veces, lo torne por padrón comparativo. ¿No es para revelarse los más tolerantes? Aquellos gestos de amparo fraternal constituían una capa inmunda. Ahora, lo tenemos aquí retratado en la galería de ladrones. ¿No es esto una infamia y desmoralización sobre todos nosotros?

- Si - replicaba Amarante prudentemente -, el caso de Faria, sin duda, es chocante; merece, sin embargo, consideración especial. ¿Quién sabe si no será apenas una víctima el pobre compañero? ¿No son frecuentes los terribles engaños? La cantidad desapareció dentro de la repartición.

Nadie sorprendió al autor del delito.

Algunos compañeros lo acusaron y el director juzgo procedente la denuncia. Juan se declaró exento de culpa, mas, no obstante, fue demitido y convocado al Distrito Policial.

Este es el cuadro posible de examen a nuestros ojos falibles. Sin embargo, analizando su vida irreprochable, ¿Quién no se compadecerá del acusado? Quién sabe, si no está el soportando voluntariamente la culpa de otros? A veces, donde nuestros ojos sospechan criminales, Dios vigila a los misioneros de renuncia.

Maldonado perdía el entusiasmo ardiente de acusador, más objetaba renitente:

- Sin embargo de su tolerancia, mantengo acá mi juicio.

E, incapaz de sentir la grandeza de la espiritualidad oculta, remataba:

- Si Faria está sufriendo injusticias voluntariamente, entonces es porque prefiere la mentira a la verdad. Será condenable de cualquier modo. Antes de todo es preciso vivir a las claras.

No obstante consejos del plano espiritual y advertencias de amigos generosos, no se cansaba del odioso fermento de crítica e intolerancia. Acusaba sin reflexiones, desabridamente.

Se encontró una asociación doctrinal, sólidamente fundamentada, resistiendo los caprichos de vigilar a los compañeros, siguió adelante sin piedad:

- ¿Porque conservan tantos patrimonios en detrimento del bien? No será falta grave retener tan grandes economías olvidando pequeños deberes fraternales? Es eso. Se oyen palabras armoniosas, más el corazón permanece distante. Son todos fértiles en aconsejar, negativos en el hacer.

Felixberto no se detenía a examinar expresiones colectivas, ignoraba la lucha de viejos compañeros cargados de responsabilidades y preocupaciones; no sabía que fuerzas necesitaban encontrar por no traer deberes inmensos, y, lejos de tenderles manos fraternas con la colaboración justa, los acusaba de egoístas, bellacos, negociadores.

Si algún amigo menos firme en la fe le procuraba los pareceres de hombre experimentado, relativamente aunque otro compañero extraño a su círculo personal, respondía sin hesitación:

- Aquel es sepulcro caído. No se engañe. De espiritista solo tiene el etiquetado, conozco su vida meticulosamente.

A veces, basaba un juicio tan severo en información mentirosa proveniente de la frivolidad popular.

En las reuniones, oía conceptos evangélicos respetuosamente, más la enseñanza sublime no le penetraba el corazón. Lo archivaba en el cerebro, apenas, con el propósito de exigir ajenos testimonios.

Tan desviada existencia termino, como era natural, en reducidísimo círculo de afectos.

Felixberto desconocía el código de la amistad, olvidaba la cooperación fraterna, disipara la fuerza emotiva en acusaciones y críticas mordaces. No edificara obra útil y pasó por la Tierra a la manera de alguien que solamente viese lama en los materiales constructivos, que la Providencia esparció en abundancia en los caminos de la vida.

Transcurrido algún tiempo, reconociendo el íntimo deseo de la viuda generosa, el Instructor espiritual del pequeño grupo anunció que traería a Maldonado en la próxima sesión.

Prometió y cumplió. Contrariando, todavía, la ansiosa expectativa de todos, el visitante se incorporó a la médium más joven, vibrando en sollozos convulsivos. No saludó a nadie fuese quien fuese, no se refirió a la nueva vida y solo gritó para cortar su corazón más endurecido:

- ¡Ahí de mí! ¿Quién me restituirá el equilibrio de los ojos? ¡No veo sino animales horribles, casas de lama envueltas en sombra!...

Y, tras gemidos de angustia, preguntó:

- ¿Quién eres tú que tienes garras en lugar de manos y sumerges tu cabeza entre espinas?

Al observar los benefactores espirituales que doña Silvana lloraba bajito, lo sacaron Inmediatamente, y ante la perplejidad general, el Mentor del círculo tomó la palabra y explicó paternalmente:

- No os sorprendáis de la dolorosa observación de esta noche. Nuestro Maldonado viene atravesando la prueba justa de quienes se olvidaron de preservar la reflexión y la prudencia, que también son dones sublimes, subordinados al ministerio de la vista espiritual.

El, que jamás quiso contemplar el lado útil y el aspecto bueno de las personas y acontecimientos, recoge hoy los tristes resultados. Cada ser y cada cosa, en los planos de perfectibilidad en el que nos encontramos, presentan las fases de luz y sombra, como los lagos que ofrecen el espejo transparente y el lecho oscuro, de lodo. Felixberto se resistió a nuestros pedidos y desdeño a los amigos vigilantes y dedicados. Gasto el tiempo y fijo la experiencia en las zonas sombrías. Es natural que no surja a la vanguardia de la vida eterna empuñando faroles. Pasando largos años en el fondo del lago, siempre calculando, definiendo, midiendo y pesando la lama, no podría esquivarse. És por eso que aún no recobró la visión perfecta. Armado de los viejos óculos del lodo, ve espinos donde hay dedos, garras en lugar de manos y sombras donde hay bendiciones de luz y sol.

La viuda bondosa enjugaba el copioso llanto, hasta que el respetable amigo sentenció afectuosamente:

- No llore, hermana mía. Acuérdesse de que la perturbación agrava los males y de que la serenidad los resuelve.

E, imprimiendo singular acento a las palabras, afirmó al despedirse:

- Sobretudo, que nadie olvide la lección preciosa de hoy. Cuando Jesús reveló a los discípulos que la candela del cuerpo son los ojos, destacaba la importancia de nuestro desenvolvimiento espiritual, por el modo de ver. Quien se detenga exclusivamente en el mal, apaga la lámpara e huye a la colaboración con la vida; mas, quien vive por el bien, aunque se aproxime al mal, consigue transformarlo en cosa útil, porque encontrará posibilidades divinas en todas partes, cooperando con Cristo para la luz eterna.

En seguida de la última observación, se hizo la oración de cierre.

Los compañeros tenían los ojos mojados y, al contrario de lo que se verificaba en ocasiones idénticas, nadie se aventuró a comentarios.

Cada cual tomo su camino en profundo silencio.

EL VALOR DEL TRABAJO

Nadie contestaba a los nobles sentimientos de Cecilia Montalván; entretanto, era sabido por todos su aversión al trabajo. En el fondo, era una excelente criatura llena de conceptos filosóficos, por indicar al prójimo los mejores caminos. Palestra fácil y encantadora, gestos espontáneos y afectuosos, seducía a quien la escuchase el verbo cariñoso. Si la familia adoptase otros principios que no fuesen los del Espiritismo cristiano, Cecilia propendería talvez la vida conventual.

Así, no ocultaba su admiración por las mozas que, hasta hoy, de cuando en cuando se recogen voluntariamente a la sombra del claustro. Más por ociosidad que por espíritu de adoración a Dios, entreveía en los velos freáticos el refugio ideal. Sin embargo, debido a que el Espiritismo no le permitía la oportunidad de ausentarse del entorno doméstico, con el pretexto de la fe religiosa, se cobraba en largas conversaciones sobre mundos felices. Ella se dedicó fervientemente a toda expresión literaria referida a las esferas de

paz reservadas para quienes sufrieron mucho en los servicios humanos. Los mensajes del Más Allá, que describen esos lugares de descanso, fueron conservados con especial dedicación. Las descripciones de los planetas superiores lo llevaron a arrobos indefinibles. Cecilia no cuidaba de otra cosa que no fuese la anti visión de las glorias celestiales. En balde la vieja madrecita la convocaba a la lavandería o la despensa. Ni aun mismo en las ocasiones en las que el genitor se recogía al lecho, tomado de tenaz migraña, la joven abandonaba semejantes actitudes de alineación a las tareas necesarias. No raro discutía sobre las magníficas festividades a las que tendría derecho después de la muerte del cuerpo. A su pensar, el circulo evolutivo que la esperaba debía ser un inmenso jardín de espíritus redimidos, poblado de perfumes y céfiros armoniosos.

En el grupo íntimo de oraciones de la familia, acostumbraba a cooperar cierta entidad generosa y evolucionada, que se dio a conocer con el nombre de Eliezer. Cecilia interpretó sus advertencias de una manera puramente individual. Si el amigo lo exhortaba a trabajar, no admitía que la indicación referida fuese a los servicios en la Tierra.

- Este planeta - decía enfáticamente - es lugar indigno, oscuro paraje de almas criminales y enfermas. El aire terrestre sería irrespirable si no fuera por la anticipación de los mundos felices. ¡Oh! Cómo debe haber vida sublime en Júpiter, la belleza de los días en Saturno, seguida de noches brillantes de anillos resplandecientes! ¡El pantano terrestre envenena las almas bien formadas y no podremos escapar a la repugnancia y al doloroso aburrimiento! ...

- Mas, hija mía- objetaba la genitora complaciente -, no debemos adoptar opiniones tan extremistas. No es el planeta inútil y malo. ¿No será justo interpretar nuestra existencia terrenal como etapa de preparación educativa? Siempre he notado que cualquier trabajo, siempre que sea honesto, es un título de gloria para la criatura...

Todavía, antes que la viejecita completase los conceptos, volvía a objetar la hija intempestivamente, olvidando las amables observaciones de Eliezer:

- ¡Nada de eso! La señora, mamá, cristalizada como se encuentra, entre platos y cacerolas, no me podrá comprender. Sus observaciones resultan de la cruel rutina, que se esfuerza por no romper. Este mundo es una cárcel sombría, donde todo es miseria angustiosa y creo mismo que el mayor esfuerzo, por extinguir sufrimientos, sería igual al de alguien que desease apagar un volcán con algunas gotas de agua. Todo es inútil. Estoy convencida de que la Tierra fue creada para triste destino. Solo la muerte física puede restituirnos la libertad. Transportándonos a esferas dichosas, donde conoceremos un sin fin de paraísos iluminados.

La señora Montalva contemplaba a la hija, lamentando su actitud mental, y, estrangulando los móviles, por no perder tiempo, respondía tranquila terminando la conversación:

- Prefiero creer, hija mía, que tanto la vela de sebo, como la estrella luminosa, representan dádivas de Dios a las criaturas. ¿Y, si no sabemos valorizar aun la vela pequeñina que está en este mundo, como nos atreveremos a invadir la grandeza de los astros?

Y antes que la moza volviese a nuevas consideraciones, la bondosa genitora corría a la cocina a cuidar, de la comida.

Cualquier tentativa, que tendiese a esclarecer a la joven, redundaba infructífera. Solicitaciones enérgicas de los padres, pareceres criteriosos de los amigos, advertencias del plano espiritual, eran relegadas a completo olvido.

Fervorosa admiradora de la vida y obras de Teresa de Jesús, la notable religiosa de España del siglo XVI, Cecilia le dirigía ardientes rogativas, idealizando a la misionaria del Carmelo en un jardín de delicias, diariamente visitada por Jesús y sus ángeles. No quería saber si la gran mística trabajaba, ignoraba sus privaciones y sufrimientos, para solo recordarla en genuflexión al pie de los altares. Su pereza mental se acentuaba, vivía en segregación, lejos de todo y de todos.

Esta actitud influyó fuertemente en su físico, y mucho antes de treinta años Cecilia regresó al plano espiritual, absolutamente envuelta en la atmósfera de ilusiones. Por esta misma razón, dolorosa fueron las sorpresas de la vida real.

Despertó más allá de la tumba, sin abrigar un alma. Después de largos días solitarios y tristes, al caminar sin rumbo fijo, encontró una colonia espiritual, donde, sin embargo, no había criaturas en la ociosidad. Todos trabajaban afanosamente. Ella pidió, temerosa, que la admitieran a la presencia del respectivo director. Un anciano generoso la recibió, en un recinto espacioso. Observando, sin embargo, la actitudes lánguidas, el amoroso anciano dijo:

- Hija mía, hoy no puedo pasar mucho tiempo contigo, así que espero manifieste sus propósitos sin demora.

Aturdida por lo que escuchó, expuso sus penas y desilusiones con lágrimas amargas.

Supuso que después de la muerte del cuerpo no habría trabajo. Estaba confundida en angustioso abatimiento.

El anciano benévolo sonrió y agregó:

- Esas fantasías son neblinas en el cielo de los pensamientos. Olvídalos, amable niña. No se canse en referencias personales.

Y entre mostrando preocupación de servicio, concluía:

- Porque hoy no tenemos descanso, quisiera me dijese en que puedo ser útil.

Decepcionada, le recordó a la joven la amabilidad de Eliezer y le explicó su deseo de conocerla.

El anciano pensó por unos instantes y aclaró:

- No dispongo de auxiliares que puedan ayudarla, más puedo orientarla en cuanto a la dirección que precisa tomar.

Colocada en el camino, Cecilia Montalva se vio perseguida de elementos inferiores; figuras

Repugnantes se le presentaban en el camino, preguntando por las regiones de reposo. Después de emociones amargas, llegó a antigua residencia, donde los familiares no percibieran la nueva forma. Iba a retirarse en llanto, cuando vio alguien salir de la cocina en un halo de luz. Era la generosa Eliezer que se dirigió a ella con una sonrisa afectuosa. Cecilia cayó en sus brazos fraternos y se quejó, entre lágrimas:

- Ah! mi venerable amiga, estoy abandonada de todos. ¡Compadeceos de mí!... Guiadme, por caridad, a los caminos de la paz!...

-Cálmate- murmuró el benefactor plácido gentil -, hoy estoy bastante ocupada; entretanto, te aconsejo orar fervorosamente, renovando resoluciones.

- ¿Ocupado? - ¿Respondió la joven, desesperada - no sois instructor en la revelación espiritual?

- Si, si, día a día colaboro en el servicio de las verdades divinas, pero tengo otras responsabilidades a cumplir.

- ¿Y que tendrás hoy, en un carácter tan imperativo, abandonándome también de esta forma como los otros?

- interrogó la recién-desencarnada revelando profunda rebeldía.

- Debo auxiliar a tu madrecita en los encargos domésticos - adjunto Eliezer blandamente -, luego además tengo servicio junto a nuestros hermanos. ¿No te acuerdas del pintor de la esquina próxima?

Preciso contribuir en el tratamiento de la hija, que se hirió en el trabajo, anoche, por exceso de fatiga en el sostén de la familia.

¿Te acuerdas de nuestro Nutricio, el albañil? El pobre se cayó hoy de gran altura, se lastimó mucho y me espera en el hospital.

La persona que llamó se sintió avergonzada. Solo ahora se reconoció a sí misma como una víctima de sí misma.

- ¿No podrías ubicarme aquí, ayudando a mamá? Preguntó suplicante.

- Es imposible, por en cuanto - esclareció el amigo solícito -, solo podemos cooperar con éxito en el trabajo para cuya ejecución nos preparamos debidamente. La preocupación de huir los plumeros y las cazuelas te tornaron inepta para el concurso eficiente. Has tenido más de veinticinco años terrestres, en esta casa, e insististe en no comprender la laboriosa tarea de la madre.

No es posible que te habilites a bracear con ella en el trabajo, de un instante para otro.

La joven comprendió el alcance de la observación y lloró amargamente. Eliezer la abrazó, con ternura fraternal, y habló:

- Procura el confort de la oración. ¿No eras tan amiga de Teresa? ¿La olvidaste? Esa gran servidora de Jesús tiene a su cargo numerosas tareas. . Si puede, no te dejará sin la luz para el servicio.

Cecilia oyó el consejo y oró como nunca había hecho. Lágrimas calientes le lavaban el rostro entristecido. Incoercible fuerza de atracción la requisito a inmenso núcleo de actividad espiritual, región esa, sin embargo, que consiguió atender solamente después de dificultades y obstáculos oriundos de la influenciación de seres inferiores, identificados con las sombras que le envolvían el corazón.

En lugar de maravillosos encantos naturales, la ex-religiosa de España la recibió generosamente. Ante las angustiosas conmociones que paralizaban la voz de la recién-llegada, la servidora de Cristo esclareció amorosamente:

- Nuestras oficinas de trabajo están hoy grandemente sobrecargadas de compromisos; mas tus oraciones me tocaron el corazón. Conforme ves, Cecilia, después de abandonar la oportunidad de realización divina, que el mundo te ofrecía, solo en contraste, sin deberes, a las criaturas infernales. Donde haya noción del Bien y de la Verdad, hay inmensas tareas a realizar.

Viendo que la joven sollozaba, continuó:

- Estás cansada y abatida, sin embargo los que trabajan en el bien se envuelven en el manto generoso de la paz, aun mismo en las esferas más rudas del globo terrestre. Pides medicamento para tus males y recurso contra tentaciones; no en tanto, para ambos casos yo solamente podría aconsejar el remedio del trabajo. No aquel que apenas sepa recetar obligaciones para el otro, o que objetive remuneraciones y ventajas aisladas; más si el trabajo sentido y vivido dentro de ti mismo.

Este es el guía en el descubrimiento de nuestras posibilidades divinas, en el proceso evolutivo del perfeccionamiento universal. En él, Cecilia, el alma edifica la propia casa, crea valores para la ascensión sublime. Anduviste engañada en el mundo cuando juzgabas que el servicio fuese obligación exclusiva de los hombres.

El rs apanágio de todas las criaturas, terrestres y celestes. La verdadera fe no te podría enseñar tal fantasía. Siempre te oí las oraciones; sin embargo, nunca abriste el espíritu a mis respuestas fraternales. Nadie vive aquí en una bienaventuranza descuidada, cuando tantas almas heroicas sufren y luchan noblemente en la Tierra.

Mientras se detenía la voz de la bondadosa sierva del Evangelio, Cecilia juntó las manos para orar:

- ¡Amado benefactor, concédeme un lugar entre los que cooperan contigo! ...

Teresa, sinceramente conmovida, aclaró amablemente:

- Los cuadros de mis servicios están completos, mas tengo una oportunidad para ofrecerte.

Necesitan mi atención en un viejo asilo de locos, en España.

¿Deseas ayudarme allí?

Cecilia no cabía en sí de gratitud y júbilo.

Y, en aquel mismo día, volvía a la Tierra con obligaciones espirituales, convencida de que, auxiliando a los desequilibrados, había de encontrar el propio equilibrio.

LA MOLÉSTIA SALVADORA

Antonino Tinoco había regresado de la reunión habitual; sin embargo, las amorosas y sabias palabras de amigos espirituales no aliviaron su corazón atormentado, como sucedía en otras ocasiones. Entidades generosas le hablaban íntimamente, de la belleza de la conciencia pura, exaltando la felicidad en el deber cumplido, y sin embargo, ahora parecía incapaz de comprender.

Esa figura de mujer ocupaba su mente, como si fuera una obsesión enfermiza. ¿No le había dado Dios un hogar honesto, el afecto

amoroso de su pareja e hijos? ¿Qué le faltaba a su corazón? Ahora, se sentía casi sin fuerzas. La había conocido en una fiesta íntima y elegante. Recordó claramente el momento en que se saludaron por primera vez. No tenía la intención de bailar, pero alguien había insistido y le había presentado a Gildete. Comprendió su temperamento original de inmediato. Charlaron con franca simpatía, envueltos en sonidos musicales, dentro de la hermosa noche, bajo los árboles tranquilos y sacudidos por el viento descuidado.

La historia de Gildete lo había conmovido y los días enlazaron a ambos cada vez más, en repetidos encuentros.

Las explicaciones, advertencias y consejos de su parte no valieron la pena. La joven lo había abandonado obstinadamente, enredándolo en una maravillosa red de seducciones. Le había contado un complicado romance de su vida, que Antonino aceptó con la buena fe que caracterizaba su espíritu fraterno. Gildete, sin embargo, vino de más lejos. Espíritu envenenado por ineludibles aventuras, asumió en Tinoco otra presa fácil.

Al principio, se reunían dos veces por semana, como buenos amigos que se identificaban plenamente entre sí; pero la excesiva bondad lo había bebido, poco a poco, y no se sorprendió cuando empezaron a hablar de atracción, deseos, amor. A partir de esa noche, se había vuelto más asiduo e interesado.

De vez en cuando, la conciencia le advertía en los recovecos del ser. ¿Sería creíble que, integrado en el conocimiento de las sublimes revelaciones espirituales, se entregara a aventuras condenables, cuando había hecho sagrados compromisos familiares? A veces se acentuaba su impulso de resistencia, besaba ardientemente a sus hijos, vitoreaba a su esposa, renovando los manjares cariñosos; de repente, sin embargo, se acordaba de la otra y, como un animalito magnetizado, inventaba excusas para ausentarse.

Gildete lo había obsesionado. Cada noche le leía nuevas páginas de ternura, que afirmaba que fueron escritas solo para él, en la soledad de su corazón. Le dirigió miradas suplicantes, llorosas, tímidas, infantiles, que Tinoco interpretó como caricias del primer y único amor. Trató en vano de referirse a la dedicación platónica que era su responsabilidad, a los compromisos sagrados que lo

ataban. La sirena siempre destacó nuevas posibilidades y descubrió diferentes formas de satisfacer los deseos criminales. Antonino escuchó sus súplicas, bajo fuertes emociones, devorando con avidez los cigarrillos. En determinadas ocasiones, casi se había rendido. Pero en el preciso momento, cuando la peligrosa criatura se creía triunfante en la batalla oculta, algo le sucedió al espíritu bien intencionado, impidiendo la rendición total. Eran vagos recuerdos de sus amados hijos, recuerdos de los gestos amorosos de su pareja; en otras ocasiones, parecía volver a escuchar las conferencias evangélicas de las reuniones espiritistas a las que solía asistir periódicamente. Gildete estaba exasperada, sintiéndose resentida por la vanidad herida.

Había pasado más de un año, en el que Antonino había perdido la energía y la tranquilidad. Había perdido peso. Nunca más se volvió a ver la mirada serena de otros tiempos. Él mismo no supo explicar la causa de su resistencia moral, ante la complicada e indefinida situación.

Porque el desinteresado Ornar, un viejo compañero de vidas pasadas, lo siguió espiritualmente durante muchos siglos y permaneció alerta. La tiranía de la mujer inconsciente fue dominada por una influencia superior. Si Gildete emitía conceptos que tendían a desintegrar el carácter de Antonino, le ofrecía pensamientos nobles ornamentados. La imaginación del niño se había convertido en un campo de lucha poco profundo.

Esa noche, sin embargo, Tinoco estaba más débil. Le resultaba casi imposible resistirse por más tiempo.

En balde se acercó el benefactor trayendo ayuda. Con el cerebro escaldado, Antonino reflexionaba: ¿no veía tantos amigos, aparentemente respetables, que sustentaban los episodios afectivos fuera de casa? Poseyendo recursos financieros para cumplir con sus obligaciones, ¿cómo dejar a Gildete en abandono? Después de todo, ¿no sería generoso apoyar a una criatura sin apoyo y sin familia? Nuestro Antonino se acercó a la capitulación total.

Preocupado, nervioso, esperaba el día siguiente y, por la noche, buscaba ansioso a la peligrosa diva.

Tras las habituales trivialidades, entraron en el terreno de las consideraciones afectivas. Gildete le parecía más seductora que nunca.

"El deber es una cruz pesada", suspiró el con amargura.

"Pero no se trata de evadir el deber", trató de aclarar sutilmente, "lejos de mí la idea de comprometer tu nombre, arruinar tu paz doméstica". ¿No crees, sin embargo, que yo también tengo derecho a la vida? Soy el hambriento atormentado, junto al granero rico en afecto. Tus escrúpulos son naturales y respetables y yo soy el primero en alabar la nobleza de tu proceder; sin embargo, no puedes ignorar mi condición de mendigo llamando a la puerta. ¿Cuánto tiempo llevo rogando por las migajas de amor que me sobraron en casa? Cuando te encontré, asumí que acompañabas la vida y los pensamientos. Nuestra primera noche de baile me pareció la entrada a paraísos maravillosos. Me quedé con la impresión de que tu voz venía de lejos, del delicioso país del sueño... Entonces, Antonino, supe de tu vida. Estabas apegado a otra, eras padre de niños pequeños que no son míos. La realidad me llenó de sombras y, a pesar de la mala suerte, nunca me desanimé. Te amo con un fervor siempre nuevo, esperándote ansiosamente.

Y como el niño mantenía sus manos entre las suyas, revelando afecto, Gildete tenía los ojos húmedos, brillando en la luz cariñosa y discreta, y continuó:

- No te exijo que sacrifiques tus deberes, no deseo convertirme en un marido aborrecido, pero te pido la migaja de cariño, algo que alivie los inmensos lamentos de mi angustiada soledad...

En ese momento, rompió en un llanto convulsivo, que Tinoco estaba tratando de detener cariñosamente. Abrazándola, emocionado, renovó las protestas amorosas y prometió todo, decidido a todas las consecuencias:

- No llores así; debes saber que vives conmigo en todas partes, en el corazón y en el pensamiento. ¡Escucha, Gildete! Mañana iremos a Metrópolis, organizaremos nuestras vidas. No puedo despreciar a

la familia, pero me quedaré con el hogar y el nido, la madre de mis hijos y la compañera ideal.

La pérfida criatura desplegó gestos de inmensa felicidad.

Después de votos felices, muchas veces renovados, se separaron con la promesa de una unión definitiva para el día siguiente.

Esa noche, sin embargo, mientras Tinoco se esforzaba por conciliar el sueño, absorto en proyectos de voluptuosa exaltación, Omar, afligido, trajo a un noble amigo de la Espiritualidad, más experimentado que él, para expresar su opinión sobre la difícil situación.

Anacleto, el venerable guía, examinó atentamente a Antonino, sacudió la cabeza y aclaró:

- Toda la zona mental está invadida por larvas venenosas. Las zonas de receptividad permanecen cerradas a una influencia superior. Tu protegido está absolutamente hipnotizado por la mujer que creó el lazo de miel.

Asombrado, poniéndose amargamente triste Anacleto explico:

Solo hay una forma de salvarlo.

- ¿Cual? Preguntó el generoso amigo.

- Enfermedad grave y prolongada, algo que, sacudiéndolo en lo más recóndito de su personalidad, lo drena del terrible contenido psíquico.

Intercambiaron ideas durante unos minutos, y cuando Anacleto regresó a la esfera superior, se pudo ver a Omar en intensa agitación.

Temprano en la mañana, Tinoco se despertó de un breve sueño y experimentó un dolor agudo. Se levantó, pero los calambres y los vómitos incontrolables lo obligaron a volver a acostarse.

La desinteresada esposa, tras movilizar los posibles recursos, telefoneó inquieta al médico de la casa. El facultativo respondió con prontitud. Después de un examen minucioso, le recetó baños

calientes e inyecciones de solución salina intravenosa. Al despedirse, habló con el señor Tinoco en forma confidencial:

- El caso es muy grave. Tengo la impresión perfecta de morbus cólera. La debilidad, las náuseas, los vómitos y las contracciones son sintomáticos. Volveré más tarde a recoger los elementos necesarios para el examen bacteriológico.

El día estaba apenas despejado y Antonino ya mostraba una viveza cadavérica.

El día transcurrió en medio de ansiedades ansiosas. Por la noche apareció Gildete, acompañado de amigos, para una visita aparentemente sin sentido. Al acercarse a la cama, no ocultó su profunda sorpresa al ver a Antonino pálido, jadeante, con dolorosos calambres.

A pesar de la investigación de laboratorio y la renovación del tratamiento, Tinoco empeoraba día a día.

Caliente y lloroso, en la fase culminante del sufrimiento, suplicó la presencia de la querida madre, que había fallecido dos años antes. Evocado con vehemencia, el Espíritu maternal no se demoró. Reconociendo sus rudas dolencias, la venerable anciana lo abrazó rezando. En ese momento, Omar se acercó y le habló entre enérgico y compasivo:

- Hermana mía, no le pidas a Dios medidas favorables a la salud de tu hijo.

- ¡Oh! generoso amigo - objetó emocionada - ¿no soy una madre cariñosa? ¿Cómo podría ver a mi hijo atormentado, sin suplicarle a Dios que restableciera el equilibrio necesario para la vida?

- Sí, fuiste su madre durante treinta y cinco años, pero yo he estado en servicio activo por la salud espiritual de Antonino durante más de quince siglos. La enfermedad no le abandonará hasta que se cancelen los peligros. Mientras haya condensación de vapores, la nube no desaparece del cielo.

De hecho, solo después de once meses regresó Tinoco del consultorio, luciendo radiante fisonomía, junto a su amada esposa. El médico le había dicho, abrazándolo:

- Debería estar orgulloso del organismo que posee.

Al principio, me alarmaron los síntomas del cólera; sin embargo, aunque descubrí su forma benigna, hubo tantas complicaciones que dudé de su resistencia. De hecho, la naturaleza le ha dotado de vigorosas reservas.

Tinoco, restaurado, no supo agradecer a Dios por la bendición de la armonía orgánica, y cuando luego preguntó por Gildete, se enteró de que la peligrosa mujer residía en Madureira, vinculada a otro hombre. Sólo entonces se dio cuenta de que, si el amor es capaz de todos los sacrificios, el deseo tiende a extinguirse al primer signo de fracaso orgánico, o de juventud evanescente.

EL REMEDIO PARA LA PEREZA

Tan pronto como Januário Pedroso encontró la escapatoria deseada, entabló relaciones prestigiosas, multiplicó compromisos, movilizó a su familia y se unió al servicio público, disfrutando de un título respetable. En la gran transformación ministerial que le había brindado la oportunidad, los deberes técnicos eran interesantes, interesantes para la vasta región del país, donde era responsable de guiar el trabajo del ganado y los agricultores. Sin embargo, al verse revestido de autoridad y leyendo su nombre en las tablas de pagos del periódico oficial, volvió a la inercia de otros tiempos, de los que saldría tan solo conjugando el verbo pedir.

Pedroso no era un mal compañero, pero en términos de servicio, era de una negación absoluta. Firmaba el libro de tiempo regularmente, se sentaba en su escritorio rodeado de documentos y carpetas voluminosas; sin embargo, si el superior jerárquico tardaba en aparecer, se erguía lentamente, con las manos en los bolsillos, y buscaría al primer colega disponible para conversaciones ociosas. Visitaba las diversas secciones de servicio, criticaba a los que trabajaban, distribuía anécdotas insípidas y, cuando el jefe se instalaba en la oficina, volvió a ocupar su lugar, con las manos ocupadas y el cerebro vacío.

- Januário, ¿puedes decirme qué está pasando con el proceso de construcción del Parque Avícola?- Preguntó el director, preocupado.

- ¿Esos papeles que me entregó el mes pasado para guardar?

- respondió el empleado lentamente, en una larga frase, complicando el asunto en lugar de explicarlo.

- Sí, sí, pero no te los di para archivar, y si para informar.

Pedroso olfateó ruidosamente, movió su mano pesada sobre la pila de documentos, extendió su mirada perezosa y, mucho más tarde, en el segundo turno, se acercó al jefe y le explicó:

- Aquí está el proceso; Sin embargo, necesita ser sellado.

El director lo miró entre la pena y la impaciencia, y dijo:

- Pedroso, no ignoro la falta de los sellos y creo que cuando le confié el trabajo, me refería a la providencia.

- Sí señor.

Con estas dos palabras, regresó a la mesa y los papeles continuaban esperando una solución.

Al día siguiente, estando los dos solos, el director volvió a hablarle con benevolencia:

- Tú, Januário, necesitas despertar en la profesión elegida. Es joven, inteligente, culto; sin embargo, carece de iniciativa y diligencia.

¿No se conmueve por ventura, con la perspectiva de servicios que nos requieren esfuerzo?

Anímese, movilice energías. Continúe con los procesos, intente interesarse por el trabajo activo. Debes entender que no estamos aquí para cruzar los brazos o dejar que las circunstancias nos gobiernen.

El niño bajó la cabeza y respondió:

- Sí señor.

Ante el silencio y la falsa humildad, el director concluyó amablemente:

- Pues bien; vamos entonces a pensar y trabajar. Tráigame la lista de grupos de ganado en el norte.

Pronto, Pedroso llegó a decir que la relación estaba incompleta.

Cuando oía las advertencias directas del superior, el empleado se mostraba tímido, pero estaba lleno de consideraciones tendientes a la rebelión. ¿Que era el servicio público, en su opinión, si no el lugar de menor esfuerzo? Estaba garantizado por el decreto de nombramiento. No podía ser despedido sin un proceso administrativo ruidoso y, por esa razón, recibió advertencias de los líderes sin mucha preocupación.

Enérgicamente comprometido con su deber, se inclinó cuidadosamente y continuó con sus viejos hábitos.

Comprendiendo la dificultad, el superior decidió observar sus posibilidades de otra manera y lo envió a la zona Norte, dándole responsabilidades honorables en la promoción de la producción agrícola y ganadera.

Pedroso tardó más de un año sin dar noticias de sus actividades.

Impresionado, el jefe lo llamó a la sede de los trabajos.

- Entonces, Januário? cuéntanos algo ¿Qué has hecho en este año de nuevas tareas? Preguntó de buen humor.

- No se pudo lograr nada - respondió el empleado perezoso - la región está muy seca.

El paciente jefe sonrió y explicó:

- Luego cambiará de zona: lo designaré para los servicios en el Sur.

Y así fue. Sin embargo, después de un año, el subordinado regresó, informándole que el Sur no le había ofrecido elementos adecuados.

El tolerante jefe exclamó, anticipándose a las justificaciones:

- Entiendo. Si ha encontrado tanta sequía en el norte, se ha sorprendido por el exceso de agua en el sur; sin embargo, podré cambiar tu ruta. Ahora irá al oeste.

El funcionario obedeció, pero después de ocho meses regresó declarando que Occidente no era más que bosques salvajes.

Nueva designación para el Este. Sin embargo, después de dos años en los que Pedroso solo envió una notificación telegráfica del tiempo, con el propósito del pago mensual, regresó a la sede, alegando que no había podido hacer nada, debido a la extensa

limpieza y al espíritu ruralista de la región, refractario a los métodos modernos de agricultura y cría de animales.

El superior lo miró consternado y asintió con resignación:

- Quédate aquí mismo...

El subordinado no deseaba otra cosa, y la vieja vida continuó entre los procesos para ser despachados y las obligaciones que deben cumplirse. El director concluyó que Pedroso era insensible a los consejos y aclaraciones, y, resignado, comenzó a considerarlo un mal irreparable en la repartición confiada a su custodia.

El tiempo pasó y Januário siempre permaneció en el mismo lugar. Si le preguntaran sobre las preferencias en la vida, tal vez respondería que, sobre todo, disfrutaba comiendo y durmiendo.

La muerte del cuerpo fue encontrarla en esta actitud de inercia incomprensible. Lanzado, entonces, en una verdadera tormenta de necesidades espirituales, en vano buscó aclaraciones en las ruedas de servicio, donde permanecían viejos compañeros.

La forma en que el idiota se despertaba de repente, ignorando el camino real para comprenderse a sí mismo, quería explicaciones y consejos. Ahora, sin embargo, los amigos de la Tierra no notaron su presencia y estaban demasiado ocupados para recordarlo con intercesiones espontáneas. En balde llamó, suplicó, insistió y pasó algunos años en dolorosa ansiedad.

Solo mucho más tarde, atrapado en la desesperación, por entidades caritativas, fue llevado ante un antiguo consejero espiritual en una posición para brindarle ayuda eficiente. Frente al generoso trabajador de la espiritualidad, se quejó en voz alta, expresando sus heridas internas.

- No es necesario exponer explicaciones tan detalladas --exclamó el sabio mentor--, ¿no es así Januário Pedroso, antiguo servidor de tareas rurales en el Planeta?

- ¿Bien y que? ¿Me conocen aquí? – preguntó boquiabierto.

"Lo había estado esperando durante mucho tiempo", dijo el benefactor, "y puedes creer que me tomó un tiempo en el camino, porque todavía quería apoyarme en mis amigos encarnados, incluso después de la transición de la muerte".

Januário enumeró las dificultades, con abundantes lágrimas. Se sintió infeliz, sin la dedicación de nadie. Ansiosamente imploró la renovación de la experiencia terrenal. Quería trabajar, ahora entendía el valor del espíritu de servicio. El instructor, sin embargo, después de escucharlo, tolerantemente, silenciosamente aclaró:

- Según sus notas, en mi poder, no hay razón para tantas lágrimas, sino notas que invitan a reflexiones muy serias de su parte. Su estancia en el mundo no fue más que una larga serie de descansos, siestas, vacaciones. Los sillones y las camas explican la historia de su última encarnación.

Atormentado, el ex empleado objetó:

Pero trabajé en el servicio público.

- Esta circunstancia empeora la situación. Si hubiera herido a alguien, en la esfera privada, la intercesión y la tolerancia facilitarían la solución de sus problemas; sin embargo, está obligado a rendir cuentas a la comunidad, destacando a toda una clase, en la que su vida pesaba como un parásito indeseable.

- Sin embargo, ¿no puedo regresar a la Tierra para rectificar mis errores? ¿Es creíble que si las puertas de renovación se cierran cerca de mí?

- Sí, tus lágrimas de arrepentimiento son dolorosas y sinceras. No te quedarás sin recursos.

- Ah! ¡Gracias a Dios! Dijo el miserable. - Volveré al mundo, regresaré a mi oficina, ¡ahora entenderé a mis compañeros! ...

"Ese no es el caso", explicó el mentor con calma, "en la Tierra la contraseña sigue siendo:" contra la pereza, la diligencia ". Ahora, sin embargo, no estamos en la esfera del Globo. Estás enfermo y necesitas medicamentos. La contraseña debe ser diferente ...

- ¿Me gusta? Preguntó el hombre infeliz, aterrorizado.

El magnánimo supervisor le dirigió una mirada significativa y le preguntó:

- ¿Qué indicaste como sirviente de campo cuando el fuego invadió el pasto?

Pedroso, aunque intrigado, respondió:

- Aconsejé contra el fuego.

El generoso amigo hizo un gesto de amabilidad tranquila y aclaró:

- Tengo que comenzar con el mismo principio. La ociosidad invadió tu vida. Contra su pereza debo prescribir inmovilidad. Para que aprendas a apreciar el trabajo y crear el sublime deseo de moverte por el mundo, renacerás paralítico.

23 – LA SOLUCIÓN CARITATIVA

Raros amigos serían capaces de comprender la situación de Joaquim Finisterre, hombre de los más pacientes y conformista del mundo. Padre de siete hijos, rapaces y mozas holgazanes, Finisterre no encontraba apoyo moral ni auxilio material en ninguno de ellos.

Con la ropa gastada de todos los días, engrasando sus zapatos él mismo, nunca se le notaba cambio en la actitud serena y resignada.

Recibía un salario mensual de mil quinientos cruzeiros, en funciones administrativas en la oficina de una importante empresa, y el salario se evaporaba en casa, como pólvora arrojada al fuego.

Si no fuera por los consuelos del espiritismo cristiano, tal vez nuestro hombre no podría resistir. Su familia nunca había aceptado voluntariamente las tendencias espiritistas. Entre ella y él había singular abismo de incomprensión. No es que Finisterre fuese insensible o indiferente. No. El anciano rebosaba de renuncia y dedicación a todos; se deshacía en el cariño paterno; sin embargo, de carácter noble y sincero, no podía aprobar la falta de reflexión de sus hijos en la vida social.

Ninguno estaba dispuesto a trabajar enfrentando responsabilidades y compromisos. Ellos pasaban los días en la cama, pálidos y agotados, pero por la noche, invariablemente lucían trajes de última hora, asistiendo a las fiestas elegantes,

casinos y lugares chic. A altas horas en la madrugada regresaban borrachos o muy cansados.

En un principio, Finisterre hizo todo en su loable intención por remediar la situación, buscando imponerse con ternura y autoridad; sin embargo, su esposa, doña Mariana, comprometía ese trabajo con cara de madre ignorante, aunque profundamente cariñosa.

Si el padre invitaba a los niños a escuchar sus consejos, la mujer aparecía frente a él, gritando nerviosamente:

- ¡Cállate Joaquim! ¿No te da vergüenza regañar así a nuestros hijos? ¿Qué hicieron los niños? ¿Toda esta tormenta, por qué no regresaron ayer más temprano? ¿Y si yo quisiera contar cuánto he sufrido en este mundo por tu culpa?

- Bueno, Mariana - dijo con calma - yo soy padre y no quisiera ser un verdugo de los niños. Les hablo por amor, tratando de integrarlos en la esfera de los hombres de bien.

La Señora. Finisterre, sin embargo antes de que su esposo extendiera su punto de vista, cortaba con furia:

- Ya se. Los buenos hombres, en su concepto, son burros de carga que soportan la carga con el fardo ajeno.

Mis hijos no tendrán ese destino. ¡Que vivas en la esclavitud del trabajo, vamos!

Somos viejos e inútiles. Los niños, sin embargo, no nacieron cautivos. Ellos vivirán como quieran, y para eso tengo mis brazos fuertes, por si te niegas a darles el pan de cada día.

Las dos chicas la abrazaron triunfalmente, los chicos sonrieron victoriosos.

Joaquim fijó la escena doméstica, con los ojos húmedos, y comprendió la inutilidad de cualquier discusión. Dilatar el roce sería tomar el vagón del escándalo y, por eso, se recogía en el dormitorio, manipulando libros viejos o renovando la petición a Dios de ayuda espiritual.

Al comienzo de cada mes, llovían enormes facturas en casa. Tiendas y almacenes presentaban débitos casi fantásticos.

Recibía Finisterre el salario y lo entregaba puntualmente a su mujer. Frecuentemente, con todo, Doña Mariana reclamaba:

- Joaquim, con estos pobres recursos terminaremos en las casas de oración. ¿Por qué no te mueves?

¿Muévete? Debemos afrontar el futuro. Parece increíble que un jefe de oficina gane esta miseria. Busque al director general, explíquele nuestra situación, de lo contrario asumiré yo misma la responsabilidad de esta iniciativa. Este mes no llegó el dinero para satisfacer las necesidades más urgentes.

Preciso novecientos cruzeiros más.

- No tengo - explicaba el marido sacrificado.

-Pide un nuevo préstamo. Debo pagar antes del domingo los vestidos de Helena y Libertina.

Finisterre, movilizandando los sentimientos más justos, ponderaba receloso:

- No tengo duda en pedir nueva cuantía a mi procurador; ¿más tú no crees razonable que las niñas se coloquen dignamente? Hay concursos valiosos para los ministerios públicos y, aunque ellas no alcanzasen remuneraciones compensadoras, ganarían algo para auxiliarme en el elevado padrón de vida que enfrentamos actualmente.

La palabra de Joaquim, de inflexión cariñosa que la caracterizaba, era de esclarecer al corazón más inculto; no en tanto, la compañera replicaba colérica:

- ¿Nuestras hijas en servicio? ¡Nunca! Siempre fuiste un padre despreocupado e indiferente. ¿Cómo se verían las pobrecitas cara a las exigencias des cabidas del servicio público? ¿Olvidas que el padre es responsable por el sustento de los hijos?

- No es eso- explicaba Finisterre calmadamente -,se trata de providencia lógica en el mecanismo doméstico. ¿En la juventud no trabajamos por auxiliar a los padres devotados y generosos? ¿En que nos tornamos menos dignos? El trabajo dignifica siempre, aproximándonos a Dios.

Doña Mariana le lanzaba una mirada de feroz egoísmo y remataba:

- Esas teorías son tuyas, reflejo de tú Espiritismo inconsecuente. No reduciré a mis hijos a la condición de animales de carga.

Los argumentos del esposo se tornaban inútiles. La compañera comentaba el asunto, descaradamente, con los niños. La semana que Finisterre habló de trabajo, llovieron dictaduras, burlas, y durísimos e ingratos comentarios.

El tiempo no remedió la situación, pero agravó los problemas. Los chicos se convirtieron más vagos, las mujeres jóvenes más ociosas. Cuando tenía sesenta y cinco años, estaba Joaquim tan encorvado, tan gris que parecía tener más de un siglo.

Fue en ese momento cuando el negocio familiar se volvió extremadamente complicado. Lanzado al juego de mala suerte, los muchachos consumieron sumas considerables, drenadas del bolsillo paterno por la falsa ternura materna. Completamente bloqueado de grandes deudas, Finisterre no pudo recurrir a nuevos préstamos para satisfacer los caprichos de la esposa y los hijos. Se multiplicaron las amargas fricciones, discusiones y amargas quejas.

Cuando la tormenta doméstica alcanzó su clímax, con la insolencia de los recolectores

exigente y atrevidos, en la puerta, doña Mariana se refugió en la oración, en la noche en que

parecía más cruel.

- ¡Oh! Dios mío - gritó la infeliz - ¿por qué nos olvidaste en tu infinita bondad?

Y, una madre cegada por su propio egoísmo, continuó:

- Mis hijos sufren injusticias, son heridos por el destino humillante. ¡Escucha mis suplicas!

¡Ayúdame a levantar l energías de mi desventurado esposo, vencido y desanimado en este mundo! Inspirad a sus jefes que le aumenten el sueldo miserable!... Estoy cansada de exigencias, Señor! Dignaos ayudarme el corazón afligido de madre, no me abandonéis!

Tened piedad de mis hijos, de mis pobres hijitos!...

Embargada de lágrimas, sollozo bajito, terriblemente desalentada. No vio, sin embargo, la forma luminosa que la abrazó de leve, en señal de asistencia y cariño.

La oración de Doña Mariana fue oída.

Henrique, dedicado amigo de otras eras, que siempre intentaba auxiliarla inútilmente, después de ungirle el corazón de suaves esperanzas, reunió en esa noche las entidades generosas, cooperadoras asiduas a favor de la paz de los Finisterre, y explicó delicadamente:

- Mis hermanos, la súplica de nuestra amiga me conmovió profundamente. Precisamos auxiliarla de

Forma decisiva. Creo que la solución caritativa y justa será llamar a nuestro Joaquim a la vida espiritual. Roguemos al Señor el permiso de romper los lazos frágiles que lo retienen en las esferas del planeta. Al sacarlo del hogar, la esposa y los hijos abrirán las puertas de receptividad a la inspiración superior, curando su ceguera. Veo en esta medida la única providencia aconsejable.

Nadie estuvo en desacuerdo con la valiosa sugerencia y la amorosa asamblea, después de una sincera súplica, fue atendida con el propósito de liberar al viejo compañero.

De hecho, en cuatro días Joaquim Finisterre desencarnó repentinamente en un ataque de angina.

Solo en ese momento la familia reconoció quién era ese anciano encorvado, de fisonomía inalterable.

Doña Mariana lamentablemente lamentó la pérdida irreparable, sus hijos sollozaron de dolor.

Sin embargo, semanas después, vecinos y amigos notaron a la tiránica señora Finisterre expresándose con gestos nobles y humildes, por primera vez, y cuando recibió la prima del seguro dejado por Joaquim, cada hijo se encontraba en servicio honesto, consagrando el día al sudor del trabajo, y la noche al reposo de bendición familiar.

24 LA EXTRAÑA INDICACIÓN

La enfermedad de Acacio García desafiaba todos los métodos de cura. Andaba el rapaz desalentado, abatido. Se le notaba en el semblante dolorosa melancolía, que parecía irremediable. No obstante las convicciones espiritistas de la familia, la situación se agravaba día a día. Hijo de negociante rico, no había sufrido el aguijón de la necesidad para desenvolver ampliamente los recursos propios. Creció acumulado de mimos, sin la necesaria experiencia de la vida, y en esa circunstancia radicaba el agente principal de su desánimo.

En balde inventaban los genitores cariñosos viajes, paseos, diversiones.

Segregado voluntariamente en el cuarto, vivía el enfermo protestando contra el destino y maldiciendo el mundo entero. Todo le aburría el espíritu voluntarioso. En los días secos, prefería la humedad y, en las refecciones, reclamaba platos olvidados de la cocinera.

Tenía diez años cuando se manifestara la primera señal de la extraña enfermedad.

Acacio, entretanto, no revelaba lesión alguna. Examinado por varios médicos, de todos recibiera advertencias animadoras y los padres llegaban a reconocer que los facultativos prescribían medicación más por gentileza que por necesidad. Se referían algunos a depresiones nerviosas, otros a sífilis hereditaria. Y el enfermo continuaba cada vez peor, irritándose y casi intolerable. Cerraba las puertas con estruendo, golpeaba mesas a la menor contrariedad.

Preocupadísimos, los padres resolvieron tornar al tratamiento psíquico, procurando, esa vez, el viejo Rodríguez, que se notificara como adoctrinador eficiente, en conocidas reuniones espiritistas. Se inició la peregrinación diaria, difícil y penosa, por la noche, fue necesario sacar al paciente de la casa en automóvil. Acacio lloró, luchó, murmuró. Con gran esfuerzo, se sentó en la sala, escuchando, en silencio, conferencias evangélicas o disertaciones mediúmnicas.

En la primera semana, el genitor se dirigió al orientador de las sesiones y explicó:

- *Precisamos trabajar a favor de mi hijo. A mi ver, la enfermedad de Acacio resulta de tremenda obsesión.*

Y, pasando la mano por la frente en señal de cansancio, acrecentaba:

- *Hace diez años que luchamos desesperadamente. Médicos, remedios, pases mediúmnicos, distracciones, sin hablar de la fortuna que ese tratamiento constante me obliga a desprender. ¿No concuerda conmigo, en cuanto a la certeza de que estamos bajo el asedio terrible de entidades inferiores? Con la enfermedad del rapaz se nos fue la tranquilidad para siempre. Mi mujer no sabe a qué atender y yo, de mi parte, siento que se me agota la resistencia...*

El viejo Rodríguez, con la mirada conmovido, esbozo un gesto de paciencia, que le era característico, y remató:

- *El señor tiene razón. Someteré el asunto a nuestros protectores. Intensificaremos la debida asistencia y organizaremos sesiones prácticas, destinadas a la adoctrinación de los Espíritus perversos.*

Sin embargo, si el buen anciano empezó a observar un caso tan antiguo, la disposición no era nueva. García, desde el inicio de la enfermedad, solía pasar por grupos espiritistas de diversos matices doctrinarios. Sin embargo, ante la declaración de Rodríguez, se renovó la esperanza de los padres amorosos y amigos.

Acacio se alimentaba regularmente, dormía tranquilo, mas, llegada la mañana, surgían descontentamientos y arrufos. La aproximación de cualquier visita, se encerraba en el cuarto y, a la noche, se desencadenaba verdadera batalla para reconducirlo a la reunión habitual. De regreso a casa, presentaba siempre observaciones menos justas.

- *¿No escuchaste la conferencia sobre resistencia espiritual?- indagaba haciendo cara- todo aquello era conmigo; mas no soy ningún ignorante y se lo que significa fortaleza moral. Aquel viejo tonto nunca sufrió lo que yo he experimentado, en enfermedad y sinsabores. Tuve ímpetu de arrojarme en el rostro mis represalias, haciéndole comprender su verdadero lugar, entretanto...*

A genitora devotísima respondía, cariñosa:

- ¡Oh! hijo mío, las disertaciones del Sr. Rodríguez se destinan a todos nosotros. No observaste que el habla bajo viva inspiración del plano superior? No te entregues a exageraciones de sensibilidad.

- ¿Exageraciones? - Clamaba el enfermo, bajo fuerte exasperación - la señora no conoce la vida. ¿Cómo creer que un viejo tan imbécil sea inspirado por fuerzas divinas? No suponga tal cosa: Rodríguez es bastante astucioso para abstraerse de los intereses que le faltan en este mundo y entregarse a la contemplación del mundo invisible. Ciertamente conoce lo que representa el capítulo de los lucros y multiplica advertencias y escenarios. Sin embargo, soy muy cauteloso con los estafadores disfrazados de apóstoles.

- ¡Cayese hijo mío! ¡Usted no sabe lo que dice! - exclamaba el genitor en tono imperativo.

Y, haciendo una señal a la mujer, la obligó a retirarse discretamente, poniendo fin a la discusión.

En otras ocasiones, el rapaz interpelaba a la vieja madre, ásperamente:

- ¿Sabes la razón por la que papá dijo tanto de buenos modales durante el almuerzo?

Mientras la genitora se recobraba de la sorpresa, Acacio proseguía:

- ¡Aquello era conmigo, se refería a mí! ¿Acaso, me falta educación? Esto es indignación. Vivo enfermo, desanimado, y mi propio padre busca pretextos para acusarme de grosero. Hágale saber señora que, en cuanto mejore, desapareceré de casa, les daré sosiego a todos.

La pobre madre fijaba en él los ojos húmedos y esclarecía:

- ¿Por qué tamaña susceptibilidad, hijo mío? Tú padre es incapaz de hacerte acusaciones. Juvencio vive leyendo libros educativos. ¿No tiene derecho de comentar con nosotros las valiosas observaciones de esas lecturas?

El chico se enfurruñó, hizo una mueca y desapareció en la habitación, después de cerrar la puerta con fuerza.

Repitiendo el trabajo psíquico sin resultados positivos, Rodríguez, muy amable, aconsejó volviesen al médico.

El Sr. García, en el periódico el día anterior, había leído la noticia de que la ciudad había sido honrada con la visita de un notable psiquiatra. Se sintió esperanzado y decidió que su hijo fuera examinado por el famoso especialista. En su inercia habitual, Acacio no pudo escapar al deseo de su padre.

Entretanto, el médico, después de meticulosa auscultación y riguroso investigación, definió el caso en pocas palabras:

- Se trata de esquizofrenia...

El padre del enfermo, a pesar de cierta cultura, no estaba al día con la terminología científica y pidió explicaciones. El facultativo esclareció que aludiría la más difícil de las molestias nerviosas y mentales, refiriéndose largamente a patología de la locura y a la neurología, acrecentando, tras innumerables citaciones:

- Estamos presentemente, en Brasil, con la cifra apabullante de más de cien mil esquizofrénicos.

Se retiraron los Garcias llevando la receta llena de complicadas indicaciones, mas, prácticamente, sabían tanto como al penetrar en el hotel, el improvisado consultorio del famoso psiquiatra.

Nada valdrían medicamentos exóticos e inyecciones rarísimas.

Agravándose la situación de Acacio, la familia volvió al grupo doctrinario. Como siempre, el viejo Rodríguez permanecía en su puesto, atendiendo en la medida de las posibilidades justas.

El enfermo, sin embargo, salía de las reuniones más quejicoso que nunca. Maldecía disertaciones, rechazaba enseñanzas.

En una de las sesiones, todavía, le estaba reservada bella sorpresa. Cuando menos lo esperaban, surge un Espíritu amigo, que se dirige al enfermo en página conmovedora.

Se nombraba «Philopator». Después de aludir a los lazos que los unían, de un pasado remoto, proseguía:

-Acuérdate, Acacio, que recibiste oportunidad santa de trabajar en la Tierra en beneficio de ti mismo. Se hace indispensable no conceder tamaña importancia a las impresiones nerviosas. Levántate del torpor espiritual de tantos años. ¿No te cansaste aun de esa atmosfera de quejas, aislamiento y enfermedad? ¡Aprende a seguir el día, cada vez que el día resurja! La vida es un cántico de trabajo y creación incesantes. No te detengas en el túmulo de las preocupaciones inferiores. Busca la convivencia de los familiares, de los amigos, de los hermanos de lucha, y, sobretodo, no dejes la confianza en Dios fuera del corazón, recordando que permaneceremos contigo.

La sorpresa causo general satisfacción y, no en tanto, el enfermo, a pesar de ser profundamente tocado en su interior, se esforzaba por manifestar las viejas contradicciones.

En casa, Juvencio García, en la calidad de estudioso de la etimología, sintió la obligación de ofrecer alguna definición del mensajero, y acentuó:

- Debe tratarse de una entidad muy interesante.

Philopaths significa "amigo de la enfermedad" o "amigo de los enfermos".

Los Garcias andaban exultantes, más el temeroso Acacio repetía a cada momento:

- Es preciso ver para creer y yo solo podría aceptar ese mensaje si me encontrase con ese Espíritu.

Entretanto, las manifestaciones del mensajero continuaron en otras reuniones. El enfermo las recibía retrocediendo.

Transcurridos algunos meses, cuando la Sr. García exaltaba la enseñanza siempre nueva de las páginas recibidas del emisario solícito, el rapaz expresó:

- ¿Mas, porque Filopatos no da LA SOLUCIÓN necesaria para mi cura? Yo solo querría encontrarla, para exigir que lo hiciese, decía: si formula tantos consejos, porque no formula los remedios de que carezco hace más de once años?

Entretanto, para aumentar la sorpresa, en esa misma noche la entidad prometió que se encontrarían personalmente en la primera oportunidad, mientras duerme.

Y a pesar de su mala voluntad y pereza mental, Acacio García soñó, después de una semana, que estaba con su amigo, en una esfera de gran actividad y belleza. Ante el halo luminoso que rodeaba al benefactor, no supo explicar la inmensa alegría que lo inundó. El generoso Espíritu se aproximó sonriendo, le entregó un papel doblado y explicó:

- Aquí tienes la indicación necesaria para tú cura, mi querido Acacio. No la transmití por el médium, porque debía entregarla cuando nos encontrásemos solos, Lea y comprende!...

Sumamente emocionado, el rapaz desdobló el pequeñito documento y leyó maravillado:

“Indicación: - Diez horas de servicio activo por día. Muchas dificultades y poco dinero.

Nubes de preocupación y lluvias de sudor.”

“Modo de hacerse: - Entregarse al trabajo con buena voluntad a fin de encontrar el tesoro del espíritu de servicio. Encarar las dificultades como instructoras; aprender a alcanzar mucha espiritualidad con reducidas posibilidades materiales. Aceptar las nubes de preocupación y las lluvias de sudor como elementos indispensables para la cementera y para, la cosecha en las tierras de la vida.”

Acacio, muy desapuntado, no sabía que decir, Filopatos, sin embargo, lo abrazó y dijo:

- Comienza el tratamiento hoy mismo. A fin de crear coraje, inicia el esfuerzo con algunas duchas heladas.

En ese momento, el enfermo despertó más la frase «duchas heladas» le resonaba en el cerebro. Salto de la cama animado con energía diferente, amanecía. Maquinalmente, tomó la toalla del baño y salió del cuarto.

Sorprendiendo aquel impulso, que no ocurría desde hacía muchos años, al vieja genitora se acercó al rapaz e inquirió afligida:

- *¿A dónde vas hijo mío?*
- *Voy a las duchas. Esta noche marcó mi encuentro personal con Filopatos.*

Y desde ese día Acacio fue otro hombre.

25 TRAGEDIA OCULTA

Humberto de Campos/Chico Xavier

Libro: Reportajes del Más Allá del Túmulo

El excesivo apego a las personas y bienes materiales puede constituir en el desarrollo de un enorme drama en nuestra vida. Es necesario comprender que estamos en un mundo transitorio donde experimentamos para desenvolver nuestro potencial, para corregir imperfecciones y para adquirir conocimientos intelecto-morales. Nada es nuestro y nadie es de nuestra propiedad.

En esta crónica de Humberto de Campos veremos el drama y el sufrimiento causado, sin querer, por un padre de familia demasiadamente ligado a su familia.

En los últimos años de mi vida, mi viejo amigo Edmundo Figueroa había sido absorbido por una preocupación incesante. Se había convencido de la proximidad de la muerte inevitable, deseaba conformarse, pero la idea de dejar a su esposa y sus dos hijas relegadas al torbellino de las luchas materiales le dolía profundamente.

Acumulara fortuna sólida, se esforzara años y años por almacenar recursos financieros, con vistas al porvenir, y conseguirá vencer en ese capítulo de la experiencia terrestre; entretanto, era demasiado sensible para mantenerse calmo en las circunstancias difíciles. Profundamente aferrado al ambiente doméstico, no sabía cómo apartarse de la convivencia familiar. La larga enfermedad lo predispusiera a meditaciones graves y tristes, y aunque la compañera fuese pródiga en gentilezas, Figueroa permanecía íntimamente exasperado.

De vez en cuando, el viejo Noronha, veterano espiritista de aquel remoto Villarejo nordista, venía a visitarlo, interesado en esclarecerlo.

- Edmundo - decía solícito -, Usted debe convencerse de que la decadencia orgánica es camino indicado para todos nosotros, en este mundo. Más tarde o más temprano, precisamos deshacer lazos, rectificar actitudes espirituales. ¿Qué es el cuerpo sino la túnica cambiante de la criatura inmortal?

El enfermo lo miraba atento y replicaba firme:

- Entiendo la ley ineludible que rige nuestros destinos; sin embargo, el padre dedicado no podía dejar la fortaleza doméstica sin resistencia. Si nos vemos obligados a defendernos de los ladrones, ¿por qué no luchar contra la muerte? ¿No es ella, quizás, la máxima ladrona para robarnos la vida? No dudo que los cambios son fatalidades necesarias; sin embargo, incluso en espíritu, seguiré estando con mi esposa e hijas.

Noronha sonrió y explicó situaciones del más allá de la tumba, en función de las experiencias de varias sesiones de intercambio con lo invisible. Edmundo escuchó y respondió:

- Tus opiniones me reconfortan mucho, pero, en cualquier caso, cuando suelte el cuerpo, velaré por el ambiente doméstico, mientras el Creador renueva mis energías. No me abandonaré al desapego bajo ninguna circunstancia.

Noronha se dio cuenta de que la conversación no debía continuar en ese tono lúgubre y ensayó otros temas.

Doña Rosalina, esposa de Edmundo, todavía relativamente joven, se acercó y la conversación se hizo menos triste. Luego hablaron de política, costumbres, esperanzas para el futuro.

Los cuidados de la compañera, sin embargo, no lograban expandir la resistencia orgánica del querido paciente y llegó el día en que Edmundo Figueroa se trasladó al otro lado de la vida, sin ningún bagaje material, como había venido a encarnar.

La situación doméstica, en esta dolorosa emergencia, no podía estar exenta de gemidos, lágrimas, protestas de amor eterno y

anhelo eterno. Las preciosas coronas que rodeaban el cadáver le daban a la escena un tinte triste de apoteosis resplandeciente. Nadie se refirió a Edmundo sino con palabras santas y gestos solemnes. Recordaron sus virtudes, los ejemplos de cariño y solidaridad.

Incluso los viejos enemigos de la política municipal le descubrieron cualidades superiores que hasta entonces habían sido ignoradas.

Poco después de los funerales, Figueroa se despertó con ansiosas sorpresas. Comprendió, sin dificultad, la transformación realizada. Había llegado a otra forma de vida, la muerte lo había arrojado a diferentes plagas, pero el apego al hogar era tal que no podía escuchar a viejos y atentos amigos esperándolo. La retina espiritual no conseguía fijar el nuevo paisaje afectivo, y como Dios nos permite experimentar nuestros caprichos hasta el final, siempre que nuestro impulso no afecte la ordenación de la Obra Divina, Figueroa regresó de inmediato al nido inolvidable.

Asombrado, sorprendido, observó que nadie se percató de su presencia en los lugares que amaba. Era de noche. Se sentó al lado de su esposa, que entonces estaba de luto severo, y le hizo peticiones conmovedoras.

Doña Rosalina, que tejía tranquilamente, de pronto tuvo la imaginación perturbada. No escuchó nada, pero sintió pensamientos confusos, recordando a su compañero bajo fuertes impulsos.

En cierto momento, las impresiones psíquicas aumentaron y ella gritó hacia adentro:

- ¡Babs! ¡Babs! ...

La hija mayor, asustada, vino, preguntando a la madre angustiada:

- Recuerdo excesivamente a tu padre...

¡Tengo miedo, mucho miedo! ... ¿Qué es esto? ¿Y si se nos apareciera Edmundo?

- ¡Qué horror, mamá! ... - gritó la niña, muy pálida - ¡Estoy aterrorizada del otro mundo!

El padre se acercó lleno de nostalgia, y cuando le tomó las manos, explicándole que era lo mismo, que la muerte del cuerpo no lo había transformado, la joven se alarmó y lloró:

- ¡Me dan escalofríos! estamos solos en esta habitación... Llamaré a Tetina y a la criada.

Salió corriendo a buscar a su hermana y la cocinera, y las horas restantes de la noche registraron escenas dolorosas, en lo visible y lo invisible. Figueroa hizo todo lo posible para acomodarlos adecuadamente y, sin embargo, cada gesto de afecto fue devuelto con comentarios groseros e ingratos. Rezaron en voz alta, cantaron himnos religiosos. La criada llegó a tranquilizar a su ama, asegurándole que, si aparecía su patrón, tendría el valor de mandarlo al infierno, y esa declaración tranquilizó a doña Rosalina y sus hijas, que poco a poco se calmaron. Tan grande, sin embargo, fue el sufrimiento moral de Edmundo que el infortunado se retiró a un rincón olvidado del patio para desahogar su voluntad a su antojo.

La pelea, sin embargo, había comenzado y Figueroa no era un espíritu indeciso. Lejos de atender las inspiraciones que lo alertaban desde lo Más Alto, se mantuvo firme en el reducto doméstico. Doña Rosalina utilizó misas, novenas y oraciones privadas. Sin embargo, cada noche renovó sus miedos una y otra vez. Indignado por la situación, Edmundo insistió con vigor, tratando de dominar el organismo de su hija mayor, ansiosa por brindar aclaraciones a su pareja. Pero la niña, mostrando singulares perturbaciones nerviosas, solo señaló su presencia en gritos estentóreos:

- ¡Es mi padre, lo veo! Oh! ¡Dios tenga piedad de nosotros!

Y, con mirada de loca, continuó con un acento impresionante:

- ¡Lo escucho llegar! ... Me abraza, dice que no murió... ¡Tengo miedo! ¿De dónde vienes, papá? ¿No estás con Dios? ¡Ah! ¡Me muero, me muero! ...

Doña Rosalina, aterrorizada, llama al médico, quien le pone suministra inyecciones, aconsejando ingreso en Casa de Salud, Edmundo ve la oportunidad perdida.

No logró nada más que postrar a su amada hija.

La situación se complica cada vez más. El médico, que estaba activo, comenzó a visitar su casa, y cuando se enteró de que la viuda Figueroa poseía unos cientos de miles de cruzeiros, comenzó a cortejarla escandalosamente.

El sufrimiento del atribulado Figueroa se agravó. A la manera del hombre invisible de Wells, el avaro pasaba su tiempo gritando, gesticulando al azar, sin que nadie lo notara en casa.

Al notar que el segundo matrimonio de doña Rosalina era un hecho que se consumaría en unos días, su desesperación se acentuó. De nuevo influyó en su hija, obligándola a retirarse a la cama durante más de dos meses. En las primeras crisis nerviosas, el corazón materno estaba extremadamente alarmado. Doña Rosalina llamó al cura para exorcizar y como la providencia no fue suficiente, solicitó los adoctrinamientos de Noronha. Cuanto más se multiplicaban estas medidas, peor se ponía Edmundo, presionado por indecibles ansiedades.

Llegado, sin embargo, el día de las segundas nupcias de la viuda Figueroa, mi viejo amigo Cotidiano se me acercó con cariñosas citaciones:

- Humberto, démosle hoy a Edmundo una nueva situación. Si las cosas siguen como están, no sé hasta dónde puede llegar ese desgraciado.

Me puse a su disposición y me acerqué al viejo compañero. Después de un gran esfuerzo, logramos divisar al desafortunado. Estaba en condiciones de conmovier al corazón más endurecido. Cuando nos encontró, corrió hacia nosotros. Abrazando a Cotidiano, su antiguo compañero de letras primarias, desarrollo las desgracias de dos años de incomprensión. El amigo escuchó con paciencia y habló afablemente:

- Pero, después de todo, ¿qué quieres? Rosalina se casará hoy, por segunda vez; tus hijas tendrán padrastro; pero mira, hay innumerables maridos y muchachas en estas condiciones.

- Lo sé, lo sé - respondió Edmundo entre lágrimas - pero la ingrata persona de mi esposa tuvo el valor de llamar al cura para

excomulgarme y hasta Noronha, ya ves, Noronha vino a adoctrinarme a su llamada. ¿Puedes entender todo esto?

Y, notando la dulce sonrisa de Cotidiano, agregó:

- ¿Por qué no se exorcizó al intruso ni se adoctrinó a Rosalina? El tratante es el mismo diablo y mi esposa mostró un corazón endurecido e indiferente a mi dolor. Ambos también son Espíritus y Espíritus excesivamente perturbados.

El compañero lo abrazó y aclaró:

- ¡Resígnate, Edmundo! La mayoría de nuestros seres queridos en la Tierra solo pueden entendernos como fantasmas. Para ellos, los que salieron por el túnel de la tumba no aman, no vibran, ya no sienten. Por ahora, esto es inevitable en nuestros círculos evolutivos. Esperemos el crecimiento mental de las criaturas. Es esencial conformarse a los designios divinos. El interpelado reflexionó sobre esas sensatas consideraciones y preguntó:

- ¿Cómo aclarar Rosalina y explicarles a las niñas que yo no morí? ¿Qué puedo hacer para mostrar mi disgusto al explorador que invadió mi casa?

Cotidiano lo abrazó con más cariño en sus brazos de bienvenida y respondió:

- ¡Sosiégate! Irás con nosotros a diferentes ámbitos, donde lograrás obra redentora y nueva vida. Cuando los seres queridos no pueden entendernos, no sería justo recurrir a la violencia. Es necesario entregarlos a la voluntad de Dios y partir en busca de otras direcciones. Su apego al hogar es el resultado de una dedicación loable, que Dios bendice. Su casa, sin embargo, no pudo permanecer a su lado después de la muerte del cuerpo. Ante esta imposibilidad, de la que no tienes la culpa, tu tarea de esposo y padre ha terminado, para comenzar como hermano, en "amaos los unos a los otros".

¿Comprendiste?

Y, para terminar de forma más sencilla, añadió sonriendo:

- La mujer, el médico y las hijas estarán protegidas de Dios, iluminadas por la vida y, sobre todo, no olvides que, hoy o mañana, serán igualmente fantasmas para quienes se quedan en el mundo.

Por primera vez, después de su muerte física, Edmundo Figueroa sonrió y, sin decir nada más, nos siguió resueltamente.

26 ASISTENCIA ESPIRITUAL

Constantino Saraiva se volvió muy conocido por sus producciones mediúmnicas y, aunque su cuota de tiempo y posibilidades materiales continuasen exiguas, conquistó numerosas amistades, dando lugar involuntariamente a enormes expectativas en torno de su nombre.

Toda misión es útil, aunque, encuentre obstáculos en los lugares donde la luz no fue recibida por la mayoría de los corazones, y Constantino, dada la ampliación natural de las responsabilidades, se tornaba blanco de fuerzas inferiores, en lo visible e invisible. Compañeros encarnados seguían sus pasos, ansiosos por saber si daba testimonio personal de las verdades de que se constituía instrumento y las entidades vagabundas, desplazadas del vampirismo por los Espíritus Superiores, haciéndose sentir a través de él, escribieron los más insignificantes actitudes y no le perdonaban la decisión de mantenerse firme en la fe, a pesar de tropiezos o tempestades.

Se creó, así, alrededor del médium Saraiva, considerable bagaje de luchas. Es de justicia, sin embargo, advertir que ese movimiento hostil no se derivó sólo del psiquismo de Constantino, sino para luchar contra el venerable Fanuel, el espíritu sabio y benévolo que enseñaba lecciones sustanciosas a través de sus facultades.

Los malhechores incorpóreos desarrollaron todos los recursos de insinuaciones. Recibía Saraiva propuestas de grandes salarios, invitaciones para cambiar de situación; y como no cediese a la sugestión del oro, intentaron tentar al trabajador en el capítulo del sentimiento. Hirieron a Constantino en los sueños más íntimos del corazón; pero, preparado contra los árbitros de la lujuria, el médium se resignó y la máquina de servicio continuó sin perturbaciones. Tal serenidad, sin embargo, no salió a la superficie debido a sus propios logros, sino porque Fanuel montaba guardia

activa y permanente, colaborando en la integridad y desenvolvimiento de la tarea.

La situación se caracterizó por una notable armonía, cuando los oponentes libres prepararon una trampa sutil, en la que el médium sería víctima de las propias intenciones.

Un gran número de compañeros, de una ciudad populosa, llevaron a cabo una valiosa empresa para Difusión del Espiritismo evangélico, pero la ambición y el egoísmo, en poco tiempo, se abrigaron como dos monstruos en la empresa de los trabajadores desprevenidos. La obra amenazaba con colapsar.

Los amigos del ayer se dividieron en bandos opuestos. Envenenado por el personalismo destructor, blandió las armas de la insidia y la ligereza, a través de los Tribunales y Secretarios.

La generosa labor se había transformado, por la vigilancia de la mayoría, en un gran movimiento de ambiciones comerciales. Sin lugar a dudas, hubo, como en todas partes, trabajadores honesto y sacrificado, pero cualquier solución justa solo puede resultar de una cooperación general.

En el apogeo de la pelea, caricaturistas de la zona invisible recordaron a Saraiva. ¿No habría llegado el momento de inutilizar sus energías golpeando al instructor espiritual?

Alguien incluso llegó a declarar sutilmente:

- Insinuaremos la venida de Constantino, y se llamara Fanuel a esclarecimientos, es natural que no pueda el atender a la generalidad, donde hay tantos descontentos. Establecida la impresión nerviosa en los culpados, entraremos a dominar a los incautos y promoveremos fuertes atritos. Es de esperar que el escándalo tome proporciones devastadoras y, enseguida, Saraiva buscará a alguien que elogie sus cualidades de superior.

Se rio el grupo gustosamente y dijo manos a la obra.

En unos días, Constantino fue convidado a visitar la gran ciudad, donde labraba la confusión lamentable.

Consultaron al jefe de servicio en cuanto a la licencia, y como no hubiese embargos de cualquier naturaleza, Saraiva podría partir oportunamente. Constantino, sin embargo, absorbido por diversas

obligaciones, no deseaba emprender el viaje agotador- más de mil kilómetros de vía férrea - y mantuvo en el retraimiento que le era peculiar.

Los malhechores, con todo, deseaban atender sus fines y sugerirían sutilmente que se ofreciese a Saraiva homenajes espectaculares. Algunos días más y Constantino, supo a través de los periódicos, que le prepararon una gran acogida. Los compañeros se reunirían en pleitos honrosos, cada solemnidad reuniría a un número considerable de admiradores y amigos.

Constantino, que no conocía las tramas y los dramas distantes, se conmovió al extremo. Ya que

se trataba de un movimiento tan honroso y distinto, adelantaría el viaje, sin más hesitación. Oró, meditó. Fanuel se aproximó y recomendó vigilancia. ¿No era esa, entretanto, la advertencia común, de todos los días?

Lleno de emoción, el médium no percibía que era apretado en la vanidad de criatura falible.

En su modo de entender, debía sacrificarse, correr al encuentro de sus hermanos en la fe. ¿No se organizaban homenajes en su honra? Lejos de recordar que semejantes pleitos debían conferirse a legítimamente, comenzando con Jesucristo, y no con Constantino, trabajador en medio de la tarea, ignorando si llegaría a una conclusión digna, comenzó por anticipado las demostraciones de agradecimiento, los aplauso generales e inició providencias inmediatas.

Viéndole la peligrosa actitud mental, Fanuel procuró socorrerlo por intermedio del jefe de servicio.

En la mañana en que decidió no hacerlo, el niño se dirigió al director de trabajo y le preguntó humilde:

- Doctor, mude de opinión relativamente a lo del viaje y deseo el favor de su licencia.

Avisado intuitivamente por Fanuel, el interpelado obtemperó:

- No me opongo a sus deseos, más vi que las necesidades del servicio también cambiaron.

Sería difícil autorizar su ausencia, ahora. ¿No sería posible posponer el proyecto?

- Mas, doctor - consideró el médium -, los compañeros me preparan grandes festividades para las cuales, naturalmente, dispusieron recursos y recelo pasar por ingrato. Más Allá de lo más, creo que precisan de mi colaboración en las dificultades y sufrimientos que arrastran en el momento y no deseo parecer indiferente.

Lo miró el director y observo:

- No tengo interés en desviarlo de obligaciones que considera sagradas, más soy del parecer que debe ponderar las propias disposiciones. Si pretende viajar en tarea de auxilio, no olvide la vigilancia.

¿Dónde está el motivo de las fiestas y los homenajes? el regocijo no vive en compañía de la angustia.

El médium había sido sacudido por las fuerzas de la Verdad, pero no despertó. Fanuel hacia lo posible por despertarlo, pero perdía sus mejores esfuerzos. Los días siguieron registrando la insistencia de Saraiva y la natural evitación del jefe de servicio, hasta que, notando este, la firme determinación del chico, no quiso parecer tiránico y terminó diciéndole:

- Pues bien, Saraiva, puede ir cuando lo juzgue conveniente. Usted es dueño de su persona y cada cual debe conocer las propias obligaciones.

Obtenido el permiso, el médium tomó las primeras providencias. En ese ínterin, se registraba gran contentamiento de los adversarios gratuitos y enorme preocupación de los amigos sinceros de Constantino.

La escuela de Fanuel, en la esfera superior, comenzó a ser visitada por compañeros esclarecidos, deseosos de informaciones sobre el asunto.

Un viejo amigo preguntó al respetable mentor:

- ¿Será creíble que Saraiva eche a perder patrimonio tan considerable, inclinándose a aventuras de ese orden, solo por causa de homenajes barullentos y exhaustivos?

- No esta bien eso - explicaba el orientador -, Constantino siempre confió en mi asistencia. Tal como la mayoría de las criaturas, el no comprendería nuestro auxilio fuera de la vieja ternura terrestre, al expresarse en palabras dulces. Es claro que el también es Espíritu y tiene sus responsabilidades. Podrá atender plenamente a los caricaturistas que lo alvejan, mas, antes de eso, no le negaré asistencia fraternal. Talvez no nos entienda de pronto, y, con todo, nuestra lo seguirá.

Más tarde, vino la devotada madre de Saraiva e inquirió:

- Fanuel, vengo a rogar sus buenos oficios. Creo que la situación es difícil y peligrosa.

El mentor generoso tranquilizó a la entidad materna:

- Mi hermana puede volver a sus tareas espirituales plenamente confiada. Constantino no quedara sin nuestra colaboración.

Otro día el viejo Jerónimo, también gran amigo de Saraiva, después de las primeras consideraciones, preguntó:

- ¿Fanuel, porque no procuras eliminar la dificultad inmediatamente? El pobre médium no vive exento de la ignorancia peculiar de los encarnados en el mundo. ¿No habrá medios de modificar la situación ja, ja?

El interpelado, con la serenidad de perfecto optimismo, esclareció:

- ¿Jerónimo, cuando viviste en la Tierra oíste hablar alguna vez de la res reventada?

- Sin duda.

- Pues la mente, cuando está obcecada por el impulso del propio capricho, es como si estuviera a punto de estallar - continuó Fanuel, bondadoso -, no se puede remediar la situación con éxito, sino a largas distancias. El primer recurso es la puerta fuerte; si no tiene éxito, recurre al lazo, y todo esto, aunque amargue y hiera al animal, es una medida de salvación de una muerte segura.

Debido a las amistades que ha conquistado, Saraiva vive en un pastizal muy extenso. Para cerrarle esa puerta, necesitamos larga distancia. El pretende de viajar más de mil kilómetros. Pues bien:

No podré rodear la mente caprichosa hasta el final del objetivo. Si fallas en la portería, luego recurriré al lazo, en ese trabajo de asistencia.

Jerónimo meditó la sabia explicación y se mantuvo en silencio.

De ahí a algunos días era llamado por Fanuel, que le confiaba los trabajos de su escuela activa, esclareciendo:

- Pido me sustituyas por tres días. Debo cercar hoy la mente de Constantino. Yo tomaré Natércio, incluso porque, como ya sabes, a falta de los recursos iniciales, utilizaré otro más fuerte.

Y, sonriendo amablemente, agregó:

- ¿Cuántas veces el encarnado se rompe una pierna o pierde sangre por las abrasiones cuando es socorrido? Debemos admitir tales providencias, en el cuadro de los servicios comunes.

Asistiré Saraiva en todas las circunstancias, y talvez me demore.

De hecho, esa noche, la médium llegó a la gran ciudad, luego de cumplir veinticuatro durante horas en las pistas. Antes de llegar a la temporada de efusivos abrazos y aplausos superficiales, un amigo viene a verlo, traído por Fanuel, relatando lo ocurrido en la serie de casos felices. Se abrazan. Es casi medianoche; Saraiva, muy cansado, espera el confort de la cama del hotel.

El compañero se regocija y exclama:

- Por aquí, todo bien. Algunas dificultades, más creo que usted gozará horas de entretenimiento y descanso. Tengo la impresión de que numerosos amigos nuestros disputan en torno de precarios patrimonios materiales, mas eso no turbará su horizonte.

Enfrentaremos la situación serenamente.

Natércio, el colaborador de Fanuel, se aproxima al médium y aconseja la oración. Era media noche, enorme el cansancio, mas Saraiva pide al amigo que lo ayude con una oración. ¿No debería inclinarse a la inspiración de lo Alto, antes de penetrar en el terreno de los nuevos servicios? El compañero accedió y elevaron la mente y el corazón al plano superior. Meditaron y esperaron. Fanuel consideró que había llegado el momento de oponer el impedimento prometido.

Tomando la mano de Constantino, escribió firme:

«Grande es la lucha, áspera la discordia. Nuestros hermanos ignorantes de la luz espiritual compiten en la ambición y en el personalismo destructor. Necesitan del bisturí a fin de vaciar el tumor de la mala voluntad. ¿Le gustaría servir de instrumento, hijo mío, cuando estas siendo utilizado en una tarea superior?

Considera las responsabilidades que te caben. Y si precisas nuestra humilde opinión, regresa a toda prisa al amanecer.

Fanuel no se extendió en otras consideraciones. Constantino sentía amarguras del derrotado. Y el festival y los homenajes, los amigos incipientes de la verdadera fe? En un instante Natércio le aplicaba fluidos saludables. Saraiva lee el mensaje en voz alta. Está muy pálido, desencantado. Mas los fluidos de Natércio lo envuelven enteramente, atenuando los efectos dolorosos de la vuelta a la realidad y al deber. Constantino crea fuerzas y dice:

- Si es así, vamos a volver.

Y ante el amigo admirado, tomó el tren de regreso, por la madrugada, antes del amanecer.

Entretanto, solamente de regreso, cesada la influencia cariciosa de Natércio, Constantino verificó que su amargura era profunda. ¿Viajar más de mil kilómetros, sacrificarse y volver sin atender el menor de los objetivos?

Días pasaran sobre sus disgustos, y el médium, en la primera reunión, recibió un mensaje alentador de Fanuel, que le decía contento:

- Estoy satisfecho: Si no te puedo dar buena nota en prudencia, te concedo óptima clasificación en obediencia. No te enfades, Constantino. Nadie puede despertar del sueño con el toque de ternura.

À veces, son necesarios jarros de agua fría. Y quien podrá afirmar que eso no sea asistencia amorosa?

Saraiva, más animado, retomó la lucha, más hasta hoy talvez ignore que, si no lograra buena nota en prudencia, ni aun mismo la obediencia le pertenecía.

27 - DOS COMPAÑEROS

Leonel Y Benjamín, dos viejos amigos del plano espiritual, mutuamente asociados en el error y en la reparación, después de minucioso examen del pasado, se decidieron a pedir concesión de nuevas experiencias en el mundo. Esposando opiniones diversas entre sí, buscaron al orientador, ansiosos del necesario permiso para el pronto regreso a la lucha humana.

Después de escribir sus observaciones, el amable mentor sonrió y dijo:

- La solicitud es oportuna: Ustedes necesitan intensificar el aprendizaje, iluminar el entendimiento, adquirir sabiduría. ¿Ambos eligieron el mismo tipo de pruebas?

Leonel se puso de pie y explicó:

- Estamos de acuerdo en el orden, pero no tenemos la misma preferencia en el capítulo de tareas.

Por mi parte, me gustaría tener la oportunidad de mover patrimonios terrestres, en los círculos de la fortuna y de la autoridad...

Antes de que el terminara, Benjamín lo interrumpió y aclaró:

- Para mí, elegí la condición de pobreza y sufrimiento. Pediría, si es posible, la eliminación de todas las posibilidades de satisfacción en la Tierra. Me enfrento a escaseces y dificultades, para poder apreciar lo que he recibido de la Providencia.

Al estampar la serena sonrisa de sabiduría en su rostro, el generoso supervisor consideró:

No puedo interferir en la libertad de ambos. Conocen el alcance de sus deudas contraídas.

Desde hace algún tiempo, soy testigo de la enorme lucha que se han esforzado por rescatar.

Por ello, tenían derecho a una nueva oportunidad de trabajo y elevación. Debo considerar, sin embargo, que aunque divergentes en su elección, todavía no podrán separarse el uno del otro, en la próxima experiencia de redención. Compartir, en el error, determina compartir responsabilidades y consecuencias. Se les

abrirán las puertas del servicio santificador. No se desunan, pues, en los caminos de la purificación, jamás desprecien la posibilidad de aprender. La fortuna y la pobreza son bancos de pruebas en la escuela de las experiencias terrestres. Son continentes de probabilidad. Ambos ofrecen amplios horizontes y realizaciones divinas. Que sepan recibir las bendiciones de Jesús, son mis deseos.

Leonel y Benjamín oyeron los conceptos juiciosos, renovaron promesas y partieran más tarde. Atendiendo a la propia elección, nació el primero en la casa harta de rico propietario rural, que le era muy amado en otras existencias. En pocos días, vieja sierva de la casa rica era igualmente madre, ofreciendo al segundo el deseo de realizar los planes trazados.

Si bien hubo paisajes risueños de la infancia, ambos compañeros, tan unidos por el corazón y tan distantes de nacimiento, vivían en el cielo rosado de la armonía; pero cuando Leonel comenzó a sorber el contenido de libros de todo el mundo, se verificaron las primeras señales de incompreensión. Cada vez que el joven bien nacido regresaba al círculo doméstico con el gozo de vacaciones escolares, se notaba mayor distancia entre él y el compañero de la niñez. Cuando el anillo de graduación brilló en sus dedos, se logró la separación.

Pasando a la gestión de los intereses familiares en los establecimientos rurales y urbanos, era él, el jefe, mientras que Benjamín se clasificaba en el extenso cuadro de los servidores.

En esa zona de testimonio activo, entendieron que debían actuar como extraños, absolutamente separados entre sí. En el fondo, se admiraban y amaban recíprocamente; sin embargo, las ilusiones terrestres los obstaculizaron.

Si Leonel era más enérgico, atento a las responsabilidades de un administrador, Benjamín se deshacía en duras y gratuitas críticas, impulsados por el despecho. Si Benjamín aumentaba, involuntariamente, la lista de necesidades personales, Leonel multiplicó el rigor, llevado por el autoritarismo.

En cierto momento de la experiencia, ya no se saludaban. Se enfrentaron, intercambiaron acusaciones mutuas. El criado abandonó su trabajo varias veces, ansioso por experimentar la

suerte en diferentes regiones; sin embargo, incapaz de engañar al espíritu de la Ley, siempre regresaba, pidiendo readmisión. Leonel, a su vez, renovó la concesión del servicio, aunque con creciente agravio por la exasperación mutua y la tiranía. Si el empleado solicitó una mejora de salario, el patrón restringió la remuneración y los beneficios.

Embriagado por la visión de lucros fabulosos, Leonel pusiera la mente en el egoísmo total. Desvariado por la inconformidad, Benjamín se concentraba en la rebeldía, resultando de ello el aumento intensivo de vanidad, orgullo, presunción, celos, despecho e indisciplina en el corazón de ambos.

La Providencia Divina, que jamás deja a las criaturas en abandono, les envió socorro a través de la asistencia religiosa. Más el patrón, aficionado al Catolicismo Romano, inclinaba toda lectura edificante a favor de la propia causa, se valía de los consejos del sacerdote amigo que lo asistía, para justificar los errores y su carácter egoísta.

Estaba obsesionado con el apego al dinero y la idea de ganancias fáciles. En cuanto al empleado, se había convertido en un espiritista convencido, sin embargo, lo cegaban la inconformidad y la rebelión.

Cualquier advertencia de los instructores espirituales era interpretada al revés. Si el amigo del otro lado de la vida aludía a la paciencia, no se divisaba él en la información y si el defecto ajeno, o la insuficiencia de los otros.

Si escuchaba disertaciones sobre la caridad, recordaba con ironía a los afortunados del mundo. Benjamín era, después de todo, una de esas personas enfermas que consideraban que la medicina era excelente para los demás, pero, nunca para ellos mismos. Mientras Leonel usaba los consuelos de la Iglesia Católica para consolidando tradiciones autocráticas, Benjamín olvidó las lecciones del Espiritismo, para almacenar indisciplina y sembrar la desesperación.

Absolutamente envenenado por teorías mentirosas, ambas experiencias humanas terminaron, en la posición de enemigos irreconciliables.

Al despertar en la vida real, se sintieron extrañamente esposados el uno al otro. Los rodearon sombras espesas y tristes; y como si se hubieran vuelto locos, perdiendo la luz del recuerdo, fue solo a costa de muchos años que lograron fijar recuerdos de existencias oscuras.

Cuando el recuerdo los felicitó por su espíritu abatido, comprendieron la situación, desolados y se pusieron a buscar a ese generoso mentor que había bañado sus corazones de sabios consejos.

Luego de un largo tiempo, que marcó sus desgarradoras ansiedades, fueron readmitidos a la presencia del cariñoso mentor, que ante sus lágrimas exclamó serenamente:

- No se sorprenda por el dolor que hiere su espíritu enfermo, ante el tiempo perdido y la oportunidad desperdiciada. No les faltó la inspiración divina para el éxito necesario. Sin embargo, se olvidaron una vez más, la ley del uso, internándose en el abuso criminal, olvidando que la pobreza y la fortuna constituyen oportunidades para el servicio divino en la tierra. Quienes las administran son mayordomos, quienes obedecen son trabajadores, pero en el corazón augusto del Padre Nuestro, estamos inscritos indistintamente en la categoría de colaboradores en sus obras. Si fue justo obtener moderación, paciencia, confianza, fe y resistencia sublime con los valores de pobreza, y ganar humildad, consideración, comprensión, autocontrol, bondad y paz con valores de la riqueza, adquiriste desesperación, rebelión, vanidad y ruina. No puedo aseverar que regresaron peor que en el espantoso pasado, porque nadie retrocede en la evolución perpetua de la vida; pero les puedo asegurar que volvieron más sucios. La crisis de ambos es estacionamiento complicado. Mientras que otros hermanos nuestros acostumbra a detener la marcha en jardines o bosques, ustedes prefirieron detenerse en un fango inconcebible.

Aprovecharon las posiciones sagradas de administrar y obedecer, únicamente con el propósito de oprimir y empequeñecer.

Olvidaron que todo trabajo honesto en el mundo es el título de la Confianza Divina. Yo no observo cualquier rastro de superioridad moral entre uno y otro. Ambos se arruinaron desastrosamente.

La experiencia dolorosa de quienes prometen sin saber cómo cumplir, es el fracaso del aprendiz por descuido en sí. ¿No les dije que la pobreza y la riqueza son continentes de probabilidad?

Sin embargo, cultivaron la tierra de las benditas concesiones, llenándola de hierbas venenosas y poblándola de monstruos y fantasmas. Se enmascararon a sí mismos y cayeron al pantano.

¿Qué puedo hacer, ahora, si no es para lamentar la previsión?

Ambos compañeros de infortunio lo escucharon llorar.

Reuniendo toda la energía de su propia energía, Leonel se animó y preguntó:

- ¿No podríamos, sin embargo, empezar de nuevo la prueba de la fortuna y la pobreza? Estoy convencido de que ganaremos ahora.

- Sí - respondió sabiamente el instructor - la medida es posible. Sin embargo, como señalé, volvisteis embarrados.

La oportunidad deseable, por ahora, es la de lavarse convenientemente para continuar el camino.

El amigo mentor guardó silencio. Leonel y Benjamín entendieron sin dificultad. Y después de algún tiempo renacieron en la Tierra, buscando el profundo y vasto tanque del sufrimiento.

LA QUEJOSA

Bienvenida Fragosa se volvió ampliamente conocida por sus quejas constantes. Quien la escuchase en la relación de los hechos comunes afirmarían, sin hesitar, que la infeliz recogiera todos los disgustos del mundo.

Huérfana de padre y madre, vivía a costa del salario modesto, en una fábrica de toallas, donde fue admitida por obsequio de amigos devotados. Sin embargo, si la existencia fuera laboriosa, no faltaban recursos para mejorarlo. No se había casado, sino dos sobrinos inteligentes y generosos le hacían compañía en el ambiente doméstico. Los padres no lo dejaron haberes en especie, pero siempre legaran a la hija el patrimonio de la casa, construida al precio de sublimes sacrificios.

Benvinda se rodeó de oportunidades bendecidas, pero no sabía aprovecharlas. Cristalizada en quejas dolorosas, aniquilando sus energías. La mente enfermiza desfiguraba las más bellas sugerencias de la vida diaria.

"Soy profundamente infeliz", le decía a una compañera de trabajo, "vivo aislada, a la manera del animal sin dueño, abandonado a su suerte. Morir sería una felicidad para mí. Se dice que el final es siempre doloroso. Sin embargo, no será más agradable llegar al final del camino dentro de tantas sombras y sorpresas angustiantes? - No digas eso, Benvinda - observó la compañera, con intimidad -, estamos sanos, no nos falta trabajo, tus sobrinos están a gusto contigo. No te sientas desafortunada cuando la oportunidad de servicio permanece en nuestras manos.

Malhumorada, respondió, exasperada:- ¿Qué dices? la existencia me abrumba y desde la infancia he sido una pesada carga de sufrimientos Te refieres a los sobrinos, y qué significan ellos en mi camino si no un agravio de preocupaciones? El mundo es una prisión oscura, un infierno terrible, donde somos convocados para el crujir de dientes.

La colega guardó silencio, ante la perturbación y rebeldía insensata. En la estación del frío, Benvinda se aferró a amargas lamentaciones; en el verano, acusaba a la Naturaleza, se declaraba incapaz de tolerar el calor; y, si llovía, maldecía las nubes generosas.

Disponiendo de muchas horas en el hogar, la infeliz nunca supo valorar la santa calidez de las acogedoras paredes, donde los padres amorosos le habían dado el beso de la vida.

En cuanto a los sobrinos, aún muy niños, cuando ella estaba en el trabajo, Benvinda recurría a las vecinas, y con las manos cruzadas en señal de pereza, continuaba incorregible:

- ¡Ah! Doña Guilhermina, la vida se vuelve insoportable. Este mundo se reduce a miseria y desilusión. ¿Hasta cuándo seré humillada y perseguida por la mala suerte?

- ¡Oh! ¡Hija mía! - respondió la interpelada, arreglando los gestos de una madre compasiva, por esconder la verdadera expresión de la personalidad acostumbrada a la murmuración: Dios es un buen

Padre. No se desanime. Tengamos confianza en la Providencia. Todo pasa en este mundo. La fe puede transformar nuestras dificultades en motivos de victoria y alegría.

- ¿Fe? - respondió Benvinda, exaltada - Soy escéptica con las oraciones. Dios nunca me responde. Cuando soñé, hace diez años, la organización de un hogar que era solo mío, recé por la protección del Cielo y mi prometido desapareció para casarse con otra chica, más tarde, lejos de mí. Cuando mi padre decidió la operación, le supliqué a la Providencia que le concediese la vida, ya que fui huérfana desde los primeros años, y le sobrevino la infección que lo llevó a la tumba. Cuando mi única hermana enfermó, recurrí de nuevo a la confianza en el Poder Celestial y Priscila murió, dejándome los niños para criar, a través de numerosos obstáculos. Como ves, mi fe no pudo resistir tamaños de choques. Estoy sola, abandonada; Soy el perro anónimo, despreciado en desviaciones del camino.

Pero, como la asistencia espiritual de la Esfera Superior hace uso de todos los medios para ayudar a los ignorantes e infelices, la vecina, a pesar de la mala fe, constituía un instrumento de consuelo al aliento de los amigos desvelados del Plano Superior y respondieron:

- Sin embargo, ¿quién sabe que todas las decepciones no resultaron en beneficio? El novio, que la lleno de esperanza, quizás la envenenase de desesperación más tarde; el padre si hubiese evitado la operación quirúrgica, pero posiblemente se volvería loco, viajando hospicios o convertirse en un payaso de la vía pública; la hermana si se hubiese curado de la neumonía, pero, viuda muy joven, podría haber dejado amargamente su corazón fraternal, cediendo a sugerencias inferiores en el camino de la vida. En lugar de reflexionar sobre los comentarios amistosos, Benvinda respondió:

- No estoy satisfecha: para mí la vida se resume en el drama conmovedor que aniquila el espíritu, o en la comedia conmovedora.

La conferencia continuaba, salpicada de lamentos y acusaciones gratuitas al mundo, hasta que los niños llamaron a la puerta. La tía, que había perdido el tiempo en gemidos improductivos, corrió hacia la estufa.

- ¡Esta vida no me conviene! - dijo en voz alta, asustando a los jóvenes - hasta cuando seré esclava de otros, felpudo del destino? Maldita sea la hora en que nací para ser tan desgraciada.

Los sobrinos la miraron con tristeza.

- Cuando tengamos mejor paga, tía - exclamó uno de ellos amablemente -habremos de auxiliarla, sacándola de la fábrica. ¿No es la señora nuestra verdadera madre por el espíritu?

Bienvenida, lejos de emocionarse por la observación afectuosa, multiplicaba las impertinencias.

"No creo en nadie", gritó con el ceño fruncido, "cuando ustedes puedan, me dejarán en la primera esquina". No piensan sino en diversiones y malas compañías. ¿Creen que resolverán mis problemas solo con promesas?

Al observar sus rasgos neurasténicos, los muchachos esperaron la comida, en silencio. Después de esto, regresaron naturalmente a la calle. El ambiente doméstico era pesado.

La lamentación viciosa es fuerza destructiva.

Benvinda no se dio cuenta de que las amistades más íntimas la dejaban sola en el círculo de las quejas injustificadas. Nadie estaba dispuesto a escuchar su blasfemia y crítica, despiadada. Los compañeros de servicio evitaban la desalentadora charla. Los vecinos se refugiaban en casa cuando al verla disponible en el patio trasero invadido por rústicas hierbas. Los sobrinos la toleraban, haciendo un esfuerzo inmenso. En este aislamiento, la desafortunada empeoraba siempre. Comenzó a quejarse amargamente del servicio y a acusar a la administración de la fábrica. Si bien su actitud se limitó a un círculo reducido, no pasó nada, extraordinario; sin embargo, cuando decidió acudir al gerente por quejas irrazonables, recibió la orden de renuncia inflexible. Enclaustrada en la desesperación, ignoraba las oportunidades que se presentaban en el camino de todas las criaturas, ni comprendió que no era la única persona que luchaba en el mundo. Creyéndose mártir, empeoró la holgazanería mental y fue relegado al absoluto aislamiento.

Ni amigos, ni trabajo, ni compañeros, ni sobrinos.

Todo huyo, evitando la atmósfera de sufrimiento voluntario. Después de perder la casa, en venta desfavorable, con el fin de obtener recursos para la manutención propia, paso al terreno de la sórdida mendicidad.

Fue en esa terrible situación que la muerte del cuerpo la obligó a dar nuevos testimonios.

Desencantada y abatida, se despertó en la vida real con una soledad más dolorosa. Nadie la esperaba en el pórtico de las revelaciones del más Allá de la tumba. Estaba sola, sin una mano amiga.

¿Qué pasa con los sufrimientos de los que se creía víctima en la Tierra?

¿No esperabas convertirlos en títulos de dicha celestial? No creyó en la Providencia en el mundo, sin embargo, en su corazón, siempre había creído que habría un lugar glorioso para los desafortunados y hambriento de la experiencia humana. Después de mucho tiempo, en el que se multiplicaban duras pruebas, suplicó al Espíritu de su madre que le aclarase en el nuevo paisaje. Tenía sed de explicaciones, ansias de paz y hambre de comprensión. Después de suplicar con lágrimas de angustia, sintió el acercamiento de la desvelada madre.

- Bienvenida - murmuró la tierna mensajera, cariñosamente - no vayas a Nuestro Padre lamentando el aprendizaje en el que te encuentras. Toda queja viciosa, hija mía, se convierte en una crítica injusta a la Providencia. Estás convencida de que sufriste en la Tierra; sin embargo, la verdad es que envenenaste los pozos de la Divina Misericordia. Huiste de las ocasiones de trabajo, desfiguraste el cuadro sublime de logros que aguardaban tu buena voluntad en los caminos de la lucha humana. Hoy aprendes que la lamentación es energía que disuelve el carácter y opera el aislamiento de la criatura. No conseguiste cariño de nadie, no supiste cómo ganarte la gratitud de las criaturas, ni siquiera las cosas más pequeñas en el camino. ¡Sufre, hija mía! El dolor del ahora es tu creación exclusiva.

No culpes a Dios fallas que se verificaron por ti misma.

- ¡Oh! ¡Madre mía! - Suplicó la desafortunada - ¿sin embargo, no podré volver y aprender nuevamente en el mundo?

- Más tarde. Por ahora, para lograr cierta tranquilidad, te incorporarás a la extensa falange espiritual que ayuda a los rebeldes e inconformistas en la lucha humana. Redujiste la existencia por el montón quejas angustiosas, sin motivo.

Ahora trabajarás en espíritu, junto a los que se encierran en la casi impenetrable terquedad, para entender el trabajo perdido...

Y el denunciante ha trabajado hasta ahora, para abrir conciencias endurecidas a la comprensión de las bendiciones divinas.

Es por eso que muchos hombres, en reposo, a veces son asaltados por ideas repentinas de trabajos inesperados. Criaturas y cosas llenan su visión interior, requiriendo una actividad más intensa. Es que por ahí, alrededor de la mente en descanso, que comienza a operarse a los hermanos de Benvinda, para que la pereza no destruya la oportunidad, que les pasó a ellos mismos.

EL DIAGNÓSTICO

Antes de la reunión, Tomé Colavida imprimió la caricia habitual a los largos bigotes, miró a la médium Doña Eulalia con mirada preventiva y se dirigió al orientador de los trabajos, atentamente:

- Señor Martino, veamos el caso de mi diagnóstico. Iniciados los servicios psicográficos, espero que el médico no me falte con las aclaraciones técnicas sobre mis males orgánicos. Imagine el señor que ya he visitado varios grupos sin un resultado satisfactorio.

- ¿No obtuvo definiciones precisas? - indagó el bondadoso director de la reunión, demostrando fraternal interés.

- Nunca. Frecuentemente, recibo mensajes de Acacio, amorosa entidad que se afirma amigo de otras eras; todavía, sus elucidaciones no me satisfacen. Y vivo desalentado, afligido.

Durante mucho tiempo me mantengo al margen de la Medicina. Mi sobrino Sinfrônio, un médico de renombre, me aconsejó sobre

exámenes detallados. Sin embargo, vagué en vano, por laboratorios, durante más de dos años y, desde hace algunos meses, me interesa

Espiritismo, buscando, sin embargo, en vano, la solución de mi caso, a través de salas mediúmnicas.

- Pero, ¿no recibiste consejos, recetas, indicaciones? Preguntó Martino, emocionado.

- Si - esclareció el enfermo -, semejantes recursos no me han faltado; con todo, de que me vale el diagnóstico sin nomenclatura? Necesito obtener o diagnóstico de mi verdadera situación. Creo no andaría bien avisado si usase remedios, ignorando los sufrimientos físicos. Preciso esclarecimientos exactos, directrices francas. A pesar, sin embargo, de mi insistencia, los Espíritus nunca trazaron el diagnóstico deseado. Me aconsejan, atendiendo talvez a mi ansiedad, con la panacea de las buenas palabras. Entretanto, esto no sirve a mi temperamento amigo de la verdad.

Martino sarrio paciente y obtemperó:

- En todas las cosas, amigo mío, hay que considerar los designios providenciales de Dios.

- Más no estoy contra Dios - objetó el enfermo, con una expresión de superioridad. - ¿Si es que los desencarnados ven nuestra máquina orgánica, externa e internamente, porque semejante esquivarían mis pedidos reiterados. Saben más que los médicos, ven más que radiografías, escuchan más allá de la epidermis. Dueños de tales posibilidades, ¿por qué la negación de unas palabras que aclaren mis dudas? Medicinar a alguien, sin conocer la situación, es un peligro grave. La simple prescripción no satisface al hombre inteligente y observador.

- El orientador de la reunión no quiso alimentar la conferencia y guardó silencio, invitando luego a los presentes a la oración habitual.

- Una vez finalizada la obra, la hoja de papel en la que figuraba el nombre de Colavida no mostraba nada, más allá de ciertas indicaciones para tratamiento. Sin explicaciones técnicas, nada de terminología científica.

- - *¿Y el diagnóstico? Preguntó el enfermo, decepcionado, mirando al médium, entre desconfianza y censura.*

- - *No recibí ningún comentario, en ese sentido, murmuró doña Eulalia, humilde y tímida.*

-

- - *Ahora, ahora, Sr Martino - dijo Tomé al director de la obra -, a veces incluso pienso que este, movimiento de comunicación con el otro mundo no es más que una burda mistificación. ¡Pido definiciones médicas y me responden con notas de alimentación y nombres de tintes! ¿A dónde vamos con eso?*

Después de mirar a Doña Eulalia, de arriba abajo, con burla, preguntó:

- *¿Quién receta por su intermedio?*

- *Es el Dr. Juan Crisóstomo de Toledo, que fue antiguo médico en estos sitios.*

Tomé ríó, sarcástico, y acrecentó:

- *Parece que el anda desmemoriado y completamente ajeno a la Medicina. Este Espíritu debe ser un tipo inteligente.*

En este punto, Martino dio un paso adelante:

- *Mas, Sr. Colavida, en esta casa no tenemos el derecho de insultar benefactores. No solamente a los Espíritus amigos, más también a Doña Eulalia no nos piden retribución alguna. Los mentores espirituales, ciertamente, se sacrifican bastante, viniendo hasta nosotros, y la médium abandona sagradas obligaciones domésticas para atender a nuestros pedidos. No desconozco nuestras deficiencias y admito que nuestra tarea este repleta de faltas y errores que la experiencia corregirá; ¿mas, sería justo acusar de embusteros a los que se devotan al trabajo, con amor y renunciación?*

- *Thomas se dio cuenta del falso terreno en el que se había colocado, disculpándose, invocando al famoso subconsciente y suplicando ser admitido a la próxima sesión, recibiendo las mejores expresiones de hermandad de los compañeros allí reunidos.*

La semana siguiente se repitieron los mismos comentarios, con la terquedad de Colavida, la buena voluntad de Martino y la timidez natural de doña Eulalia. El paciente estaba ansioso. Pidió consejo al médico desencarnado, emitió observaciones técnicas y, finalmente, pidió, de ser posible, la presencia de Acacio, el amigo invisible, para esclarecer la situación. Una vez finalizado el trabajo de la noche, se comprobó que João Crisóstomo había escrito las mismas recomendaciones que antes, sin omitir una coma. Nada para nombrar la enfermedad del consultor. Acacio, sin embargo, le había escrito un mensaje reflexivo y afectuoso.

- «Hermano mío - decía el, revelando intimidad y cariño -, no aguardes un diagnóstico que nos sería difícil ofrecer. Has de valerte de la cooperación del amigo espiritual que te suministró indicaciones tan útiles y procura ponerlas en práctica. ¿Por qué imponer condiciones a los que te benefician? El gran problema no es el de recibir una frase complicada, à guisa de definición, mas si buscar la restauración de tus energías, lleno de buena voluntad. El diagnóstico, Tomé, no siempre puede ser perfecto y ni siempre se ajusta a las finalidades de la renovación orgánica. El cuerpo del hombre es una usina de fuerzas vivas, cuyos movimientos se repiten en lo tocante al conjunto, más que nunca se reproducen en la esfera de los detalles. Los dolores de cabeza son idénticos en las sensaciones que proporcionan, más casi siempre desiguales en los orígenes. Como ofrecerte un diagnóstico exacto, si tal vez mañana sensibles modificaciones pueden ocurrir en tus células más íntimas? No te hurtes al beneficio, apenas porque no puedes impresionar los ojos mortales con media docena de términos indescifrables. ¡Cuidate, amigo mío! el tiempo es precioso. Cuida da maquinaria física, acepta la bondad del Eterno Padre, sin cristalizar el pensamiento en las normas secundarias de la ciencia terrestre. Recuerda que te amamos intensamente y deseamos tú bienestar.»

Leyó Colavida el mensaje afectuoso, volviendo irritado;- Al final, estoy sin comprender cosa alguna. ¿Me siento enfermo, cansado, pido esclarecimientos que me satisfagan y los invisibles me dirigen exhortaciones?

Y, fijando la mirada en la médium, remataba:

- Francamente, mi decepción es sin límites. Martino, con la fe serena que le señalaba las actitudes, adjunto tranquilo:

- Es lo que merecemos, amigo mío. Deseábamos recibir el diagnóstico, ma ...

Tomé se rascó la cabeza con nerviosismo y cortó la palabra:

- Nada de reticencias. Presenciamos verdaderos fracasos. ¡Qué pena es una lástima el tiempo perdido buscando aclaraciones, cuando se me afirmó que el Espiritismo es fuente de verdad. ¿Dónde está la franqueza en estas farsas en que vengo poniendo mis mejores esperanzas? En todos los Grupos, apenas encontré material incompleto, entre médiums supuestamente humildes y adoctrinadores pretendidamente inspirados. Estoy harto. No vine a procurar consolaciones, más si informes necesarios. Estos Espíritus, con todo, deben andar allá en lo Alto a la manera de los asnos calle abajo. En todas partes es disimulación, ignorancia, fanatismo. Solicito diagnóstico y me dan recomendaciones extrañas a todo conocimiento de posología. Abandonare mi experiencia, convencido de que Espiritismo y mediumnidad son dos tonterías mundanas.

Los compañeros ya se habían retirado. Apenas Martino y Doña Eulalia permanecían allí, soportando heroicamente la neurastenia del enfermo malcriado. Reconociendo la irritación, ambos se disponían a abandonar el recinto, en silencio, cuando, al primer gesto de despedida, Tomé procuró retenerlos ansiosamente:

- ¡Por quienes son! ¡Ayúdenme! ... No quiero irme, experimentando tal impresión de abatimiento moral. Quiero la verdad, Sr. Martino. Ayúdame a lograr este propósito. La falta del diagnóstico deseado me abrumaba. Siento que todo es mentira alrededor de mis pasos.

Y después de mirar a la médium, ansiosamente, concluyo:

Doña Eulalia, si esos Espíritus que la señora dice oír y ver son personalidades reales, porque razón me niegan la verdad? Ahora que estamos a solas, atiéndanme por amor de Dios. Pidamos directamente a los invisibles que se manifiesten y me esclarezcan.

Había tamaña emoción en aquellas palabras, que Martino y la médium parecían penalizados. À la interpelación silenciosa del director de las sesiones, la noble señora respondió con bondad:

- Estoy pronta.

Se sentaron los tres. El orientador oro con lágrimas, invocando a la Providencia Divina. Fue entonces que el amigo espiritual, por intermedio de Doña Eulalia, hablo en voz triste, más firme:

- Tomé, en vano hemos procurado auxiliarte en la cura.

- Cuida tu cuerpo orgánico, mientras haya tiempo, porque tu cuerpo está dominado por la morfea nerviosa. Colavida se puso pálida y trató de no caer, allí mismo, golpeado por el doloroso diagnóstico.

Se suspendieron las oraciones, bajo fuerte emoción.

Al día siguiente, el atormentado paciente acudió a oficinas de investigación y especialistas en trastornos sanguíneos, obteniendo una amarga confirmación. Por la noche, insistió en que Martino y doña Eulalia se reencuentren en su compañía. Estaba desfigurado, llorando. Después de la oración del director de la asamblea reducida, el enfermo exclamó sollozando:

- ¡Oh! ¡Benefactores invisibles, por quien sois, auxiliadme en este destino cruel! ¡Que sorpresa dolorosa me preparaste, dándome el conocimiento de la realidad terrible!...

Más, en ese instante, la generosa entidad de Acacio tomo el puño de la médium y escribió:

«Confórmate, mi querido Tomé! No quería la verdad completa, el diagnóstico aproximado de tú situación orgánica? No llores. Acuérdate de que Jesús es el Divino Médico y no olvides que, si tienes ahora la lepra del mundo, no estás olvidado por la bondad de Dios.»

MANÍA DE ENFERMEDAD

- *¡Vamos Luisa! - exclamaba Inácio Penaranda, dirigiéndose a la esposa afectuosamente - creo estimarás el tema evangélico de esta noche. Nos prometen valiosas conclusiones, relativamente de la mediumnidad y su ejercicio. Por lo que supongo, los esclarecimientos presentarán singular interés para ambos.*

Luisa apoyo el rostro en la mano derecha, en un gesto muy suyo, y dijo con enfado:

- *Ahora, Inácio, ¿crees que puedo cometer la imprudencia de enfrentar la noche lluviosa? ¿Y mi neuralgia? ¿La gripe de Carlos y el reumatismo de mamá? No había escuchado las lecciones a las que te refieres. Francamente, no puedo entender tus buenas e invariables disposiciones.*

Inácio colocaba el nudo de la corbata y respondió:

- *Comprendo tus cuidados, mas debes recordar que hace tres años te esquivas de mi compañía. Naturalmente, debo ser el primero en encarecer tus virtudes de hija y madre; creo, sin embargo, que exageras el sentido de las enfermedades. En vano procura interesarte en los problemas de la fe, inútilmente busco inclinar tu mente para los problemas más nobles de la vida. No sabes hablar sino de enfermedades, insomnio, ventosas, inyecciones y pastillas. Vives casi amargada por expectativas angustiosas. La lluvia te aburre, el frío te atormenta, el ligero viento te asusta. Todo esto es de lamentar, porque nuestra casa no se formó en el pantano de la ignorancia, sino en los cimientos de un conocimiento sólido. Nuestra fe consagra la iluminación íntima como la herencia más preciosa del mundo. ¿Por qué, entonces, vivir así, sin creer en Dios y en ti misma?*

La Sra. Penaranda esbozó un gesto de sensibilidad ofendida y redargüía llorando:

- *¡Siempre las mismas exhortaciones ásperas! ¿Cuándo me podrás comprender? ¡Sabe Dios mis luchas, mis esfuerzos para recuperar la salud perdida! ...*

- *Ciertamente, Dios no desconoce nuestros trabajos, mas también no podría aplaudir nuestras inquietudes injustificadas.*

Doña Luisa clavó los ojos en el compañero, extremadamente excitada, y exclamó:

- ¡Cielos! ¡Que infelicidad la mía! Que amargura irremediable! Estoy sola, nadie me comprende. ¡Cuéntame Nuestro Señor Jesucristo! ...

Después de darle una mirada de lástima, el esposo se despidió:

- No precisas aumentar la lamentación. Hasta luego.

La compañera se retorció las manos, desconsolada; sin embargo, después de unos minutos, corrió hacia la puerta de salida gritando:

- ¡Inácio! ¡Inácio!

El volvió a indagar los motivos del llamamiento.

- ¡La capa! - explicaba la dueña de la casa, ansiosamente. - Olvidaste la capa... Recuerda, me siento agotada. No quieras también arruinar tu salud.

Inácio, resignado, vistió el capote impermeable y salió calmadamente.

Aquella manía de la Sr^a. Penaranda, con todo, era muy vieja. Doña Luisa no divisaba sino miasmas y pestilencias por todos los lados. Aunque tenía dolor, pasó gran parte del día fregando metódicamente el suelo, por miedo a la acumulación de polvo. Nunca permitía que el hijo se levantase de la cama antes que el Sol inundase las dependencias de la casa; traía la vieja genitora casi totalmente vendada en un cuarto oscuro, rodeada de ungüentos y cajas de inyecciones, y para si misma descubría diariamente los más extravagantes síntomas. Se refería a dolores en los brazos, en las piernas, en el rostro. Se decía víctima de todos los sufrimientos físicos. La imaginación enfermiza engendraba molestias en las más ínfimas sensaciones y, en la residencia de los Penaranda, al final del mes, las cuentas de la farmacia superaban todos los demás gastos reunidos. En balde el marido le ofreciera las luces del Espiritismo cristiano, ansioso por modificar sus disposiciones mentales. Doña Luisa evitaba las observaciones más serias y supo vivir sólo con miedo, pánico y preocupación. Raro es el día en que, al regresar de los servicios habituales, la acompañante no la

encontró ahogada en gruesas ropas de lana, sellada herméticamente en la alcoba, lamentando el viento, la humedad, la nube...

De cuando en cuando, se valía Inácio de oportunidades de la conversación común, intentando incluir ideas nuevas en el espíritu de la compañera, de manera a crear ambiente diverso. La temerosa señora no se resignaba a omitir comentarios a dolencias de toda suerte.

Cuando la situación doméstica se tornó más grave, el jefe de la familia no se contuvo y animo a la esposa a ocuparse de asuntos más elevados, compeliéndola a examinar nobles problemas espirituales y a oír proyecciones evangélicas en su compañía.

Doña Luisa atendió, sin embargo constreñidamente, a quejarse amargamente. En el curso de las reuniones a las que compareció forzada por el marido, causaba compasión a cuantos la oían la palabra lamentosa. La infeliz criatura no andaba; se arrastraba. Sus consideraciones sobre la vida eran acompañadas de suspiros conmovedores, como si su conversación no debiese pasar de lánguidos gemidos. No oía las disertaciones constructivas ni participaba de las oraciones en el ambiente general. Apenas prestaba atención a las consolaciones de Salatiel, el adorable benefactor invisible que comparecía a casi todas las reuniones. Doña Luisa, a la manera de un niño adicto al afecto, llena de una noción exclusivista, se aferraba a las expresiones de consuelo, ajena por completo a los llamamientos de carácter espiritual. Sin embargo, parecía tan abrumada por las dolencias físicas que la Sra. Marcondes, una devota médium del grupo, se ofreció voluntariamente para prestarle socorros espirituales en la propia residencia. La familia Penaranda aceptó, sumamente reconocida. Mientras Inácio examinaba la posibilidad de la renovación mental da esposa, Doña Luisa gozaba anticipadamente el momento en que podría conversar con el Espíritu Salatiel, casi a solas, para comentar las enfermedades numerosas que le invadían el cuerpo y le asaltaban el hogar.

Comenzaron los trabajos de asistencia, en un círculo muy íntimo.

El dueño de la casa m̃o cabía en sí de esperanza y contentamiento.

En la primera noche de oraciones, Salatiel discurrió sobre la Providencia del Eterno Padre y las divinas posibilidades de la criatura. El verbo amoroso y sabio de la venerable entidad extravasaba luz de esclarecimiento y miel de sabiduría. Más, con enorme sorpresa de los presentes, se interrumpió la conferencia, Doña Luisa se adelantó hablando con el instructor invisible:

- Mi querido protector, antes de retiraros me gustaría de vos oír sobre los dolores que vengo sintiendo en el brazo izquierdo.

Después de prolongado silencio, el amigo espiritual, como hombre educado para atender una criatura, responde cualquier cosa que la induzca confianza en el Poder Divino.

La consultante no se dio por satisfecha y pidió explicaciones para la picazón que sentía en los pies; también sobre el abatimiento del hijo y un examen de los órganos de su anciana madre. Sintiéndose plagado de preguntas desafortunadas, el benefactor invisible prometió insistir en el asunto en la reunión de la próxima semana.

De hecho, en la sesión inmediata, apareció Salatiel y dirigió un mensaje significativo a la Sra. Penaranda.

-Hermana mía- decía el solícitamente -, no construyas cárcel mental para tus posibilidades creadoras en la vida. Es razonable que el enfermo procure remedio, como el sediento se encamina a la fuente amiga que le quitará la sed. No envenenes, sin embargo, tus días en el mundo con la idea de enfermedades. ¿Por qué esperar la salud completa, en un plano de material imperfecto como la Tierra? Si el planeta es, reconocidamente, una escuela, es justo no pueda constituir morada exclusiva de educadores. ¿Si la reencarnación es desgaste de aristas, como aguardar expresión de pureza absoluta en los elementos en atrito? El cuerpo humano es campo de fuerzas vivas. Millones de individuos celulares ahí se agitan, a la moda de los hombres en colonias y ciudades tumultuosas. Hay continuos servicios renovadores en la asimilación y desasimilación. ¿Si esto es inevitable, como aguardar perfecta armonía orgánica en la máquina celular desmontable y perecible? Recuerde que ese laboratorio corporal, transformable y provisorio, es el templo donde podrás adquirir la salud eterna del Espíritu. ¿Andaría acertado el creyente que se dejase detener voluntariamente en el lodo que recubre las paredes de su casa de oración, indiferente a la

intimidad sublime y profunda del santuario? Es justo que las figuraciones externas requieran nuestra atención, mas no podemos olvidar lo esencial, lo que no muere y lo mejor. Pondera mis despretensiosas palabras y libera la mente encarcelada en las sombras transitorias, recordando la enseñanza de Jesús cuando aseveró que nuestro tesoro estará siempre donde colocamos el corazón.

Doña Luisa, sin embargo, continuó impermeable a las amonestaciones nobles y elevadas. No valorando los consejos de Salatiel, con amorosas interpretaciones del marido y de los hermanos en la fe.

Los años agravaron sus preocupaciones y manías, hasta que la muerte del cuerpo se encargó de darle nuevas experiencias.

¡Cual no le fue, sin embargo, la sorpresa dolorosa al verse sola, abandonada, sin nadie! Guardaba la nítida convicción de haber transpuesto el límite del sepulcro, mas continuaba prostrada, experimentando vértigos, dolores, picazones. Tomada de pavor, observaba los pies y manos singularmente hinchados, la epidermis manchada de notas gangrenosas de los últimos días en la Tierra.

Oraba, y todas sus oraciones parecían sin eco espiritual.

¿Cuánto tiempo duró ese martirio? Luisa Penaranda no podría responder.

Llegó, no en tanto, el día en que pude entrever la presencia de Salatiel, después de muchas lágrimas.

- ¡Oh! ¡Venerable amigo! - Exclamó la desencarnada, agarrándole las manos - ¿porque semejantes sufrimientos? ¿No es cierto que dejé la experiencia terrestre? ¿No oí muchas veces que la muerte es liberación?

Mientras el generoso emisario la contemplaba, compadecido, la infeliz continuaba:

- ¿Dónde está la justicia de Dios que yo esperaba? Nunca fui mala para los otros...

A esa altura, el benefactor espiritual tomó la palabra y esclareció:

- *Si, Luisa, nunca fuiste mala para los otros, mas fuiste cruel contigo misma. ¿No sabes que toda liberación o esclavitud pueden comenzar en la Tierra o en los círculos invisibles? Sepulcro es cambio de casa, nunca de situación espiritual. La muerte del cuerpo no elimina el campo que plantamos. Además, es su mano la que nos ofrece la cosecha. Preferiste la idea de enfermedad, la cultivaste, la alentaste. Es natural que tú campo aquí sea el de la enfermedad. No existe otro para quien, como tú, no quisiste pensar en otra cosa.*

Y, ante la mirada asombrada de la infeliz, Salatiel remataba:

- *Existe el Reino de Dios que aguarda la glorificación de todas las criaturas, y existen los reinos del «yo», donde nos internamos por las creaciones del propio capricho.*

¡Abandonemos los reinos inferiores de nuestras ilusiones, mi buena amiga! ¡Procuremos el Reino de Dios, infinito y eterno!...

La Sr^a. Penaranda sentía arderle el pecho, alucinada de nuevas esperanzas.

- *¡Llévame contigo, generoso Salatiel! ¡Líbrame de estos dolorosos padecimientos!... ¡Enséñame el camino de la Libertad!...*

El mensajero le dirigió una mirada fraternal y, haciendo mención de retirarse, acentuó:

- *Puedo, como otrora, convidarte, no, sin embargo, arrastrarte. El problema pertenece a tú foro individual.*

El trabajo es en tú campo. Arráncale la hierba dañina y siébralo de nuevo. Ven con nosotros, Luisa. Ayúdate. Si te sientes verdaderamente cansada de la esclavitud en la que has vivido, recuerda que para la liberación del Espíritu todo minuto es tiempo de comenzar.

EL ADOCTRINADOR RIGUROSO

Con la palabra vigorosa e inflamada, el predicador espírita se extendió en su exposición habitual:

- *Nunca habrá acuerdo entre el mundo y nosotros. Huyamos de esta Babilonia en llamas, donde la perdición corrompe el carácter y*

pervierte las mejores energías. En este terrible pantano, las víboras venenosas se arrastran en todas direcciones. Protejámonos, distanciándonos, de las espesas sombras del pecado. ¡Observad el abismo bajo vuestros pies!

Oscuridad en todas partes... En los caminos más minúsculos, la vista invariable del polvo y el barro, las piedras y las espinas, desalienta al viajero previamente dominado por el idealismo y la esperanza; Revelemos nuestro disgusto ante el mundo criminal y perdido. Recordemos a los santos magnánimos que iluminaron el cuadro de civilizaciones, en los días más oscuros. ¡Todos ellos huyeron al malvado Planeta! Es que, en este inmenso fango, las mejores aspiraciones del Espíritu se pierden en la tormenta del mal, lejos de ¡Dios!...

Macario Barroso era, así, de riguroso e implacable.

Dirigiendo considerable agrupamiento espiritista, su actitud desconcertante alcanzaba a la comunidad entera, dilatando preocupaciones y tristezas y haciendo escasear alegrías. Las jóvenes colaboradoras, en sus trabajos de difusión doctrinaria, no deberían manifestar los júbilos propios de la mocedad llena de sueños y las carcajadas infantiles, pájaros felices cantando en las ramas cansadas de la vida, consideradas por Macario como impulsos inconvenientes de la infancia, ordenando duras reprimendas.

- No concuerdo con ningún rastro que nos recuerde las perdiciones del mundo. Simplifiquemos todo, combatamos la falsedad de ciertos principios que han abierto la puerta a pecados miserables.

Sin embargo, no reconocía, sin embargo, el asesor, que la sencillez no significa violencia, y que los engaños de concepción tanto pueden permanecer en el que se arroja al descuido, como en el hombre que desea madurar el fruto cuando la fronda verde solo ofrece flores tiernas.

Macario, todavía, presentaba fenómeno singular. Extremista de opinión, impresionaba favorablemente a cuantos le oyesen pareceres, porque, en el fondo, era hombre devotado y sincero. No concedía a si mismo ningún entretenimiento, ningún placer. Se sacrificaba casi totalmente a los principios de que se tornara

emérito predicador. Revelaba gestos de profunda nobleza a los compañeros en la fe, y la sinceridad es siempre seductora, donde quiera que permanezca.

Por eso mismo, la psicología de su individualidad brillante presentaba situaciones de enorme complejidad. És que el prestigioso orientador no sabía identificar las necesidades ajenas sino a través de los prismas que le eran peculiares. En su modo de observar, todos los casos deberían estar afinados por las características de lo que le era propio. Porque guardaba escabrosas impresiones del pasado individual, en virtud de crueles experiencias en la lucha humana, creara padrón exclusivo y erróneo para juzgar a los otros. Pintaba de negro cualquier paisaje del mundo, condenaba su tiempo, no toleraba a los amigos que se decidiesen al trabajo de la colectividad en ambientes hasta ahora extraños a la expresión religiosa, como la Política, la Ciencia, la autoridad administrativa y el círculo de las Finanzas. Comprendía a su manera que Jesús no podría participar en trabajos diferentes de la actividad puramente mística en si misma, y si algún compañero manifestaba propósitos de cooperar en esos sectores, Macario exhibía profunda admiración y observaba;

- No concuerdo. Semejante actitud es el escándalo de la vuelta al mundo, que deberemos detestar.

Si, en plena calle, alguien le mostrase una casa de deporte o algún recinto de alegría popular, Barroso se apartaba intencionalmente, bajaba los ojos y tomaba otro rumbo, esclareciendo:

- Son secuelas de Sodoma y Gomorra, reductos del crimen, que el fuego consumirá algún día.

Se apartaba deliberadamente de toda palestra en la que hubiese preocupación, aunque correcta, por los problemas de la vida social, y huía de la conversación donde el buen humor estuviese amenizando las agruras del camino común de los hombres.

A pesar de bondadoso y sincero, se aisló poco a poco, apartándose de amigos, de compañeros y de afectos. Lleno de preocupaciones salvacionistas, era siempre fecundo en pedidos, consejos y advertencias, donde quiera que estuviese, sin la necesaria selección de valores, lugares y situaciones. Lo que definía, no en tanto, como

intención regeneradora, no era más que la imposición de las propias ideas, con el olvido de que, para beneficiar con provecho, debería dirigirse a la esfera mental de cada uno de los hermanos en la lucha, sin obligarlos a procurar el plano en que se mantenga.

En balde la cariñosa madre le advirtió los peligros de la situación. Inútilmente los amigos solicitaron la transformación precisa. Macario fue implacable. Prefirió la soledad, a la necesidad, al abandono. Se declaraba amedrentado del mundo, donde el bagaje de sus errores se tornara voluminoso y exigía que todos los compañeros exteriorizaran celos iguales a los de él. Veía monstruos en todos los recintos, perversión en las alegrías más inocentes.

Y fue así, rígido e inflexible, sin ceder absolutamente a nada, que el bondadoso adoctrinador regresó a la esfera espiritual.

Se desprendió de la zona carnal, casi solo, como preferirá vivir, en el radicalismo de los principios personales.

Mucha gente pasó a catalogarlo en la relación de los santos, tales eran los supuestos sacrificios que Barroso revelara en la existencia terrestre, los cuales, en la realidad, no pasaban de imposiciones de su personalidad intransigente. Todavía, en cuanto reducido grupo erigía al desencarnado un mundo de homenajes, el adoctrinador pasó a las sorpresas inesperadas en la esfera diferente de acción. Decepcionado, no encontró el paisaje que estaba esperando. Se halló sin nadie, exclusivamente solo. ¿Qué región era aquella estaba formada por una montaña helada?

Contemplaba a distancia los valles que la neblina convertía en cuadros cenicientos e indefinibles.

El frío cortante le dilaceraba el corazón. ¿Cómo interpretar la novedad constreñida? El pobre amigo lloró amargamente, implorando elucidaciones de la Providencia Divina. ¿No fue un combatiente implacable de los errores y mentiras de su ambiente y de su época?

Transcurrido mucho tiempo en la expectativa dolorosa, fue visitado por benevolente emisario que le extendió auxilios cariñosos.

- ¡Ah! ¡Amigo mío! ¿Que hice para merecer tamañas flagelaciones?
- preguntó Macario, tras agradecerle la presencia amorosa - cumplí mis deberes, no olvide las obligaciones asumidas...

El mensajero lo contempló afectuosamente y habló, tomándole las manos en un gesto paternal:

- O hijo mío, cuanto lastimo tu desentendimiento. No puedo negarte el esfuerzo y la buena voluntad, entretanto...

- ¿A qué incomprensión os réferis? - Interrogo el ex adoctrinador conturbado - ¿acaso no me aparte del mundo para servir a Dios?

La bondadosa entidad hizo un gesto significativo y esclareció:

- Esta simple afirmativa demuestra tu engaño fatal. ¿Cómo podría el siervo atender al señor que le contrató la actividad, abandonando la zona de servicio confiada a su esfuerzo?

¿Reconociendo la Tierra integrada en la creación de Dios, como cumplir los designios del Padre, huyendo de sus servicios?

Mientras Macario denunciaba intraducible angustia en llanto que le brotaba de los ojos, el amigo continuaba:

- Muchas veces procure restituirte el corazón al verdadero camino, hablándote a través de familiares y amigos prudentes, mas cristalizaste los raciocinios, cerrando las puertas del plano mental a mis llamadas.

- Es que el mundo siempre me pareció insondable abismo, de crímenes sin cuenta... nunca pude contemplarlo sin amargura y condenación - el hombre lloroso recién desencarnado se expresó.

- Actuaste como un hombre tiránico que intenta violar a los que se cruzan en sus caminos, obligándolos a compartir la redención de sus propias deudas. Porque estas en deuda con la Tierra, pretendiste adoctrinar con orgullo, imponiendo a los demás preocupaciones y pesares que todavía te pertenecen. ¿Por qué tanta aversión a la escuela de los benefactora? ¿No es así, hijo mío, no te alimentabas del mundo, ¿no te vestiste con él? No fue el mundo el que te enseñó los primeros conocimientos, el que te dio la bendición del cuerpo, la posibilidad de renovación individual, el reencuentro de los afectos divinos? ¿Te gustaría insultar a la Tierra, porque te

ha dado la dedicación de los padres, el templo de la reencarnación, la calidez del hogar, la mirada amable de los que te aman?

Recibiste abundantemente las inspiraciones de un orden superior, pero prefieres la soledad con terquedad de quien no sabe renunciar a sus propios caprichos. Predicaste la palabra en nombre de Jesús, llamando a los oyentes a recibir imposiciones, olvidando que el Divino Maestro no esperó a las criaturas, en la esfera de su gloria, pero si vino a nosotros, ayudándonos a cada uno de nosotros.

Al referirse a la pausa intencional que el mensajero le había dado al discurso, Barroso gritó desanimado:

- ¡Me asustaron las guaridas de la perdición! ...

- ¿Por qué temer y no tener lástima? Preguntó el sabio, con calma. - No estabas interesado en los enfermos del cuerpo? ¿Cómo despreciar a los enfermos de alma con injusto disgusto? ¿No te acercabas amorosamente a los mutilados físicos? ¿Por qué disgustarse con los lisiados espirituales? No hay lugares despreciables para el cristiano fiel, porque dondequiera que esté, le es posible hacer el bien con Jesús.

Macario, muy triste, secaba los ojos. Comenzaba a entender la amarga situación. Intentando, sin embargo, la última justificación, exclamó:

- Me sedujo el recuerdo de los santos...

No en tanto, antes que se alargase en nuevas consideraciones, el mensajero acrecentó:

- No conoces, todavía, los santos de Júpiter o Saturno. Tienes noticias apenas de los que se glorificaron en la Tierra. Es forzoso, pues, reconocer que, del mundo que detestaste, salieron Simón Pedro y Pablo de Tarso que tanto admiras. De este modo, claro está que el mundo solamente será perverso para quien lo mire nutriendo intenciones o reminiscencias de esa naturaleza.

Macario Barroso experimentó tremendo choque. Entendería, en fin, el equívoco ruinoso de sus antiguas concepciones, cayendo en amargado silencio.

De ahí a instantes, el emisario le hacía un gesto de adiós.

- Oh! ¡Amado benefactor! - Suplicó el infeliz, bañado en lágrimas - ¿por cuanto tiempo me quedaré aquí, abandonado en este monte helado?

- Esta montaña - esclareció la generosa entidad - debe representar profundo símbolo a tu corazón. No basta lograr el tope de la cultura y del conocimiento intelectual; es preciso que haya sol de comprensión y amor que ilumine y aliente el clímax.

Emocionado, Barroso suplicó aun:

-Bendecido amigo, mensajero del Altísimo, enséñame a reparar mis errores, para la redención de mi pobre alma! Auxíliame, no me negueis vuestras manos!...

El benefactor, prestos a partir, le dirigió significativo mirar y acrecentó:

- Tienes bastante conocimiento para comprender la magnanimidad de Nuestro Padre. Tu cuestión, Macario, es con el mundo. Antiguamente erraste, embrollando tus caminos; presentemente renovaste el error, huyendo de los servicios. No tengo otro consejo para tu corazón más allá de la fórmula de procurar al acreedor y conocer la cuenta en sí.

En cuanto a lo demás, hermano mío, confía en la bondad del mundo y que Dios te conceda misericordia en el justo rescate.

LA CREYENTE INTERESADA

Doña Marcela Fonseca vivió los últimos momentos en la Tierra.

A pesar de la gravedad de su condición orgánica, la moribunda se mantuvo singularmente clara y se dirigió a la familia con una voz conmovedora:

- La confianza en Dios no me abandonará... La Celeste Misericordia nunca desestimó mis ruegos... El Divino Maestro estará conmigo en la dolorosa transición...

Algunos familiares lloraron, en tono discreto, buscando, en vano, retener las lágrimas, en el amargo adiós.

- No lloren, amigos míos - los consoló doña Marcela - ¡el espíritu de mi madre, que tantas veces ha ayudado a mi alma, me extenderá sus generosos brazos! ... Durante más de treinta días, he sufrido en este pesado lecho de tormentos físicos. ¿Qué representa la muerte sino la bendición deseada para mí, que espero la libertad y nuevos mundos? No olvidaré a los compañeros en próximas tareas. Creo que la muerte no me ofrecerá lágrimas, además del anhelo natural, por la retirada... Siempre he mantenido mi fe en Dios, no solo como católica y protestante, sino también en lo que respecta al Espiritismo, que abracé tomada por sincera confianza... con el mismo fervor de mi asistencia a misas y servicios evangélicos, me entregué a nuestras sesiones esperando que nada me falte en los caminos del Más Allá... ¡Hay que esperar las esferas felices, los mundos de descanso y redención! ...

Los familiares presentes lloraron muy conmovidos.

Doña Marcela guardó silencio. Luego de largos minutos de meditación, pidió que se recitaran súplicas a la Divina Providencia, acompañándolas en silencio. Un sudor frío bañaba su cuerpo demacrado y, poco a poco, los transeúntes se dieron cuenta de que la moribunda exhaló los últimos suspiros.

Lo que sucede en la mayoría de los casos, puertas a la sociedad común, la cámara mortuoria se convirtió inmediatamente en un espacio de llanto angustiado, donde los que no lloraban en voz alta se referían a las virtudes de la difunta, y, en silencio, a sus defectos.

.

La desencarnada, sin embargo, ya no permaneció en el ambiente de viejos desencuentros y repetidos disfraces.

Había sido bendecida con un sueño cariñoso y leve después de la destructiva crisis orgánica. Una suave sensación de descanso había caído en su corazón. Sin embargo, sin poder explicar cuánto tiempo había durado ese estado de tranquilidad espiritual, doña Marcela se despertó en una cama muy limpia, pero extremadamente desprovista de comodidades. A su lado, una amorosa anciana la abrazó, llorando de alegría, exclamando:

- ¡Por fin, mi querida hija! Marcela, mi querida Marcela, extraño tu compañerismo! ...

La hija respondió a las manifestaciones afectivas, sin embargo, después de arreglar cuidadosamente el nuevo paisaje, no disimuló la decepción que dominaba su espíritu voluntarioso. Ya no era la misma criatura, que revelaba tanta humildad en la agonía corporal. Ahora estaba sin la afluencia del dolor. Experimentó total libertad para respirar y moverse. Ya no el sudor incómodo, ni la disnea insostenible para torturar su cuerpo. Ya no el perdedor agonizante, sino doña Marcela del camino común, trivial, exigente, descontentan.

A pesar del impulso natural de seguir besando a la madre amorosa, no desechó al orgullo herido y preguntó:

- Mamá, explícame. ¿Por qué permaneces con esos trajes? ¿Qué significa esta choza sin comodidad? ¿Qué región de la vida es esta, donde la veo tan enormemente desamparada? ¿Es creíble que este sea su lugar? ¿No era una creyente sincera en el curso de las experiencias terrenales?

La anciana, con la mirada serena de quien ya no teme a la verdad, acentuó resignada:

- Estamos en el mundo de nuestras propias creaciones mentales, hija mía. Según nuestras reminiscencias, yo era un católico profundamente arraigado en mis viejos principios; sin embargo, no puede negar mi antigua preocupación por descansar en los esfuerzos de los demás. ¿Recuerdas cómo torturaste a nuestros servidores domésticos? ¿Te acuerdas de mi tiranía en casa, en los servicios de tu padre, en las actas de la iglesia? Cuando desperté aquí, mis sufrimientos eran ilimitados, ya que mis creaciones individuales eran terribles. Las fieras de la inquietud, el remordimiento y el egoísmo me miraban por todos lados. Fue entonces cuando le pedí a Dios que me permitiera destruir las obras imperfectas, reconstruir conscientemente de nuevo. Y aquí me tienes. Todo pobre, humilde, sin valores, pero para mí, que ya me he equivocado demasiado, hiriendo a los demás y despreciando las cosas sagradas, esta choza muy pobre es la bendición del Padre, para recomenzar las santas experiencias.

La recién desencarnada contempló la escasez de objetos de servicio, se fijó en la miserabilidad de los objetos expuestos, abrió mucho los ojos y exclamó:

- ¡Dios mío! ¡Cuántas situaciones extrañas! ¡Mamá, siempre te juzgué en las esferas felices!...

"Esos planes comienzan con nosotros", dijo la madre, con la tranquilidad de la experiencia vivida.

Recordando las innumerables manifestaciones religiosas a las que había prestado el concurso de su presencia, la señora Fonseca respondió:

- No estoy satisfecha con la miseria que parece estas acostumbrada actualmente. ¿Y mi propio lugar? He visitado templos de la fe miles de veces en el mundo. Es imposible que se olviden de nosotros los guías y benefactores. ¿Dónde están Bernardino y Conrado, los amorosos directores espirituales de nuestras reuniones? Necesito preguntarles sobre mi situación.

La amable anciana sonrió y dijo:

- Ambos continúan en la bendita tarea de orientar, distribuir beneficios; pero los encuentros continúan en la esfera del Globo y nosotras nos encontramos en un círculo diferente. ¿Qué sería del trabajo terrenal, hija mía, si los siervos de Dios abandonaran sus tareas, solo porque uno de nosotros fue llamado a la nueva expresión de vida?

Marcela entendió el alcance profundo de esas palabras y observó:

- Cualquier otra autoridad espiritual me puede servir. Necesito recibir aclaraciones directas sobre mi puesto actual.

La cariñosa anciana dirigió a su hija una mirada cariñosa y compasiva, explicándole prudentemente:

- Podré llevaros a la presencia del generoso director de nuestra comunidad espiritual. Por su bondad, recibí permiso para buscarte en el mundo. Creo, por tanto, que la sabiduría de nuestro benefactor será suficiente para las deseables explicaciones.

De hecho, a la primera oportunidad, Marcela fue conducida por su madre a la presencia de su venerable amigo.

El sabio los recibió, con espontáneo cariño, que la Sra. Fonseca lo interpretó como subordinado, sintiéndose libre para manifestar las quejas más amargas, estallando de su alma rebelde. Después de una exposición minuciosa e irritante, concluyó lamentando:

- Como sabéis, mi fe era invariable y sincera: en la Iglesia católica, en el templo evangélico, como en el grupo espiritual, fui asiduo en las manifestaciones de fe y nunca arbitre la devoción. Por tanto, no me satisface este abandono al que me siento comprometida.

El procurador asesor, que había escuchado con paciencia la relación verbal de la interlocutora, enfatizó en ese punto;

- Sin embargo, no está indefensa. Autoricé a tu madre a que te recogiera de las zonas bajas, con sumo cuidado.

- Pero la situación de mi madre, en mi opinión, merece reparaciones especiales - gritó la Sra. Fonseca, intempestivamente.

El amable mentor sonrió cuando controló su nerviosismo y luego explicó:

- Ya se. Te sientes herida por el amor a la personalidad. Sin embargo, puede estar equivocada.

Y, llamando a un asistente, recomendó:

- Traiga las anotaciones de Marcela Fonseca.

En un momento, el portador reaparecía, dejando atrás un libro de enormes proporciones. Curioso e inquieto, el visitante leyó el título:

- «Pensamientos, palabras y obras de Marcela Fonseca».

- ¿Quién escribió este volumen? Preguntó aterrizada.

- ¿No sabes que este libro es tuyo? - preguntó el mentor en voz baja - es una obra de sustancia mental, que tu alma ha escrito, todos los días y todas las noches de la existencia terrena, pensando, hablando y actuando.

La interesada no supo ocultar la sorpresa; pero el asesor, abriendo las páginas, añadió: - No puedo leer todo el libro en su compañía.

Veamos, sin embargo, el resumen de sus actividades religiosas.

Fijando su mano en cierta hoja, el sabio aclaró:

- Como puede ver, asistió a seis mil setecientas cinco misas en el mundo, dos mil quinientas ceremonias del culto protestante y siete mil doce sesiones espiritistas. Sin embargo, es curioso notar que tu corazón nunca ha estado en estos lugares para agradecer a Dios o para desarrollar servicios de iluminación interior, o fuera del círculo individual. Su único objetivo fue siempre preguntar o reiterar peticiones, olvidando que el Padre había puesto innumerables posibilidades y tesoros en su camino. Recitando fórmulas, cantando himnos o concentrándose en la edición, solo había un propósito en su fe: la solicitud. Ha cambiado el etiquetado, pero no ha transformado su interior.

Ante el asombro de Marcela, el sabio continuaba, delicado:

- Es justo pedir; sin embargo, también es necesario saber cómo recibir las dadas y distribuirlas. La naturaleza misma ofrece las lecciones más profundas a este respecto. Dios siempre da. La fuente recibe las aguas y esparce los arroyos cristalinos. El árbol obtiene el beneficio de la savia y produce flores y frutos. El mar detiene la corriente de los ríos y hace la nube que fertiliza la tierra. Las montañas protegen las rocas y establecen la seguridad de los valles. Solo los hombres suelen recibir sin dar nada.

Pero... - concluyó el sabio consejero - no tengo tiempo para seguir leyendo. Después de esto, devolverá el volumen a los archivos de la casa.

La S^a Fonseca inició el servicio de recapitulación de sus propias reminiscencias y solo terminó cinco meses después.

Extremadamente decepcionada, devolvió el enorme libro y, después de una advertencia alentadora del magnánimo director espiritual, explicó con humillada:

- Siempre he sido sincera en mi fe.

- Sí, hija mía, pero la fe fiel debe ser una lección viva del espíritu de servicio. Su convicción es indiscutible. Su historial, sin embargo, es el de creyentes interesados.

Con gran tristeza en sus ojos, la mujer recién incorporada comenzó a llorar. El dedicado mentor la abrazó y le dijo paternalmente:

- Renueve sus esperanzas. Tu dolor no es único.

Existen numerosas colectividades en sus condiciones. Además, hay registros mucho peores que los suyos, en materia de fe religiosa, como, por ejemplo, los de simoníacos, mentirosos e investigadores inconscientes. Anímese y continúe confiando en Dios.

Reconociendo su propia miseria, Marcela recibió el acogimiento de su madre como una verdadera bendición celestial.

Sin embargo, la nota más interesante fue su primera visita al círculo de hermanos encarnados. En plena sesión, relató la experiencia conmovedora y enumeró las sorpresas que habían esperado a su corazón en el plano espiritual. Su relato era palpitante de realidad, pero todos los presentes recordaban a la anciana doña Marcela Fonseca y coincidían, entre ellos, en que la manifestación era de un Espíritu mistificador.

OBSESIÓN DESCONOCIDA

Los padres de Isolina Faria se aproximaron al grupo espiritista, ansiosos por curar a su hija.

Desde hacía mucho, la joven vivía bajo el imperio de singulares manifestaciones. Con los ojos cerrados denunciando profunda insensibilidad fisionómica, gestos rudos, Isolina se retorció extrañamente, y daba guarida a una entidad ignorante y sufridora que la tornaba poseída. El Espíritu perturbado, que parecía tenerla agarrada, prorrumplía entonces en blasfemias, lágrimas y sollozos. Se lastimaba, maldiciendo, acusando a personas y envenenando circunstancias, cual loco que ninguna fuerza conseguía detener. Agotados los recursos comunes, la familia deliberó apelar al Espiritismo, antes de cualquier providencia para internarla en el manicomio. Vecinos y amigos no escatimaban definiciones. Aquello debería ser una cruel obsesión. ¿No se había curado, mucha gente, en trabajos de consoladora doctrina de los Espíritus? ¿Por qué no intentar la mejoría de Isolina mediante esos recursos? Cuando el

jefe de la casa acepto la decisión, el generoso Nolasco Borges, viejo conocido de la infancia, se ofreció a los servicios iniciales.

-Cálmese, amigo mío - esclareció el compañero inquieto -, en nuestras reuniones la enferma encontrará las mejorías precisas. Hoy mismo comenzaremos los trabajos de adoctrinación de la infeliz y, en breve tiempo, Isolina será restituida a la salud y a la alegría a que su juventud tiene derecho.

De hecho en la noche inmediata, pequeña caravana, con Nolasco al frente, penetraba el modesto salón de los Pachecos, donde se efectuaban sesiones íntimas.

El viejo Araujo, adoctrinador cariñoso y esclarecido, organizó la reducida asamblea, consciente de la responsabilidad que le cabía.

Luego después de la oración de la apertura, la moza enferma caía en contorsiones extrañas. Palidísima, con la boca espumeante, gritaba dolorosamente, reproduciendo emociones de la entidad desconocida - ¡Oh! Hermano mío - exhortaba Araujo bondadosamente -, ¿por qué violentas de esta manera a una pobre niña, necesitada de equilibrio para atender a los propios deberes? ¿Quién es usted amigo mío, olvida el mal y oye la lección de Jesús? Estamos aquí volcados a ala practica del bien.

Somos imperfectos, inferiores. Tanteamos en las sombras de la ignorancia y no deseamos imponerte enseñanzas. Sabemos que la obra de redención final pertenece al Maestro Divino; entretanto, creo que podemos advertir tu corazón, pues aquellos que cayeron como nosotros, en este mundo, están habilitados a comentar los propios males y evitar que otros incidan en los mismos errores. Algunas veces, podrá parecer que somos excesivamente osados, intentando establecer normas a los que viven en la esfera invisible a nuestros ojos, con todo, este esfuerzo obedece al amor fraternal QUE Jesús bendice. ¡Vuelva amigo! ¡Abandona la tarea ingrata de subyugar a esta joven, que debe enriquecerse con las experiencias de la vida terrestre! ¡Solicitamos tu buena voluntad por amor a Dios!...

La voz del amoroso adoctrinador se silenció ligeramente. Araujo, emotivo y bondadoso, enjugaba los ojos húmedos, mientras la reducida asistencia permanecía bajo enorme impresión. El Espíritu

ignorante demostraba aflicción. La palabra del adoctrinador lo afecto profundamente, más, como si estuviese preso a inflexibles esposas, sollozaba más fuertemente y gritaba:

-¡ahí de mí! ¡No puedo!... ¡No puedo!...

-¿No puedes?- tornaba Araujo, dedicado - cuando tenemos voluntad, Jesús confiere el poder. Anímate. ¿Por qué perseverar en el sufrimiento del mal, cuando el bien nos ofrece alegrías eternas? Levantémonos para Dios, edificándonos en la propia flaqueza. Si guardas reminiscencias amargas, escóndelas de ti, deshazte del vinagre acumulado en el corazón. ¡Si fuiste ofendido, perdona! Si las heridas te reclaman venganza, aplícales el bálsamo del amor que sabe vivir de la esperanza en Cristo.

El cuerpo frágil de la joven se retorció violentamente, al paso que el sufridor murmuraba en llanto:

-¡Soy infame, desventurado! No puedo... no puedo...

Las reuniones de esclarecimiento proseguían sin alteración. Dos veces por semana, se agrupaban los compañeros, repitiéndose las mismas escenas.

Araujo no podía ser más paciente. Enseñaba bondadosamente, como quien sabe corregir amando. La entidad perturbadora, sin embargo, no correspondía al esfuerzo sino con gritos, protestas y sollozos lastimeros.

Transcurridos algunos meses, la pequeña asamblea comenzó a impacientarse. Tan pronto se manifestaba el infeliz, se formaban pensamientos contrarios a la simpatía fraternal. En la opinión de la mayoría, aquel Espíritu requisado puniciones y ásperos consejos. Isolina era tenida como víctima infortunada en las manos del audaz verdugo de la esfera invisible. Se admiraba la paciencia del dedicado orientador de las sesiones, que ponía en juego todos los recursos afectivos.

Nolasco, sin embargo, a cierta altura de la tarea, no se contuvo, y, después de la tumultuosa reunión, interpeló Araujo amigablemente:

-¿No juzga usted necesario y conveniente punir a ese perseguidor implacable? Creo que se trata de un perverso bandido de las tinieblas.

El viejo adoctrinador percibió las dudas que dominaban en el ambiente general y acrecentó:

-Hace mucho, vengo tratando de comprender que cada cosa permanece en el lugar que le es propio. En nuestra apreciación fragmentaria, el perturbador de Isolina es un Espíritu diabólico; entretanto, es imprescindible no olvidar que nuestras definiciones son incompletas. Hace ocho meses trabajamos para levantar las energías, sin resultados satisfactorios. ¿A primera vista, estamos fracasados en el servicio de socorro espiritual; más, como firmar nuestro punto de vista en este sentido, si desconocemos las causas profundas?

Nolasco y los demás compañeros respetaron el parecer, manteniéndose en silencio expresivo.

-Agotadas nuestras posibilidades de comprensión - prosiguió el viejo amor-, ¿no será justo apelar para el Plano Superior? Nosotros que deseamos socorrer, precisamos igualmente ser socorridos. Pidamos a Melania, amoroso guía de nuestros trabajos, que se pronuncie. Es posible que su bondad fraterna nos conceda la llave del enigma.

Nadie discordó de la criteriosa sugestión.

A la noche siguiente, la reunión en casa de los Pachecos fue más íntima. Susurro Melanie gentilmente y, después de recomendar la cesión temporal de los trabajos de adoctrinación, prometió llamar al obsesor para esclarecerlo. Examinaría el caso con atención, a fin de tentar providencias justas. Enseguida, volvería a notificar a los hermanos relativamente las tareas que se imponían.

Transcurrieron días antes de que el emisario regresase con las instrucciones espirituales. Después de tres semanas de expectativa, en sesión común de agrupamiento, es que Melanie se manifiesta, y, después, de las cariñosas saludaciones usuales, hablo, bondadosamente, con sorpresa general:

- El caso de Sor Isolina Faria, debo esclarecer preliminarmente que los aprendices de la Tierra conocen la obsesión solamente en el sentido unilateral. El infeliz perturbador, que atiende por el nombre de Juliano Pórtela, de su última existencia terrena, no fue encontrado fácilmente. Precise reunirme con compañeros de la espiritualidad, a fin de llamarlo para explicaciones directas. Tenéis, en vuestras sesiones, la presencia del enfermo encarnado, al paso que, en las nuestras, examinamos a los enfermos invisibles a vosotros. Me entregue para la solución del asunto con la mayor buena voluntad; entretanto, el perturbador de Isolina se queja amargamente del asedio que experimenta, en la esfera en la que se encuentra. Se declara perseguido, atormentado por ella. No tiene paz, ni rumbo cierto. La mente de la joven, con su gran poder magnético, lo requisita en todas partes. El pobrecito no consigue progresar, ni hurtarse al ambiente de inquietud que ella lo sujeta. Si a vuestra forma de ver permanece nuestra amiga asediada, a nuestra vista surge el infortunado Juliano en terrible desespero de corazón, como quien se siente prisionero de garras inflexibles.

Delante de lo que observamos, el verdadero obsesor es la médium obstinada. La vigorosa potencialidad magnética de Isolina es la jaula, y Juliano es el pájaro cautivo. Es preciso restablecer el equilibrio de la verdadera situación. Tanto existen perseguidores en la esfera invisible, como en los círculos de vuestra actividad común. Aclaró el propio espíritu, amigos míos. Expulsemos la sombra de nuestra región interior. Desencarnados y encarnados no significamos dos grandes razas diferentes e irreconciliables. Todos somos semejantes en la vida eterna, con las mismas posibilidades, deberes y obligaciones. En los dramas pungentes de los obsesados, recordó que, si en la justicia humana no ocurren procesos absolutamente iguales en los detalles, en el rescate divino cada situación presenta características diferentes. Mantener el brillo del cristal y reflejareis la luz en su pureza; ¡mantengamos la miel del bien y las abejas de la sabiduría os rodearan los pétalos interiores!...

Melanie se calló mientras la asamblea lloraba conmovida. El bondadoso Araujo agradeció con lágrimas de alegría:

-¡Agradecido, hermano mío!

El mensajero oró aun, emocionadamente, y declaró al despedirse:

-En vista de lo que observamos, queridos compañeros no bastará espantar las moscas del mal. Es indispensable, ante todo, curar las heridas de la imperfección.

LA CONSEJERA INVIGILANTE

Frente a la amiga alarmada, Doña Deodata Chagas prosiguió aconsejando:

- No debes proceder livianamente. Es necesario aprender la tolerancia, hermana mía.

*¿Ignoras, acaso, los principios de nuestra consoladora doctrina?
¿Cuántas criaturas se pierden diariamente, por ignorancia de las verdades que Jesús nos confía?*

¿- Mas - preguntaba la interpelada tímidamente -, y mi martirio doméstico? ¿Será justo soportar la persecución de personas sin conciencia? Mi marido parece olvidar pequeños deberes del hombre de bien.

- ¿Y por qué no perdonar al pobrecito? - atajaba la otra, firme y resoluta. - No des oídos a intrigas, ni te detengas en la observación del mal, aun mismo cuando se positiven tus desconfianzas. Recuerda el perdón evangélico, mi buena Casilda. Olvide la infelicidad de los espíritus inferiores que no te pueden comprender. Además de eso, conviene no olvidar que los celos son el monstruo insaciable. Huye de sus garras mientras es tiempo.

Al final de cuentas, la esposa y madre precisa fortaleza y serenidad.

El oyente enjugaba el copioso llanto, estaba más tranquila y se despedía resignada, recibiendo nuevos llamamientos de la solícita amiga

Deodara Chagas siempre fue así. Dueña de maravillosos recursos verbales, tenía una inmensa facilidad para dar consejos. Nadie podía salir de su puerta sin un puñado de exhortaciones.

Era interesante observar, sin embargo, que su espíritu se revelaba sumamente despreocupado del propio hogar. Los hijos menores

vivían habitualmente vagabundos, sin ninguna expresión de vigilancia materna. La madre nunca examinó el problema de sus costumbres, conversaciones y compañías. Su esposo, Edmundo Chagas, de oficio comerciante, llegaba a casa a horas determinadas, durante el día; pero, no pocas veces, en el almuerzo, doña Deodata permanecía en la sala de visitas para delinear orientaciones para los amigos desesperados.

- Germana, no puedo comprenderte la exaltación irrazonable. No te dejes dominar de esa forma.

- ¿Y los hijos, Deodata? - inquiría Dona Germana, con los ojos hinchados de llorar. - Son ellos el motivo de mis invariables sufrimientos. En los tiempos de hoy, rarísimos consideran los deberes, pocos se disponen a obedecer.

-Te entiendo- replicaba la consejera, revelando fuerte interés -, entretanto, es imprescindible renovar las propias energías. Nadie se entregará al dolor sin graves prejuicios.

¡Reánimate! ¿Que es eso?

Mientras la amiga sollozaba, proseguía trazando directrices, demostrando valor y superioridad:

- ¿Y la fe? ¿Dónde colocaste las enseñanzas recibidas?

El amo de la casa, tras consultar la mesa desierta, donde no se reconocía la mínima señal de almuerzo, observaba, neurasténico, el coloquio amistoso de la sala, se colocó el sombrero en la cabeza y volvió a la calle, dirigiéndose a la pensión de la próxima esquina.

Solamente mucho después, se erguía Deodata para atender a los niños hambrientos.

Por la noche, frecuentemente, de regreso al hogar, ansioso de del calor doméstico, el jefe de la familia encontraba la misma escena, aunque con la modificación de personajes.

La esposa continuaba aconsejando:

- Doña Lisota, la vida pide su comprensión y buena voluntad. Desapruebo su actitud de inconformidad con los designios del Eterno.

Esa vez, era una anciana de pelo blanco que decía, llorando:

- Nunca espere, sin embargo, que me pasara esto... mi único amigo murió... ¡Los hijos me despreciaron, los parientes me relegaron al abandono!..

- Todavía – exclamaba Deodata siempre dispuesta a enseñar – es preciso revelar coraje en la lucha. Guarde intacta su confianza en Dios. Tenga fe. Es indispensable atender la voluntad superior y no la nuestra. Presentemente, no puedo concordar con su modo de actuar.

Mientras la anciana hacía lo posible por levantarse del abatimiento doloroso, la consejera remataba:

- ¿Y la fe, amiga mía? ¿Dónde coloca usted tan inmenso tesoro? ¿Ya pensó en eso? El creyente no debe respirar otra atmósfera que no sea la del optimismo sano y franco.

Edmundo miró hacia el interior, reconociendo la inutilidad de cualquier llamamiento afectivo. La compañera se había acostumbrado a aconsejar, lo que había sido venenoso exceso del espíritu, tal era la insistencia con la que deseaba regenerar a las personas, reavivar las fuerzas de los otros, arreglar el mundo, de todos modos. Muchas veces, trató de sacarla de tal situación, pero todo el esfuerzo había resultado inútil. Sumergido en amargas reflexiones, Edmundo percibió que los muchachos se entregaron a terribles disputas en la despensa y, desanimado, entristecido, volvió a la calle sin esperanzas. Poco a poco, adquirió el hábito de beber, algo que nunca había ocurrido. Sin la fuerza para corregir el desacuerdo de su pareja, sofocaba en la copa las desgracias del corazón.

Doña Deodata parecía no percibir el curso de los acontecimientos y mantenía la misma actitud mental.

Almas desesperadas, ociosas y viciosas, estaban llamando a la puerta en una ola creciente.

- ¿Por qué tantas manifestaciones de amargura? - exclamaba para la inquieta visitante de un barrio lejano. - No puedo justificar su desánimo.

La mujer cuestionada, revelando las profundas dolencias que carcomían su alma, observaba angustiada:

- Cuando el marido nos abandona, todo parece oscuro en nuestros caminos. La señora es feliz, Doña Deodata. Nunca experimento sufrimiento igual a este.

¡No puedo conformarme con la separación!...

Es preciso, sin embargo, perdonar y ser fuerte - interponía la consejera, imperturbable -, estamos en este mundo para testimoniar espiritualidad en la procura de Dios. Pareces demasiado enflaquecida en el trabajo común. Levanta el ánimo. ¡Resiste! No te dejes llevar por las embestidas de la tempestad.

Se despedía la infeliz, reconfortada.

Llegó, entretanto, el momento en que Deodata Chagas debería tomar conocimiento de su propia situación. Después de algunos días, en los cuales suponía al marido de viaje, de servicio, vino a saber que Edmundo montara nueva casa en un barrio distante. El alcohol le trajo el olvido de obligaciones sagradas. El bar se incumbiría de conducirlo a relaciones diferentes, y, con la embriaguez de los sentidos, vino la embriaguez de los sentimientos.

La señora Chagas, con todo, siempre eficiente en la orientación de los otros, recibió la noticia sin ocultar la inmensa amargura. Aquella alma tan fuerte y tan clara, que sabía trazar los caminos ajenos, se asemejaba ahora a un lago turbio, cara a las piedras de la tempestad y a las ráfagas de los vientos. Humillada, llorosa, procuró a los hijos para tornarlos participes de su profunda rebeldía; entretanto, encontró en ellos las más ásperas observaciones.

Algunos estaban dispuestos a seguir, sin hesitación, para la nueva casa paterna. Inconformada, la pobre señora buscó los recursos de la justicia del mundo, mas, a cada paso, encontraba la ironía, el desprecio, el desconocimiento deliberado de su dolor.

Incapaz de mantener la resistencia necesaria, sorda ahora a los pedidos que as amigas le traían al espíritu desalentado, Deodata se recogió en el lecho, dominada de traumatismo singular, que le envenenó el organismo para siempre.

Después de tres años de reclusión, entre meditaciones y lágrimas, volvió nuevamente al plano espiritual. Con sorpresa, todavía, experimentaba el mismo abatimiento y desolación. Aunque atendida por dedicados enfermeros de la esfera invisible a los ojos mortales, la desencarnada, por mucho tiempo, permaneció enredada en el fondo obscuro de sus impresiones de amargura e íntima rebeldía. Llegó, sin embargo, el instante en que consiguió abordar la figura de uno de esos emisarios del bien, que balsamizaron su corazón. Agotado de angustia en el conflicto consigo misma, la pobre criatura se arrodilló y suplicó ansiosamente:

- ¡Oh! mensajero de Dios, explícame por piedad la razón de mis enormes desdichas.

Me siento cansada, oprimida... ¿Por qué la dolorosa tragedia que me destruyó el destino lleno de esperanzas?

El benefactor la contemplo con expresión fraternal y elucido amorosamente:

- El drama infeliz de tu última experiencia en la Tierra es el de las almas que transportan la luz por fuera del corazón. Son los que enseñan sin aprender, y aconsejan sin practicar, son también hijos pródigos en la Casa del Padre. Disipan tesoros espirituales sin pensar en las propias necesidades y despiertan, más temprano o más tarde, con la miseria y el malestar.

Deodata comprendió el alcance profundo de aquellas palabras, mas, deseosa de lavar la culpa, objeto:

- ¿Será, entonces, un error grave enseñar el camino a los otros? ¿Y Jesús? ¿No trabajó el Maestro en el mundo trazando directrices al hombre sufridor?

El amigo espiritual la contemplo afectuosamente y respondió:

- Jesús indicó el camino y lo seguía; predicó la fe y la vivió; indujo a los discípulos y compañeros el coraje y lo demostró en sí mismo; difundió la lección del amor, entregándose amorosamente a cada uno, expuso la necesidad del sacrificio personal y se sacrificó; exaltó la belleza del verbo dar y dio sin recompensa; engrandeció la confianza en el Padre y fue fiel hasta el fin.

La esposa de Edmundo estaba perpleja. Y, cuando se esforzó por emitir una observación nueva, el sabio instructor sonrió cariñosamente y concluyó:

- Renueva el padrón de esperanza en Jesucristo y no argumentes con la verdad. El campo continuo repleto de trabajo y continuamos ricos de posibilidades.

Realmente, no constituye un error el indicar el camino al que se desvió, porque el beneficio es siempre un tesoro para quien recibe con sabiduría; mas, en cuanto a nosotros mismos, es siempre peligroso aconsejar a los otros antes de habernos aconsejado a nosotros mismos.

PROSELITISMO DE ARRASTRE

Virgiliano Rocha fue un médium de apreciable calidad al servicio del bien, sin embargo, no conseguía abstraerse de la preocupación de insistir con sus amigos para que siguiesen los pasos en la interpretación religiosa.

En el taller donde ganaba el pan, era un trabajador correctísimo, considerando el carácter sagrado de sus responsabilidades y obligaciones, pero, en la vida ordinaria, discutía el no poder más, en el intento de intensificar el proselitismo. Cuando aparecieron nuevos conocimientos, en las actividades diariamente, reveló de inmediato la posición extremista. ¿Se trataba de alguien con una opinión igual a la suya, en materia de fe? Estaba dispuesto a todos los favores. De lo contrario, sin embargo, Virgiliano se retraía. No odiaba, pero tampoco dispensaba a las nuevas relaciones el menor interés fraternal. Al acercarse alguien ajeno a sus puntos de vista, se dejaba dominar firmemente por el espíritu de discusión y disputa. En ese capítulo, no esclarecía, ni invitaba. Prefería arrastrar. En vano le ofrecieron los amigos espirituales nuevas pautas. A veces, contra todas sus expectativas, el orientador invisible volvía la mano y escribía sin dulces:

«Virgiliano, amigo mío, cada árbol tiene condiciones diferentes para producir. En lo que se refiere a la fe religiosa, procede a la manera del agricultor inteligente. Aporta fertilizantes, protege plantas tiernas, no se olvide de regar, pero no exija fruta antes de la temporada adecuada. ¿Será justo que insistimos en obtener

melocotones, de un melocotonero marchito, en tierra desierta? ¿Antes de la cosecha sustanciosa y perfumada, no será razonable darle a la planta elementos de vida, otorgándoles un tiempo indispensable para verificar la producción?"

Recibía el médium el mensaje sin esconder la propia admiración e inquiría naturalmente:

- ¿Cómo puede ser eso?

Replicaba la entidad generosa:

«El noble cumplimiento del deber con Jesús y con los hombres es la mejor predicación. El discípulo que ejecute semejante programa es el cultivador providente y amigo de la Naturaleza.»

- ¿Mas el Divino Maestro - observaba Virgiliano, contradecido-, en el propio Evangelio, no determina que se debe predicar las verdades del Cielo a todas las criaturas?

«Si - tornaba el benefactor amoroso -, más Cristo expuso la enseñanza sin violentar a nadie, invito al banquete de la Buena-Nueva, mas no arrastro a quien quiera que fuese.

Además de eso, dejó bien claro que la prédica eficiente no es problema de apenas palabras y si de ejemplificación. El aprendiz leal del Evangelio es una carta viva del Maestro. Todos podrán leer los caracteres y valorar la propia experiencia por el padrón de la conducta de él.

Por eso mismo, el hombre honesto y trabajador, en todos los gestos del día, está predicando a las criaturas que lo ven.

El compañero inquieto anotaba ligeramente las consideraciones recibidas, más, cierta vez, cuando los consejos se repetían, Virgiliano acentuó:

- Al final de cuentas, no sé cómo proceder. Me siento animado de las mejores intenciones. Si encontrase una lección más explícita al menos...

El bondadoso amigo espiritual no lo dejó terminar y trazo en el papel levemente: - «La tendrás.»

El médium manifestó extrañeza, cara a la respuesta lacónica y continuó con los mismos hábitos, sin prestar mayor atención a lo

prometido. Pasó un año y las observaciones criteriosas no se repetirían. En razón de eso, nuestro amigo proseguía más ardoroso en el trabajo de arrastramiento al proselitismo doctrinario.

Los antiguos consejos ya estaban casi íntegramente olvidados, cuando Virgiliano consiguió lo que representaba para él una victoria de apreciable importancia. Jerónimo Castro, su vecino, con quien discutiría durante diez años, se había rendido a sus opiniones. La curación de un niño enfermo, al final lo había inclinado al espiritismo.

Y el antiguo compañero, seguido de la mujer y nueve hijos, se puso a la entera disposición del médium, para lo que desease y viese, sometiéndosele completamente a los puntos de vista. Virgiliano no cabía en sí de alegría. Humilde operario en ciudad grande, cooperando en su grupo de realizaciones doctrinarias, al lado de otros innumerables trabajadores, no saboreara aun una alegría igual aquella, trayendo a sus idéales más de diez personas de una sola vez.

No podía percibir que semejante satisfacción era fuego-fatuo de vanidad mal disimulada, y que el triunfo ficticio era solamente agravio de responsabilidades en el bagaje de deberes que le pesarían en los hombros. Incapaz de comprender lo que repercutía el agradable éxito, daba largas al júbilo infantil y comentaba:

- ¡Ah! Jerónimo, ustedes han de ver. La Doctrina efectuó notable conquista. Recordemos que por tras de su figura existe enorme cuadro de criaturas a considerar. Los hijos, los parientes todos, en fin, serán llamados a la luz de la verdad y del bien!

Y las esperanzas le brillaban en los ojos claros e ingenuos.

En breve tiempo, con todo, la realidad surgía diversamente. Jerónimo Castro y sus hijos no se interesaran por las enseñanzas que la Doctrina les ofrecía, cual manantial abundante e inestancable. En vano, Virgiliano Rocha traía libros, anotaciones y esclarecimientos. Los neófitos no querían saber sino de ventajas. No deseaban certificarse de que habían llegado a la zona espiritual de trabajo y realización por el esfuerzo individual, apenas saboreaban gustosamente la perspectiva de haber encontrado Guías invisibles para la solución de todos los problemas del camino humano.

Por la noche, cuando el médium visitaba a la familia, la conversación era casi siempre la misma:

- ¿Jerónimo - indagaba Virgiliano, curioso -, leyó usted aquellas apreciaciones evangélicas que mande?

- Aun no lo hice- esclarecía el vecino -, no puedo saber lo que ocurre. Cuando tomo la lectura, me sobreviene el sueño inmediatamente. Las letras bailan ante mis ojos y los párpados se me cierran, sin que yo pueda entender la causa. ¡Un verdadero fenómeno!

A esa altura, la esposa intervenía:

- Estoy convencida de que se trata de la influenciación de los malos Espíritus. Jerónimo no era así. Antes de las nociones espiritistas, él estaba bien dispuesto para divertirse, sin olvidar su cine o teatro. Mas ahora...

Y antes que la mujer terminase, volvía Jerónimo exhibiendo expresión de víctima:

- ¡Son cosas de la vida!...

Virgiliano comprendía bien la ausencia de atención sincera e, intentando imprimir nuevo aspecto al cuadro de impresiones, preguntaba, afectuoso, a la dueña de la casa:

- ¿Y la señora, Doña Ernestina? cuál es su opinión referente a la lectura?

- ¡Oh! quien me dará tiempo al menos para rezar - respondía la interpelada, evidenciando dificultades íntimas -, ¡cuanto más para leer! ¿Entonces el señor juzga que la casa me concede ocasión? Cuando no es la cocina que me requisita, es la sala que me pide atención. De un lado, está Jerónimo lleno de exigencias; del otro, los niños llenos de caprichos. ¡Ah! ¡Estos mocosos!... ¡cuánto sufren las madres en este mundo! Ya no sé cómo resistir.

Y cruzaba los brazos, dando muestras de agotamiento.

Ante el paisaje sentimental, repleto de sombras y obstáculos, con decepción el médium ensayaba otro tipo de conversación. Se comentaron las notas del día.

Todos habían leído los periódicos. Los niños se aproximaban. Estaban enterados del suicidio de la vecina, del crimen que se verificara en el barrio, relacionaban amarguras de diversas familias. Conocían detalles ignorados del reportero sagaz. La palestra vibraba. Ni Jerónimo sentía sueño, ni Doña Ernestina experimentaba angustia de tempo. Y Virgiliano, computando el bagaje de sus buenas intenciones, se retiraba entristecido. La situación, todavía, presentaba complicaciones crecientes. En la residencia de los Castros, Espiritismo era recurso para aplicaciones de menor esfuerzo. Aun mis se guardaba la impresión de que la familia vagaba en plano de profunda indiferencia, en lo que decía respecto a la fe religiosa. Si un hijo se tornaba desatento, por la ausencia de gobierno doméstico, llamaban a Virgiliano; si Jerónimo se inquietaba con los jefes de servicio por su propia ociosidad, buscaban al Virgiliano; si uno de los jóvenes de la casa se desbordaba en las fiestas sociales, recurrían a Virgiliano.

El médium no ocultaba el doloroso abatimiento. No pasaba un día siquiera, sin que los supuestos convertidos presentasen indagaciones intempestivas e inconvenientes, Doña Ernestina quería conocer a intención de los novios que surgían para las hijas, esclarecer intrigas de la vecindad, señalar a las personas defectuosas que frecuentaban el ambiente doméstico, en cuanto a Jerónimo se interesaba por las promociones fáciles, por los favores de la suerte y condescendencia de sus jefes de servicio. De cuando en cuando, reclamaban de Rocha ciertas explicaciones, como si Virgiliano fuese obligado a responsabilizarse por todos los asuntos y cuestiones de la familia.

¿Por qué el Espiritismo era doctrina tan perseguida por las demás confesiones religiosas? ¿Por qué se restringía las reuniones, sin espectáculos para demostraciones públicas? Según los Castros, las procesiones y otras reuniones populares hacían falta. Se veía al médium en apuros en la elucidación de aquellos Espíritus prejuiciosos.

Transcurrieron cuatro años. La situación, entretanto, empeoraba gradualmente. Jerónimo y los suyos comenzaron a buscar Virgiliano en su oficina de trabajo.

- Ahora, no puedo - se explicaba el rapaz muy pálido, tentando desvincularse.

- ¡Oh! ¿No fue el señor quien nos llevó para la Doctrina? - interrogaba la joven más inquieta.

Y allá se iba nuestro amigo para actividades mediúmnicas sin propósito serio. Finalmente, cierto día, el jefe inmediato de trabajo lo llamó, con bondad, para amonestación justa:

- Virgiliano - dijo, en tono grave -, siempre estime en usted el auxiliar competente y honesto. Jamás interferí en las creencias religiosas de mis subordinados, más su ficha de servicio viene siendo perjudicada por las salidas sin justificación. Desde hace muchos meses, sus obligaciones pasaron a ser olvidadas, en la mayor parte del día.

Acredito llegado el tiempo do reajuste. Siempre enseñe a todos que esta es una casa de trabajo y realización.

El médium bajo los ojos, avergonzado, y respondió tímido:

- El señor tiene razón.

En esa noche llegó a casa, humilde, se encerró en el cuarto y lloro, en largo arrebato.

Imploro sinceramente el socorro de los amigos espirituales. Fue cuando reapareció el antiguo benefactor invisible, exclamando:

- ¿Por qué lloras, amigo mío? Cada cual recibe lo que pide. ¿No deseabas una lección práctica?

Respondió el médium, mentalmente, en lágrimas:

- Siempre hice la propaganda de la Verdad con sincera intención de hacer el bien.

- Si, Virgiliano - volvía a decir la amorosa entidad -, enseñar ejemplificando es seguir los pasos de Cristo, mas arrastrar es peligroso. Además de eso, Nuestro Padre Celestial concedió pies a todos los hombres. ¿No será indispensable que cada uno camine por si mismo? Quien esparce la verdad, amando como Jesús amo, edifica en la vida eterna; mas quien arrastra una criatura soportará naturalmente la carga pesada. ¡Continua ayudando y

amparando las plantas que florecen en tus caminos, mas no cometas el disparate de arrancarlas con violencia!...

Al día siguiente, muy temprano, antes que Jerónimo se dirigiese a la repartición, Virgiliano llamó a la puerta de los Castros y, valiéndose de la oportunidad que reunía a la familia para el café matinal, explicó resolutivo, en voz muy firme:

-Amigos míos, vengo a solicitarles gran favor.

No me procuren, de ahora en adelante, en la oficina de mi trabajo. Tengo ordenes terminantes para no dejar el servicio.

Y antes que los oyentes volviesen en si del espanto enorme, prosiguió serenamente:

No es solo eso. Me valgo de la oportunidad para presentarles mi despedida.

Circunstancias imperiosas me obligan a transferir la residencia.

- ¿Qué es eso, hombre? - Respondió Jerónimo, pasmado - no podemos dispensar su compañía.

- ¡No es posible! - Exclamaba la hija mayor- ¿qué será de todos nosotros de ahora en adelante? ¿No fue el señor quien nos llevó para la doctrina de los Espíritus?

El médium no se dejó impresionar y esclareció:

- Deshagamos los errores mientras tengamos tiempo. No necesitan mantener ciertas actitudes religiosa solo a mi gusto. Son libres de seguir el camino que les parezca mejor.

En cuanto a mí, debo conocer mis propias necesidades. Y nunca debemos olvidar que todos necesitamos una unión cada vez más intensa con Cristo. El si es nuestro compañero indispensable.

- Entretanto, ¿Son más de quince años de vecindad y convivencia - aventuró Doña Ernestina, llorosa, para que eso no se tome en cuenta?

- Dios obra el cambio para bien - aclaró el visitante al soplo de elevada inspiración.

Y antes que los Castros reaccionasen del asombro, el vecino esbozo un gesto de adiós y concluyó:

- No tengo tiempo que perder. Jesús los bendiga.

Y después de largos recorridos por la periferia, Virgiliano Rocha contrató la colaboración de varios vehículos de transporte y allá se fue con la familia por los confines de Cascadura.

